

G A C E T A



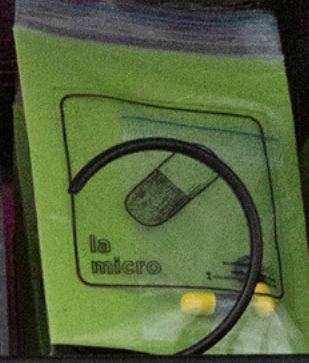
11 \$1000



12 \$1000



13 \$1000



14 \$1100



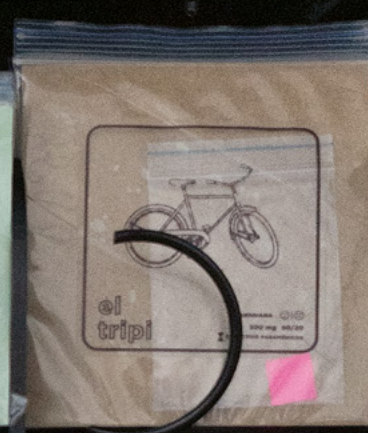
21 \$1500



22 \$1300



23 \$1400



24 \$1500



31 \$1500



32 \$1600



33 \$1600



34 \$1500







GACETA

DROGAS

Etapas 3 y 4 / Año 2 / Número 9 / Noviembre 2025



Culturas

**Ministra de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Yannai Kadamani Fonrodona

**Viceministra de los Patrimonios,
las Memorias y Gobernanza Cultural**
Saia Vergara Jaime

**Viceministro de las Artes
y la Economía Cultural y Creativa (e)**
Fabián Sánchez Molina

Secretaria general
Luisa Fernanda Trujillo Bernal

**Jefe de la Oficina asesora
de comunicaciones**
Óscar Javier Cuenca Medina

Coordinador del grupo GACETA
Daniel Montoya Aguillón

Con el apoyo de

CO · CREA
Directora general
María del Pilar Ordóñez

Subdirector corporativo
Óscar Medina Sánchez

Subdirector misional
Luis Armando Soto Boutin

**Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
Calle 8 n.º 8-55, Bogotá
Teléfono: 601 342 4100
gaceta@mincultura.gov.co



descargue aquí
GACETA / DROGAS

GACETA
Etapa 3 / Año 2 / Número 9 / **DROGAS**
Edición: noviembre de 2025

Director
Daniel Montoya Aguillón

Editor general
Sergio Zapata León

Editor web
Santiago Cembrano

Producción general
Heidy Correa Osorio

Producción y diseño sonoro
Gian Carlo Vega

Periodista
William Martínez

Estrategia y comunicaciones
Melissa Gutiérrez Morales

Coordinadora administrativa
Vannessa Holguín M.

Corrección de estilo
Catalina Trujillo-Urrego

**Dirección de arte, montaje
y preparación digital**
postscript

Comité editorial
Mauricio Builes, Alma Guillermprieto,
Katia González Martínez, Adriana
Martínez-Villalba, Lucas Ospina, Marta
Ruiz, Daniella Sánchez, Pedro Adrián
Zuluaga.

Consejo asesor
Alhena Caicedo Fernández, Claudi
Carreras, Estefanía Ciro, Luis Felipe Cruz
Olivera, Angélica Cuevas, Natalia Duque,
Giselly Mejía, Isabel Pereira, Elizabeth
Otálvaro, Carmen Posada, Daniela Rubio,
Santiago Rueda Fajardo, Mónica Suárez,
Acción Técnica Social.

**Documentos fotográficos,
ilustraciones y obras de arte**
© de todos los autores
Alberto Baraya, Carlos Castro, Chócolo,
Jaír F. Coll, Divino Maik, Michel Doret,
Zoraida Díaz, Margarita García, Diana
Granados, Juan Fernando Herrán, Lolloy,
Iván Navarro, Nadín Ospina, Jorge
Panchoaga, Colectivo Paramédicos, Camilo
Restrepo, José Alejandro Restrepo, Paula
Thomas, Glenda Torrado, Jorge Alonso
Zapata.

Textos

© de todos los autores
Lina Britto, Alhena Caicedo Fernández,
Ana Lucía Cárdenas, Estefanía Ciro,
Wade Davis, Juan Nicolás Donoso, Natalia
Duque, Ximena Gama, Daniel Montoya
Aguillón, Gustavo Montenegro Cardona,
Santiago A. de Narváez, Elizabeth
Otálvaro, María Paula Rubiano A.,
Santiago Rueda Fajardo, Paula Thomas,
Carlos Velásquez, Raúl Zurita.

ISSN 3028-306X

Derechos reservados para los autores.
Prohibida su venta.



Atribución - No comercial - Sin derivar

Este número de **GACETA** se terminó de
imprimir en Bogotá en Panamericana
Formas e Impresos S. A. en noviembre
de 2025.

Se utilizaron tipografías Maax Micro y
Romain BP Headline.

portada *La Olla. Lugar donde se consi-
guen drogas ilegales*, 2025, del **Colectivo
Paramédicos**, es un video e instalación interac-
tiva. «La idea de esta videoinstalación no fue
otra que la de reírse de la situación de quien
compra y consume drogas. Como se trata de
un video, no recibes nada, aunque sientes que
estás comprando alguno de los productos
exhibidos. Sucede muchas veces al comprar
drogas en la calle: te tumban la plata y se
ríen de ti».

primera guarda, p. 1, p. 112 y guarda final
Los carteles de Cali, 2010, de **Margarita García**.
Instalación de dimensiones variables. Cali,
Colombia (2010). «Mientras hacía una resi-
dencia artística en el espacio Lugar a Dudas,
descubrí unos papelitos impresos con varia-
dos diseños que se encontraban con facilidad
tirados en las calles. Eran los envoltorios del
bazuco. Me sorprendió que los distribuidores
de este producto tan clandestino y precario
se tomaran el trabajo de imprimir diseños con
múltiples motivos tomados muchas veces de
elementos de la cultura popular, referencias
infantiles o del mundo del fútbol».

→ *Lophophora williamsii* es el nombre cientí-
fico de la planta que se conoce popularmente
como peyote, una especie de cactus, origi-
naria de México, reconocida por sus pode-
res psicoactivos. Reverenciada desde hace
milenios por los indígenas de Norteamérica,
actualmente se la emplea en prácticas tera-
péuticas, recreativas y medicinales. La especie
se encuentra bajo un régimen de protección
especial por el Estado mexicano que la salva-
guarda de la sobreexplotación. Foto: **Lolloy**.

p. 4 Un trabajador se cubre el rostro con
un espejo en medio de un cultivo de cannabis
en Caloto, al norte del Cauca, el 9 de febrero de
2024. La unión de cultivadores, que representa
a unas 16.000 familias campesinas, abarca los
municipios de Jambaló, Toribío, Caloto, Corinto
y Miranda. Foto de **Jaír F. Coll**.





Genealogía del vicioso	Natalia Duque – Elizabeth Otálvaro	11
La planta demonizada	Wade Davis	17
Plantas desnudas	María Paula Rubiano A.	25
Guerra falaz	Lina Britto	33
Hemos erradicado 3.900.000 hectáreas: el tamaño de Bélgica	Entrevista a Laurta Gil	38
Prohibicionismo: opio del poder	Estefanía Ciro	43
Barrio Sucre	Paula Thomas	49
El diablo dorado	Juan Nicolás Donoso	55
Dosis compartida	Santiago A. de Narváez	60
Donde Tomás no está	Ana Lucía Cárdenas	68
Del microgramo al monumento: arqueología artística de un país inflado por su mito	Santiago Rueda Fajardo	72
El yagé y el <i>boom</i> psicodélico	Alhena Caicedo Fernández	81
Bendito café, santo cacao	Gustavo Montenegro Cardona	86
Sueño 130/A Kurosawa	Raúl Zurita	93
<i>Talkin' 'Bout Ma Ma Ma Ma Fuckin' Stone Generation</i>	Carlos Velásquez	94



Mundos posibles

El 4 de septiembre de 2025 Estados Unidos lanzó un misil que pulverizó una lancha tripulada por once ocupantes en aguas del Caribe. El video fue publicado en redes sociales directamente por Marco Rubio, secretario de Estado de EE. UU. No se trató de una filtración ni tuvimos que esperar a que se revelaran archivos clasificados. Hasta ahora, eliminar civiles sin ningún tipo de juicio, o sin respetar su presunción de inocencia, eran hechos que se escondían y que descubríamos a través de investigaciones periodísticas. En su momento, la revelación de los abusos y las violaciones a los derechos humanos en guerras como las de Irak o Afganistán significaron vergüenza. Hoy son expuestas por los Gobiernos que las cometen.

Al conocerse la noticia, la conversación en Colombia giró en torno a lo judicial: ¿es legal o no lo que acaba de hacer EE. UU.? Marta Ruiz, en una conversación de **GACETA PÓDCAST** ante este primer bombardeo, sostuvo: «Esto genera un debate jurídico, pero no humanitario. Y cuando tú dices “es que son narcos”, inmediatamente los pones en un lugar por debajo de cualquier humanidad».

Nos encontrábamos aún imaginando este número de **DROGAS**. Reflexionábamos sobre las diferentes aristas que abarcan el consumo, la reducción de daños, la fallida guerra contra las drogas, las representaciones artísticas y el narcótico desvío que han tomado en nuestro país. Evaluábamos las búsquedas de aquellos que trabajan en la innovación y el diseño de alternativas para el uso de plantas estigmatizadas como la coca, y nos preguntábamos por la transformación de imaginarios culturales que nos permitan abarcar el goce y la dimensión ceremonial, la búsqueda espiritual y de conocimiento que en muchos casos ofrece el uso de sustancias.

Desde entonces, y hasta el cierre de esta edición, el número de personas asesinadas en el mar Caribe aumentó a sesenta y seis. La evolución perversa

de una guerra fallida nos obliga a preguntarnos, una vez más, sobre nuestra soberanía y nuestra capacidad de tomar decisiones más allá del falso binomio Estados Unidos-Colombia, donde lo único que se nos presenta realmente es una absoluta arbitrariedad unidireccional. Estefanía Ciro, en su ensayo «El opio del poder: el prohibicionismo», lo describe de esta manera: «Nuestra imagen se distorsiona en el espejo y nos entendemos con los criterios de los demás, así personificamos nuestra caricatura».

Los programas de erradicación comenzaron al menos cincuenta años antes de que existiera un comercio ilegal. Funcionarios y médicos de EE. UU. y diferentes países suramericanos redactaban los informes que se convertirían en la base de leyes y acuerdos que todavía hoy definen la política internacional en materia de drogas. «El verdadero problema no era la cocaína, sino la identidad cultural y la supervivencia de quienes tradicionalmente veneraban la coca», nos dice Wade Davis en «La planta demonizada».

Según la autora Lina Britto, «hace más de una década Colombia jugó un papel central en el primer anuncio de su fracaso. En 2009, un expresidente, un exalcalde y un periodista representaron al país en la Comisión Latinoamericana de Drogas y Democracia, la primera de muchas en declarar que la “guerra contra las drogas” no había logrado ninguna de sus metas».

Sin embargo, si bien se ha avanzado en la conversación global, como lo muestra la diplomática Laura Gil en una entrevista presentada aquí, en el plano nacional poco ha cambiado. Nos enfrentamos a viejos problemas con soluciones absolutamente conservadoras y violentas que se ven representadas en nuestra cotidianidad.

«Lo que pensamos sobre ciertas drogas y su uso no apareció en nuestro sentido común porque sí. Es decir, lo que hay detrás de la idea de que una persona que fuma marihuana en un parque es peligrosa

está relacionado con los discursos médicos, políticos y mediáticos; con el poder y con las formas a través de las cuales hemos aprendido a ver al otro», dice la periodista Natalia Duque, que abre este número con su texto «Genealogía del vicioso», en el que explora el origen que ha construido y perpetuado estereotipos alrededor del consumo.

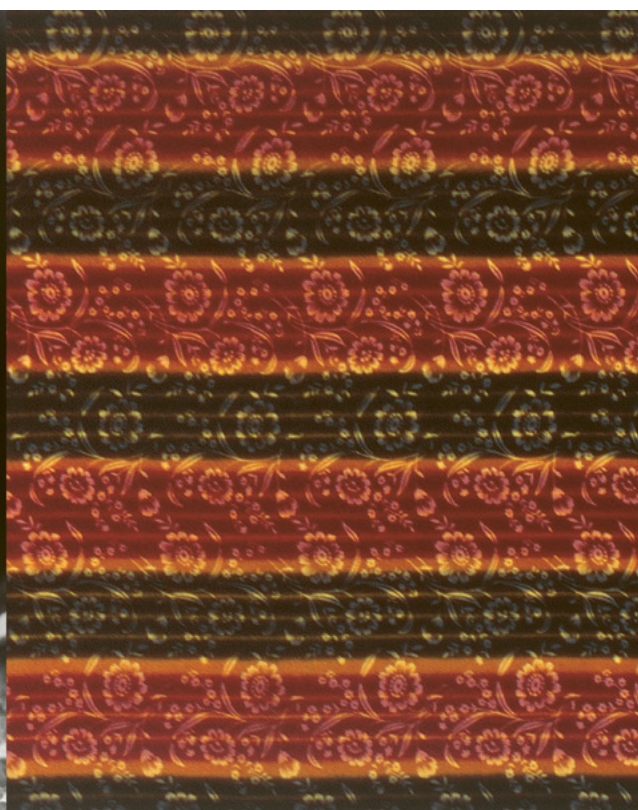
Estos estereotipos han consolidado una imagen estigmatizante sobre los consumidores —hasta llegar al espeluznante fenómeno conocido como «limpieza social»: una forma de eliminación que resulta de cultivar una conversación profundamente violenta alrededor del consumo—, pero no necesariamente sobre las mafias, que, por el contrario, han desarrollado su propia estética, controlando mercados e impulsando transformaciones culturales.

Mientras la conversación gire alrededor de la prohibición y no de la atención y del cuidado, el estigma continuará creciendo. En un testimonio honesto y crítico que presenta **GACETA**, Ana Lucía Cárdenas recuerda a su sobrino, quien murió en una fiesta de música electrónica tras una sobredosis de MDMA: «Si por lo menos algunas drogas fueran legales, la fiesta a la que asistió Tomás no tendría que mentir frente a las autoridades, podría existir públicamente y, al hacerlo, ser vigilada y regulada».

Ahora, no se trata de tener una revista complaciente con el consumo ni tampoco un número

que lo promueva. Se trata de confiar en la capacidad de cada persona de tomar decisiones informadas —como sucede con el alcohol, el tabaco, el azúcar, los ultraprocesados y demás sustancias nocivas legalmente comercializadas— y promover las responsabilidades civiles donde corresponde: no en el asesinato de personas que atraviesan el Caribe o de la persecución a quien fuma marihuana mientras pasea por un parque; sino en la capacidad de hacernos cargo de nuestro destino y placer, de la seguridad de un sistema de salud eficiente y capaz de atendernos.

Esta revista nace de la urgencia de promover debates humanitarios, como mencionábamos al comienzo, y no tanto debates jurídicos y de seguridad. Quisimos hacer un número que se concentrara en las diferentes sensibilidades que exploran el consumo, como ocurre en el fotorreportaje de Paula Thomas. Un número que cuestionara el miedo desde el cual muchas personas siguen acercándose al asunto de las drogas y las invite a sobreponerse al impulso de eliminación de aquello que es incontrolable por inexplorado y desconocido. Esta revista quiere que reflexionemos de forma colectiva alrededor del consumo y sus consecuencias y que seamos capaces de construir un sistema en el que la vida y su descubrimiento sea lo que nos convoca.



p. 6 *Amapola manchada*, 2000. De la serie *Papaver somniferum*, 1999-2002 de **Juan Fernando Herrán**. De acuerdo con María Margarita Malagón-Kurka, las imágenes de esta serie «registran bellos campos de amapolas en Turquía y amapolas de tela roja (ícono de los veteranos de guerra en Inglaterra); imágenes que aíslan una sola planta y que se presentan a primera vista de manera neutra. Las amapolas también muestran su lado más oscuro en obras como ↓ *Sin título (tríptico del Soldado)*, 1998, en donde la campaña colombiana por la erradicación del negocio ilícito de las drogas [fotografías en blanco y negro reproducidas a partir de una misma imagen de prensa] se combinan con una tela estampada que las separa entre sí». El resultado es inquietante: sitúa al soldado profesional en una clave sensiblera —en medio de la erradicación, parece rendido ante la belleza del ramo que sostiene— y enlaza la obra con una tradición decimonónica de textiles con patrones decorativos, comunes en las viviendas de una clase emergente beneficiada por las economías del narcotráfico. No es casual que la tela del tríptico reproduzca precisamente el motivo de una flor de amapola.





NO CONSUMA DROGA!

La droga destruye el cerebro.



**Banco
Cafetero**

Genealogía del vicioso

La figura del consumidor de drogas, moldeada por discursos médicos, políticos y mediáticos, ha pasado de ser un cuerpo enfermo a un enemigo social. El estigma, sostenido por el miedo y la moral, ha convertido el consumo en un tipo de exclusión y en una forma silenciosa de violencia.

Casi todas las familias en Colombia tienen o han tenido un «vicioso». Un tío, un papá, un hermano, un primo, cuya historia permanece oculta por dolor o vergüenza. Algunas evitan el tema en las reuniones familiares y, en caso de abordarlo, es preferible construir un nuevo relato que se refiera tímidamente a lo que pasó con ese tío, papá, hermano o primo, cuya condición no se puede nombrar en voz alta.

Es o era un «vicioso». Todos lo sabemos. Nadie lo dice.

Aún sin habernos puesto de acuerdo, parece que nuestra sociedad tiene ideas compartidas sobre las personas que consumen cierto tipo de sustancias. Porque no construimos la misma imagen de quien toma dos litros de café diarios que de quien aspira un gramo de cocaína dos veces por semana.

Lo que pensamos sobre ciertas drogas y su uso no apareció en nuestro sentido común porque sí. Es decir, lo que hay detrás de la idea de que una persona que fuma marihuana en un parque es peligrosa está relacionado con los discursos médicos, políticos y mediáticos; con el poder y con las formas a través de las cuales hemos aprendido a ver al *otro*.

«El consumidor de droga es una de las personas sobre las que pesa en este momento una condición de estigma más complicada, porque son de las personas que mayormente matan en el exterminio social», asegura Carlos Mario Perea, autor de *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*, el único informe del Centro Nacional de Memoria Histórica que se enfoca en este tema.

Para académicos que han teorizado sobre el estigma, como los sociólogos Ervin Goffman y Howard Becker, el estigma es un atributo que desacredita a una persona y la hace ver como «disminuida». Becker enfatiza en las «etiquetas» y cómo las sociedades son las que definen cuáles son las que hacen que

una persona sea vista como «desviada» o fuera de lo común.

El proceso de asignar estas etiquetas no es estático y por eso las palabras que hemos utilizado para nombrar (e imaginar) a quienes consumen drogas no han sido siempre las mismas: *bazuquero*, *drogadicto*, *narcovicioso*, *desechable*, *criminal*, *gamín*.

Y aunque son referencias distintas, todas han estado acompañadas de sensaciones comunes que, en últimas, han activado las formas de interactuar con ese otro: la vergüenza, el desagrado, el miedo, el terror, la desaprobación.

Ahora, ¿qué es un vicioso y por qué se ha utilizado esa palabra para nombrar actitudes o personajes que consideramos indeseables? ¿Cómo ha cambiado con los años la idea que tenemos de alguien «vicioso» y qué dice eso de la relación que hemos tenido con las drogas?

Historia de las drogas y los consumos

No sabemos con exactitud cuándo fue la primera vez que una sociedad consumió una sustancia para alterar su conciencia. En los últimos años, sí ha habido hallazgos arqueológicos de recipientes y parafernalia que indicarían el consumo de ayahuasca en Suramérica hace unos 4.400 años y el consumo de opio en Oriente Próximo hace 3.500 años.

En su libro *Las drogas y la formación del mundo moderno*, David T. Courtwright dice que las drogas han sido utilizadas por las sociedades de cada época para objetivos distintos. Por ejemplo, durante la esclavitud fueron vistas de manera favorable y el consumo de los esclavos fue impulsado alentadamente. En cambio, la industrialización también trajo consigo una visión desfavorable de ellas, pues «el coste del abuso de drogas resultó ser una contradicción fundamental del capitalismo» porque podría plantear limitaciones en la productividad.

Además, plantea que la modernidad empezó a revelar una diferenciación entre las distintas sustancias, situando el café, el alcohol y el tabaco como legales, pero adoptando normativas que no se corresponden con la evidencia de cada droga. En otras palabras: el hecho de que una droga tenga mayor prohibición o sea

peor vista socialmente no significa que sea la que tenga más efectos negativos.

Para la Corporación Acción Técnica Social, una entidad de la sociedad civil que desde 2007 impulsa políticas públicas sobre drogas desde un enfoque de derechos humanos y reducción de daños, esto «tiene que ver con la sustancia, pero también con el nivel de la puesta en escena o representación de la persona». Es decir, hay una forma de ver las drogas y las sustancias a partir de la estética y de los referentes que tenemos de quienes las consumen.

La cocaína, uno de los más grandes terrores que ha motivado la actual guerra contra las drogas, en el siglo XIX era utilizada por médicos, políticos y comerciantes. El oftalmólogo austriaco, Carl Koller, la usó como sedante para cirugías; el papa León XII consumía entusiastamente el vino Mariani, hecho con hojas de coca. Durante este siglo la publicidad describía la cocaína como «una panacea moderna» y como «la cura perfecta para personas jóvenes afligidas por timidez social», según cuenta el antropólogo Anthony Henman en su libro *Mama coca*.

Pero esta percepción empezó a cambiar a mediados del siglo XX, cuando la comunidad médica e incluso una Comisión Médica de las Naciones Unidas catalogaron como dañina la coca, y por ende la cocaína, aunque para ese entonces estaba muy ausente en el mercado internacional. Henman lo llamó un «tráfico del miedo» que fue aceptado por la opinión pública de la época.

Lo que pasó con la coca y con la cocaína ha pasado también con otras sustancias, como el tabaco, el opio y la marihuana. ¿Por qué cambian los discursos y la percepción colectiva sobre una sustancia y sobre sus consumidores?

En su libro, Henman dice que esto respondió a «la persistente obsesión de ese periodo por el desarrollo y el progreso material y por la eliminación de cualquier rasgo que pudiera permanecer subversivamente ajeno a los suaves estereotipos de la nueva sociedad del consumo».

Hay viciosos de viciosos

¿Qué te imaginas cuando te dicen que alguien es vicioso? ¿Un habitante de calle? ¿Un papá con problemas de alcohol? ¿Una estudiante que fuma marihuana?

Para Acción Técnica Social, se le considera «vicioso» a alguien que cumple con al menos cuatro características: (i) tiene una dependencia a una sustancia o a un comportamiento; (ii) tiene una estética particular, es decir, que «se le nota»; aquí podríamos hablar de la típica imagen de alguien que tiene ojeras, las mejillas *chupadas* o la mirada perdida; (iii) el consumo le impide cumplir el «rol que la sociedad le da —como papá, como hijo, como estudiante, como trabajador—, y (iv) que se vea como el referente de algo que da miedo. «Al decirle vicioso lo calificas con un comportamiento

Lo que pensamos sobre ciertas drogas y su uso no apareció en nuestro sentido común porque sí. Es decir, lo que hay detrás de la idea de que una persona que fuma marihuana en un parque es peligrosa está relacionado con los discursos médicos, políticos y mediáticos; con el poder y con las formas a través de las cuales hemos aprendido a ver *al otro*.

negativo de algo que no quieres ser», dice. Pero, por ejemplo, ser borracho no es lo mismo que ser «bazuquero», pues el estigma y el castigo que ha recaído sobre los consumidores no siempre es proporcional a lo problemático que sea el consumo.

En la investigación *Los Viciosos: ¿Qué pasó con los consumidores de drogas durante el conflicto armado?*, Elizabeth Otálvaro, periodista y directora del pódcast del mismo nombre contó, junto a su equipo, la historia de Gerardo de Jesús Castro, quien fue asesinado en 1996 en La Ceja, Antioquia. En él se explica que Gerardo primero fue consumidor de marihuana y después de bazuco. Con este último «entró a hacer parte de una etiqueta bastante violenta pero usada con mucha frecuencia. Se convirtió en un vicioso». Cuatro meses después mataron a Gerardo.

Aparentemente hay unas sustancias que nos incomodan más que otras, partiendo de uno de los planteamientos del exmagistrado Carlos Gaviria Díaz para la legalización de la dosis mínima. «¿Por qué, entonces, el tratamiento abiertamente distinto, irrisantemente discriminatorio, para el alcohólico (quien puede consumir sin medida ni límite) y para el drogadicto?», se preguntó Gaviria Díaz.

En el rastreo de prensa realizado, también es posible identificar el cambio del estigma y de las sustancias que se mencionan con mayor frecuencia. Durante los años setenta se referían a los «marihuaneros», pero desde 2009 se empieza a enfatizar en el «gamín» o los «bazuqueros», los cuales, según un artículo publicado por *El Tiempo* en 2012, «se reconocen fácil porque tienen la cara chupada, los ojos hundidos».

Según Acción Técnica Social, esto tiene que ver con el nivel de la puesta en escena. «El vicioso representa una figura que está asociada al control de la sustancia sobre tu vida. Sin embargo, hay personas que pueden tener un consumo problemático pero pueden gestionar que su vicio no sea evidente».

En este caso, el rechazo social de las sustancias también ha estado ligado a las clases sociales que las consumen. Por ejemplo, durante los ochenta la clase media y alta en Bogotá también consumía bazuco, así que se crearon lugares exclusivos para el consumo. Pero en la década siguiente se instaló la idea de que el bazuco era «la droga de los pobres» y los consumidores empezaron a ser estigmatizados como «desechables».

Cambios de políticas, cambios de nombre

La manera en la que los colombianos y las colombianas entienden a los consumidores también ha estado marcada por cambios en la política de drogas nacional e internacional, así como por cambios discursivos en los medios de comunicación que han alentado una imagen particular del «vicioso», pero también unos valores, usualmente negativos, que lo acompañan.

La Convención Internacional del Opio de La Haya, en 1912, es considerada como uno de los más

importantes precedentes de la internacionalización de las políticas de drogas. Esta convención se manifestó en Colombia a partir de 1920, con la Ley 11 de ese mismo año «sobre importación y venta de drogas que formen hábito pernicioso».

La ley no penalizó el consumo personal, sino que obligó al Estado a controlar la producción y la comercialización de cocaína, opio, codeína, morfina, heroína, belladona, atropina y cannabis indica.

La estigmatización y persecución social y penal de los consumidores se volvió un acuerdo internacional con la Convención Única de Estupefacientes de la ONU en 1961. Durante esta década los discursos en medios de comunicación, «morales y policiacos», no ofrecían «mayores diferenciaciones entre los eslabones de producción, distribución y consumo, así como de los actores que participan en ellos», asegura Leandro Peñaranda en su investigación *De «marihuaneros» a «mafiosos»: transformaciones en los discursos de la prensa colombiana de los años sesenta y setenta sobre el «problema droga»*.

Durante los sesenta, los medios centraron sus discursos en la marihuana, nombrada como «yerba maldita». Según Peñaranda, esta sustancia fue representada como «un problema criminal, protagonizado por sectores «desviados» del bajo mundo de las ciudades colombianas».

En los setenta, los discursos empezaron a mutar porque cada vez se conocía del consumo de personas que no hacían parte de las clases más empobrecidas. Según la misma investigación, en esta década sí se marcó una diferenciación entre los traficantes y los consumidores, referenciando a estos últimos como «adictos» que debían tener procesos de rehabilitación. También se empezó a nombrar a los consumidores como «hippies», en sintonía con el crecimiento de este movimiento a nivel internacional. A partir de un rastreo de prensa realizado para este artículo, se identifican en los periódicos *El Colombiano* y *El Tiempo* los términos «escándalo social», «marihuanero» y «antisociales» para referirse a estas personas.

La cocaína, uno de los más grandes terrores que ha motivado la actual guerra contra las drogas, en el siglo XIX era utilizada por médicos, políticos y comerciantes. El oftalmólogo austriaco, Carl Koller, la usó como sedante para cirugías; el papa León XII consumía entusiastamente el vino Mariani, hecho con hojas de coca. Durante este siglo la publicidad describía la cocaína como «una panacea moderna» y como «la cura perfecta para personas jóvenes afligidas por timidez social».

El 22 de junio de 1971, *El Colombiano* publicó una entrevista titulada «El DAS echa a los “hippies” de Medellín». En ella, un integrante de la entidad asegura que ordenaron a estos jóvenes salir de la ciudad, pues «uno sale a la calle y no ve sino melenudos y mugrosos por todas partes, creando problemas de higiene». Además, insiste en que, en caso de que los «hippies» no se vayan, solicitó que acondicionaran la plaza de toros La Macarena y «si vencidas las cuarenta y ocho horas los hippies siguen tan campantes en la ciudad, habrá recogida general y la situación ya se complicará para ellos».

Hacia finales de esta década se perfiló discursivamente el problema de las drogas como un problema de seguridad nacional, lo cual se refrendó con el Estatuto Nacional de Estupefacientes de 1986, un marco legal que sostuvo la criminalidad de quienes consumen y que, por ende, deben ser castigados con la privación de la libertad o con multas.

En los ochenta, artículos de *El Espectador*, *El Tiempo* y *El Colombiano* utilizaron los términos *drogadicto*, *drogo*, *vicioso* y *desechable*. Se enfocaron en caracterizar a esta población: sin posibilidad de acceder a necesidades básicas (una vivienda), con problemas psicológicos y deseos de autodestrucción.

En 1994 el entonces magistrado Carlos Gaviria Díaz, marcó un precedente al ser ponente de la Sentencia 221 de 1994 que despenalizó el consumo de la dosis personal. Justamente, Gaviria Díaz señaló que la normativa vigente sobre los consumidores era discriminatoria, clasista, y que iba en contravía del derecho al libre desarrollo de la personalidad consagrado en la Constitución de 1991.

Pero este gran avance para la interpretación del consumo no se vio reflejado en las narrativas públicas de los medios. El 10 de mayo de 1994, Fernando Londoño Hoyos rechazó la decisión de la Corte y escribió en *El Colombiano* que «la droga es peligrosa, porque convierte a quienes la usan en personas peligrosas, de conducta imprevisible, errática y con frecuencia agresiva y brutal». Utiliza los términos *drogómanos* y *narcoadictos*, y asegura que permitir la dosis personal le quita el soporte moral a la lucha contra las drogas y en la práctica «se hace la represión imposible».

En los ochenta, artículos de *El Espectador*, *El Tiempo* y *El Colombiano* utilizaron los términos *drogadicto*, *drogo*, *vicioso* y *desechable*. Se enfocaron en caracterizar a esta población: sin posibilidad de acceder a necesidades básicas (una vivienda), con problemas psicológicos y deseos de autodestrucción.

Sin embargo, la represión no se hizo imposible. Al contrario.

El Plan Colombia, aprobado en el año 2000, insistió en la relación entre la lucha contra las drogas y la lucha por la seguridad, posicionando la imagen de los consumidores no solo como seres indeseables, sino también como una de las principales fuentes de criminalidad.

Del estigma al exterminio, la idea de «un mal necesario»

«La muerte de los consumidores de droga no era más que parte del paisaje», asegura Elizabeth Otálvaro. La periodista cuenta que, en los noventa, en plena guerra de los cárteles de Medellín y Cali con el Estado, el consumo de drogas aumentó, así como las prácticas violentas para mitigarlo.

En el caso «De la guerra contra las drogas a la guerra en las drogas», redactado por la Comisión de la Verdad, durante esta década se generó la percepción de que había unas víctimas más importantes que otras, «muertes válidas y muertes no válidas». Los consumidores de drogas hicieron parte del segundo grupo.

No todo consumo es problemático, pero, según la Comisión, las autoridades, los actores armados y la sociedad sí lo consideraron así, optando por controlarlo de forma violenta. Esa misma entidad le llamó «crímenes por discriminación» contra consumidores de drogas.

«El estigma del consumo y la falta de un manejo integral por parte de la sociedad y el Estado convirtieron el uso de drogas en un asunto de delincuencia que para la población se resolvía a la fuerza como una forma de desaparecer al otro; así, acabar el problema era asesinar al usuario de drogas», dice la Comisión.

No hay datos sobre la cantidad de consumidores de drogas que han sido asesinados, pero el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep) cuenta cinco mil víctimas de «crímenes por discriminación» entre 1988 y 2013. Algunos de ellos fueron consumidores de drogas.

Según Carlos Mario Perea, autor de *Limpieza social, una violencia mal nombrada*, «los cuerpos que yacen portan consigo una marca de identidad [...] Esa identidad —dicen de nuevo los perpetradores— condena y despoja de toda dignidad a las víctimas, reduciéndolas a la condición de mal que es necesario extirpar».

La relación discursiva entre los consumidores de drogas, la criminalidad y la «desechabilidad» marcó un terreno fértil para el consentimiento social alrededor de estas acciones.

Perea explica que este consentimiento parte de que significativos sectores de la sociedad consideran que exterminar a estas identidades, en este caso

a quienes consumen drogas, es un «mal necesario» frente a espirales de inseguridad.

¿Y cuándo se presentan esas espirales? Según el investigador Perea, esto tiene ciclos. Durante los últimos días obtuvo información de que se estaban convocando nuevos escuadrones de exterminio en Suba y Usme; estos no funcionan de manera permanente, sino que se activan en momentos específicos. «Cuando se acerca la Navidad, por ejemplo, en ese momento las operaciones cobran mayor fuerza. Pero también se conectan con momentos en los que las pandillas comienzan a tener una presencia más fuerte en los barrios», dice.

Una sociedad «altamente traumatizada»

La pesadilla de una sociedad que les teme a las drogas y a los «viciosos» se hace realidad cuando le dicen que está siendo gobernada por uno de ellos.

En el rastreo de prensa realizado para esta investigación encontramos que, desde 2022, la mayoría de los titulares que hacen alusión al consumo de drogas corresponden a artículos que referencian al presidente Gustavo Petro: «Presidente, si usted tiene un problema de adicción, lo invito respetuosamente a que lo deleve», se publicó en *Cambio* el 5 de noviembre de 2023. «FARC de Mordisco le responden al presidente Gustavo Petro: “No somos productores ni consumidores de drogas, a diferencia del Gobierno”», tituló *Semana* ese mismo mes. Más recientemente, en abril de 2025, *La Silla Vacía* tituló: «Leyva dice en carta que Petro es adicto». Y nuevamente *Semana*, en julio de 2025, llamó «trabado» al presidente.

Esta ha sido una de las narrativas más utilizadas por la oposición para criticar el comportamiento y las decisiones de Gustavo Petro. Hablar sobre un supuesto «vicio», que hasta el momento no ha sido comprobado, despierta en la sociedad una serie de emociones sobre las que ya hemos hablado: desagrado, vergüenza. Pero, sobre todo, plantea un cuestionamiento alrededor de una de las características que se supone que tiene un «vicioso»: la incapacidad de cumplir con un rol que le dio la sociedad, en este caso, como primer mandatario.

Hasta el momento, Gustavo Petro ha negado cualquier tipo de consumo problemático. Sin embargo,

la enorme acogida que los titulares sobre sus supuestas «adicciones» es utilizada para fomentar el temor colectivo y convertirlo en argumento político.

«Esta es una sociedad altamente traumatizada con el narcotráfico, con Pablo Escobar, con las bombas. Y todo eso lo conectan con el chino que se fuma un porro, con Trump, con Petro», aseguran desde Acción Técnica Social. «Creemos que el problema son las drogas, que en realidad son un síntoma, y no la prohibición, que es la enfermedad».

Durante los últimos años, las organizaciones civiles inmersas en las discusiones sobre drogas han hecho esfuerzos por reivindicar el consumo, en algunos casos, pero también para posicionar el debate desde la garantía de derechos como la salud.

Ahora existen dos salas de consumo en Colombia, las primeras de Suramérica. Una está en Bogotá y la otra en Cali. Su enfoque de reducción de riesgos acepta los consumos que ya existen (y que posiblemente no van a desaparecer por completo) y busca medidas para mitigar los posibles daños.

Pero a este cambio de narrativa se suma un factor importante, pues la idea de la inseguridad sigue teniendo un lugar muy importante en la vida en la ciudad «y la inseguridad crea una cantidad de estigmas. El ser joven, el ser vicioso, el ser ladrón. Entonces, ¿hasta qué punto la palabra vicioso es una palabra que describe una condición y hasta qué punto se convierte en estigma?», se pregunta Carlos Mario Perea.

Hablar del consumo abiertamente es un camino que seguro nos facilitará conversaciones sobre los «vicios» o sobre los consumos problemáticos. Y tal vez así encontremos otros dispositivos sociales para hablar, imaginar y tratarlos, sin estar atravesados por el desprecio sino por la humanidad.

Seguro casi todas las familias en Colombia tienen o han tenido un «vicioso». Un tío, un papá, un hermano, un primo, cuya historia permanece oculta por dolor o vergüenza. Y tal vez algún día, reconociendo las cargas históricas e ideológicas que nos han formado nuestra idea del «vicio», estas historias encuentren un lugar en las narrativas de las familias que navegan la dicotomía entre el cuidado del ser amado y el desprecio por su «vicio».

p. 10 Afiche impreso y campaña audiovisual de *La droga destruye el cerebro*, 1983 producida por **Bruce Barham** y **Gustavo Morris** para el **Banco Cafetero** (Colombia). Una de las campañas antidroga más difundidas en Colombia en la década de 1980. Su estética directa y moralizante responde a las estrategias de prevención de la época, basadas en advertencias visuales de impacto. La producción se realizó en Estados Unidos debido a la ausencia en Colombia de la tecnología requerida para crear los efectos de transición (*morphing*). El protagonista, entonces estudiante de danza en la Escuela Martha Graham, fue sometido a un largo proceso de maquillaje dirigido por un especialista que había trabajado en la serie de televisión *El planeta de los simios*. Reconocida incluso por el Congreso de la República de Colombia, la campaña consolidó un imaginario de deterioro físico asociado al consumo problemático de sustancias. Hoy es un documento clave para analizar las narrativas estigmatizantes que marcaron la comunicación antidrogas en Colombia.

La relación discursiva entre los consumidores de drogas, la criminalidad y la «desechabilidad» marcó un terreno fértil para el consentimiento social alrededor de estas acciones. [...] Exterminar a estas identidades, en este caso a quienes consumen drogas, es un «mal necesario» frente a espirales de inseguridad.



La planta demonizada

¿Cómo fue posible que una planta tan beneficiosa y benigna como medicina, alimento y estimulante suave llegara a quedar clasificada entre las drogas más peligrosas del mundo, condenada por la ley internacional al mismo nivel criminal que la heroína, el fentanilo y el crack?

La morfina, derivada del opio, fue la primera droga aislada de un producto natural. La segunda fue la cocaína en 1860. Celebrada como una panacea, la cura ideal para todo, desde la adicción a la morfina hasta ese flagelo del siglo XIX —la masturbación femenina—, la cocaína revolucionó la medicina al convertirse en el primer anestésico tópico eficaz, de hecho, sigue siendo esencial para la cirugía de nariz, garganta y oídos.

Durante un tiempo, la cocaína estaba en todas partes, vendida y celebrada en decenas de productos comerciales. Sin embargo, para 1890, con la literatura médica que reportaba más de cuatrocientos casos de toxicidad aguda causada por la droga, la cocaína fue perdiendo su brillo. A medida que la profesión médica pasó a considerar la cocaína y la morfina igualmente peligrosas, la coca quedó asociada al opio, y se llevó al público a creer que los efectos ruinosos del consumo habitual de opio afectarían inevitablemente a quienes mascaban hojas de coca con regularidad. Así, una planta que había sido utilizada de manera segura y benigna durante milenios terminó arrastrada al mismo régimen de sanciones que criminalizaba el uso del opio, la morfina y la cocaína.

Esa explicación tiene sentido, pero solo hasta cierto punto, porque algo mucho más oscuro estaba en juego. El Gobierno estadounidense había demonizado la planta desde hacía tiempo. En Perú, los programas para eliminar los cultivos tradicionales, apoyados por Estados Unidos, comenzaron cincuenta años antes de que existiera siquiera un comercio ilegal de la droga. El verdadero problema no era la cocaína, sino la identidad cultural y la supervivencia de quienes tradicionalmente veneraban la coca. El llamado a la erradicación provenía de funcionarios y médicos —peruanos y estadounidenses— cuya preocupación por los consumidores de coca solo era comparable a su ignorancia sobre la vida andina y su desprecio por los mismos pueblos que pretendían salvar.

Lo más grave es que estos eran también los hombres que integraban las comisiones y redactaban los informes que se convertirían en la base de las leyes y los acuerdos que todavía hoy definen la política internacional en materia de drogas. Que esas voces sigan escuchándose a través de sus escritos —en los que mezclan opinión personal con hechos científicos y pseudoexperimentos con ciencia legítima— es un escándalo en el corazón mismo de la historia de la coca.

En los años veinte del siglo pasado, cuando médicos y funcionarios de salud pública de Lima alzaban la vista hacia los Andes, solo veían pobreza extrema, analfabetismo, mala salud y nutrición y altas tasas de mortalidad infantil. Cegados por su clase, sus prejuicios y sus buenas intenciones, buscaron una causa. Dado que temas políticos como la tenencia de la tierra, la desigualdad económica y la explotación flagrante resultaban demasiado cercanos a su propia realidad y los habrían obligado a examinar la estructura de su propio mundo, optaron por culpar a la coca. Cada mal posible, toda fuente de vergüenza para sus sensibilidades burguesas, se atribuía a la planta.

«Todo apunta a la conclusión —escribió Vicente Zapata Ortiz, profesor de Farmacología en la Facultad de Medicina de Lima, en 1952— de que el uso constante de la coca produce un estado tóxico que lleva a aceptar las condiciones de vida más miserables, que son la causa principal de las carencias del consumidor, por eso, la coca debe considerarse responsable en primer lugar».

Zapata caracterizó a los usuarios de coca como «apáticos, indolentes, con deficiencia de actividad mental superior y vida subjetiva... sin rumbo, indiferentes e inadaptados» y, sobre todo, reacios a aprender español, prefiriendo en su ignorancia las lenguas de sus ancestros: «Donde el consumo de coca es mayor, el porcentaje de analfabetismo es alto, y el quechua y el aimara son las lenguas predominantes».

El Dr. Carlos A. Ricketts, quien presentó por primera vez un plan para erradicar la coca en 1929, describía a los consumidores como débiles, mentalmente deficientes, perezosos, sumisos y deprimidos. Otro comentarista destacado, Mario A. Puga, condenaba la coca como «una forma elaborada y monstruosa de genocidio que se comete contra el pueblo». En 1936, refiriéndose a las «legiones de drogadictos» de Perú, Carlos Enrique Paz Soldán, doctor y profesor universitario, proclamaba: «Si esperamos con los brazos cruzados un milagro divino que libere a nuestra

población indígena de los efectos degradantes de la coca, estaremos renunciando a nuestra posición como hombres que aman la civilización».

En la década de los cuarenta, el impulso por la erradicación fue liderado por Carlos Gutiérrez-Noriega, jefe de Farmacología del Instituto de Higiene en Lima. Considerando la coca «el mayor obstáculo para la mejora de la salud y la condición social de los indios», Gutiérrez-Noriega se hizo a una reputación con una serie de estudios científicos dudosos, realizados exclusivamente en prisiones y manicomios, que concluían que los consumidores de coca tendían a ser alienados, antisociales, inferiores en inteligencia e iniciativa, propensos a «alteraciones mentales agudas y crónicas», así como a otros supuestos trastornos de comportamiento como la «ausencia de ambición». La orientación ideológica de su ciencia era flagrante. En un informe publicado en 1947 por el Ministerio de Educación Pública de Perú, escribió: «El consumo de coca, el analfabetismo y una actitud negativa hacia la cultura superior están estrechamente relacionados».

Fue en gran parte gracias a la presión política de Gutiérrez-Noriega que, en 1947, Perú y —dos años después— Bolivia invitaron a las Naciones Unidas a enviar un equipo de expertos para investigar el problema de la coca. A la cabeza de la investigación, formalmente conocida como la Comisión de Investigación sobre la Hoja de Coca del Consejo Económico y Social de la Organización de las Naciones Unidas (Ecosoc) de 1950, estaba Howard Fonda, vicepresidente del gigante farmacéutico Burroughs Wellcome y de la Asociación Farmacéutica Estadounidense, la organización gremial del sector. Antes de viajar a Perú, Fonda explicó los objetivos de la comisión en una entrevista de prensa en 1949: la coca, afirmó, era

definitivamente perjudicial y nociva [...] la causa de la degeneración racial de muchos grupos poblacionales y de la decadencia evidente entre muchos habitantes nativos, e incluso mestizos, de ciertas regiones de Perú y Bolivia. Nuestros estudios confirmarán la verdad de nuestras afirmaciones, y esperamos poder presentar un plan de acción racional basado en la realidad de la situación y en la experiencia de campo, para asegurar la erradicación total de este pernicioso hábito.

Semanas más tarde, Fonda repetiría estas declaraciones, palabra por palabra, en una rueda de prensa en el aeropuerto de Lima, a la llegada de la comisión a Perú para iniciar su investigación.

La comisión de Fonda —compuesta por dos expertos médicos y dos autoridades en gestión de políticas de control de drogas— visitó regiones altoandinas de Perú y Bolivia, recopilando información de oficiales militares y gubernamentales, personal médico, académicos, líderes religiosos, autoridades locales y terratenientes. Ausentes del diálogo estuvieron las voces de los verdaderos sujetos de la investigación. En tres meses de trabajo de campo, la comisión no hizo ningún esfuerzo por dialogar con las comunidades

Una planta que había sido utilizada de manera segura y benigna durante milenios terminó arrastrada al mismo régimen de sanciones que criminalizaba el uso del opio, la morfina y la cocaína.



quechuas y aimaras por donde pasó. El informe final, de unas doscientas páginas, no incluye ni un solo testimonio de un consumidor tradicional de la hoja, una omisión escandalosa que, al parecer, no incomodó a nadie. Fonda regresó a Nueva York en diciembre de 1949, tan convencido como siempre, y el informe concluyó que «desde un punto de vista social, los efectos del masticado de la hoja de coca son altamente perjudiciales tanto para el individuo como para la nación».

Estrechamente asociado con Howard Fonda, en calidad de asesor, estaba Pablo Osvaldo Wolff, jefe de la Sección de Drogas Productoras de Adicción de la Organización Mundial de la Salud (OMS) entre 1949 y 1954. Como protegido de Harry J. Anslinger, el célebre cruzado antidrogas al frente del Buró Federal de Narcóticos de Estados Unidos, Wolff formaba parte del círculo íntimo de los defensores del control, que prácticamente dictaban la política de la OMS en ese momento. Su folleto de 1949, *Marihuana en América Latina: la amenaza que constituye*, presentado por el propio Anslinger, suena cómico hoy en día, con un lenguaje que recuerda a la propaganda alarmista de *Reefer Madness*. Pero, en su tiempo, Wolff y Anslinger eran cruzados implacables, completamente decididos a no dejar que los hechos estorbaran sus opiniones. Al establecer una correlación directa entre el cannabis y el crimen, Wolff se ganó el favor de Anslinger al afirmar, sin la más mínima evidencia, haber identificado doscientos millones de adictos al cannabis en el mundo, cada uno considerado una amenaza directa para los valores estadounidenses.

Como secretario del Comité de Expertos de la OMS sobre Drogas Susceptibles de Producción de Adicción, Wolff jugó un papel clave no solo en la redacción del informe de Fonda, sino en todas las decisiones relacionadas con la coca. Más que cualquier otro individuo, fue responsable de la vilificación y criminalización de la planta en el sistema de tratados antidrogas de la ONU. Dado su poder, sus comentarios públicos son dicentes, en especial una conferencia de 1949 ante la Real Sociedad de Medicina en Londres, justo antes de que se enviara la Comisión de Investigación a Perú:

El indio que no masca hojas de coca es perspicaz, inteligente y alegre, dispuesto a trabajar, vigoroso y resistente a las enfermedades; el coquero, en cambio, es abúlico, apático, perezoso, insensible a su entorno; su mente está nublada; sus reacciones emocionales

son raras y violentas; está moral e intelectualmente anestesiado, socialmente sometido; es casi un esclavo. La degeneración moral acompaña a la física; la mentira es una de sus características más notorias, probablemente debido a la falta de equilibrio moral. La criminalidad es alta, y las formas bárbaras de homicidio solo pueden explicarse por una cierta insensibilidad moral.

Estamos convencidos de que el mascado de hojas de coca es un mal social; el consumo crónico de estas hojas constituye un veneno social que socava la salud física y mental de la población y reduce su nivel moral y económico [...] Los hijos de los coqueros presentan una marcada deficiencia intelectual [...] No hay duda de que el hábito de mascar hojas de coca es una de las razones más poderosas del atraso y la miseria de la población indígena... el último eslabón de una cadena de calamidades sociales y médicosociales que incluyen pauperismo, condiciones precarias de vivienda, nutrición deficiente, educación rudimentaria o completamente ausente, alcoholismo, tuberculosis, enfermedades venéreas y otras infecciones y promiscuidad, por mencionar solo las peores desgracias y miserias.

El remedio del momento es la desintoxicación gradual del nativo, disminuyendo tanto la producción como el consumo de coca mediante una educación adecuada, aboliendo la superstición del poder mágico de la coca y el culto a las hojas, prohibiendo la iniciación de los niños pequeños en su uso [...] Solo con habilidad y paciencia se puede abolir la adicción a la coca, pero puede lograrse... Los indios cristianizados ya no viven en las condiciones miserables de antes y, por tanto, demuestran estar física y mentalmente capacitados para liberarse del mascado de hojas de coca.

Wolff no estaba solo en sus opiniones sobre la coca ni en su desprecio por quienes la usaban y veneraban. Su actitud coincidía con el consenso de su época, en un momento en que las élites urbanas gobernaban sin oposición sobre los países andinos que seguían siendo, en muchos sentidos, territorios de conquistadores y conquistados.

En 1948, el Gobierno colombiano declaró el mascado de hojas como un «mal social», criminalizó su comercio en los mercados públicos y restringió su venta a farmacias y dispensarios registrados. El funcionario de salud pública más destacado del país, el Dr. Jorge Bejarano, nombrado ministro de Salud en 1947, resumió el destino del cocalero:

A la degeneración física debe sumarse la implicación moral: el crimen es elevado entre estos individuos. Parece que sus mentes solo obedecen a la fuerza del instinto, y el engaño, que es una de sus características más marcadas, probablemente se deba al desequilibrio psicológico causado por el consumo habitual de coca.

Las autoridades sanitarias bolivianas, nuevamente sin justificación científica o médica alguna, afirmaban que la coca causaba autismo, además de «visiones fantásticas, alteraciones de la percepción espacial... pseudoalucinaciones y verdaderas alucinaciones auditivas y visuales». Un médico de Cochabamba culpaba a la coca de «la decadencia mental y la inferioridad social del indio». Desde Quito, Luis León, en el *Boletín de Estupefacientes de las Naciones Unidas* de 1952, afirmaba con orgullo que, debido a la desaparición histórica de la coca en Ecuador, «muchos sociólogos totalmente imparciales que han estudiado los grupos indígenas de Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador,

En los años veinte del siglo pasado, cuando médicos y funcionarios de salud pública de Lima alzaban la vista hacia los Andes, solo veían pobreza extrema, analfabetismo, mala salud y nutrición y altas tasas de mortalidad infantil. Cegados por su clase, sus prejuicios y sus buenas intenciones, buscaron una causa.

no dudarían en admitir la superioridad cultural del indígena ecuatoriano».

Wolff se destaca entre sus pares no porque fuera único en su condena furibunda a la coca, sino porque sus crudas certezas y sus exhortaciones pseudocientíficas provenían del mismo hombre que redactó el lenguaje de los documentos y las declaraciones de la ONU que aún hoy dictan la política internacional de drogas. Su autoridad, junto con el poder político de su mentor, Harry Anslinger, acompañó muy de cerca a Howard Fonda mientras el ejecutivo farmacéutico y su equipo recorrían Perú y Bolivia en busca de evidencias que confirmaran las convicciones que ya se habían formado mucho antes de salir de Nueva York.

Quienes desafiaron sus puntos de vista fueron rápidamente descartados, ya fuera W. Golden Mortimer, autor de *La historia de la coca*, o el propio Carlos Monge, profesor del Instituto Nacional de Biología Andina, que defendía los beneficios de la coca, incluso invocando a José Hipólito Unanue, el médico peruano más célebre del siglo XVIII, que había celebrado las hojas como una panacea, la hierba más poderosa del repertorio de un curandero.

Los textos académicos de Wolff y sus colegas rezuman arrogancia y desprecio, y en sus refutaciones no ofrecen evidencia científica, sino opiniones personales disfrazadas de lenguaje técnico. De forma asombrosa, en medio de sus esfuerzos histéricos por purgar la nación de la coca, ninguno de estos funcionarios sanitarios peruanos hizo lo más obvio: analizar las hojas para saber qué contenían. La coca, después de todo, era una planta consumida a diario por millones de sus compatriotas. Un análisis nutricional —que fácilmente podría haberse iniciado incluso mientras Fonda realizaba su investigación en 1949— jamás se hizo, y probablemente por una razón clara: a nadie le interesaba saber qué contenían las hojas, pues no estaban dispuestos a aceptar ninguna evidencia que desafiara su narrativa. Tim Plowman y Jim Duke revelarían más tarde que la coca era benigna y estaba repleta de nutrientes vitales, pero su estudio llegó una generación demasiado tarde como para influir en el proceso burocrático y político que condujo a la criminalización de la planta.

No sorprende, entonces, que las conclusiones de Howard Fonda, publicadas como el *Informe de la Comisión de Investigación sobre la Hoja de Coca* de 1950, condenaran la coca y recomendaran eliminar su cultivo gradualmente en un periodo de quince años. La única herejía del informe fue el reconocimiento por parte de los miembros de la Comisión de que el mascado de coca «no constituye una adicción, sino un hábito». Wolff se encargó de que esa afirmación fuera eliminada de los informes posteriores en 1952 y 1954. Para él, la coca era equivalente a la cocaína, y fue esa formulación la que terminó sustentando el artículo

49 de la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, que exigía la abolición del mascado de coca en un plazo de veinticinco años y clasificaba la planta en la Lista 1, junto a las drogas más peligrosas conocidas por la humanidad.

El tratado solo permitió una excepción: el artículo 27, que legitimaba «el uso de las hojas de coca para la preparación de un agente saborizante que no contenga alcaloides». Solo Coca-Cola tuvo el privilegio de importar hojas de coca a Estados Unidos, algo que la compañía sigue haciendo hasta hoy, llevando más de cien toneladas métricas al año. Después de ser procesadas por Stepan Company en Maywood, Nueva Jersey, la cocaína extraída de las hojas se vende legalmente a la industria farmacéutica. Los aceites esenciales, flavonoides y otros componentes van a parar a la bebida, que es la base de un emporio global de 300.000 millones de dólares. La empresa no publica su condición de único importador legal de coca en Estados Unidos, pero es gracias a las hojas que Coca-Cola puede proclamar, con toda legitimidad, que es, como profesa hace mucho su eslogan publicitario, la del «sabor original».

Durante casi cuarenta años, incluso mientras el comercio ilícito de cocaína sacudía a América Latina y buena parte del mundo, el estatus de la coca permaneció intacto e incuestionado. En 1992, en respuesta a la crisis global de las drogas, la OMS lanzó el estudio más completo sobre el uso de la cocaína jamás emprendido, con encuestas realizadas en diecinueve países de cinco continentes por cuarenta y cinco expertos en el tema. El informe preliminar, en contradicción con décadas de política oficial, afirmaba inesperadamente que «el uso tradicional de la hoja de coca no parece tener efectos negativos sobre la salud y cumple funciones terapéuticas, sagradas y sociales positivas para las poblaciones indígenas andinas». El informe alentaba a la OMS a investigar los beneficios terapéuticos de la hoja de coca, así como el impacto de las medidas represivas sobre las personas y comunidades consumidoras.

Esto no era lo que el Gobierno estadounidense quería oír. Neil Boyer, representante de Estados Unidos ante la cuadragésimo octava reunión de la Asamblea Mundial de la Salud en Ginebra en mayo de 1995, denunció a la OMS por «socavar los esfuerzos de la comunidad internacional para erradicar el cultivo y la producción ilegal de coca». El Gobierno estadounidense, según Boyer, estaba particularmente perturbado por el hecho de que el informe afirmara que «el

Durante casi cuarenta años, incluso mientras el comercio ilícito de cocaína sacudía a América Latina y buena parte del mundo, el estatus de la coca permaneció intacto e incuestionado.

uso de hoja de coca no causa daños evidentes a la salud mental o física, que los efectos positivos sobre la salud de mascar hoja de coca podrían trasladarse de los contextos tradicionales a otros países y culturas y que la producción de coca proporcionaba beneficios económicos a los campesinos». Luego añadió una amenaza directa: «Si las actividades de la OMS relacionadas con las drogas no refuerzan los enfoques probados de control de drogas, deberían recortarse los fondos para los programas pertinentes».

Estados Unidos, que en ese momento era el principal financiador de la OMS, usó todo el peso de su influencia para asegurarse de que el informe nunca se publicara oficialmente. La postura oficial de la OMS respecto a la coca permaneció sin cambios, aunque la justificación se volvió aún más endeble. Como señalaba un informe de 1992 del Comité de Expertos en Farmacodependencia (ECDD, por sus siglas en inglés), «la hoja de coca está adecuadamente incluida en la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, dado que la cocaína puede extraerse fácilmente de la hoja».

Treinta años después, ese razonamiento ya no se sostiene. Los carteles que han traficado cocaína por toneladas a Estados Unidos durante casi cincuenta años no se preocupan por el estatus legal de la hoja de coca, porque no tiene ningún impacto en su negocio. Con la coca, como sustancia controlada, los carteles han prosperado. Si se liberara la hoja de coca, la producción y la distribución ilícitas de cocaína seguirían sujetas a todas las sanciones penales existentes según los tratados internacionales. Sugerir que los carteles importarían hojas de coca para extraer cocaína tiene tanto sentido como suponer que alguien importaría Dom Pérignon para obtener etanol puro mediante procesamiento químico.

Lo que está en juego son los derechos de las personas comunes a disfrutar de los beneficios de la planta y la legitimidad de las políticas antidrogas originalmente formuladas por hombres cuyas investigaciones eran profundamente defectuosas y cuyas convicciones, según revelan sus escritos, eran moralmente reprobables y abiertamente racistas.

El vicepresidente boliviano, David Choquehuanca, hablando en Viena durante la sexagésimo séptima sesión de la Comisión de Estupefacientes de la ONU, no dejó lugar a dudas: al hacer un llamado a la exterminación de la coca, la Convención Única de 1961 violó los derechos de los pueblos indígenas y atentó contra el patrimonio cultural de su nación. Junto con Colombia, Bolivia exige, en efecto, que la coca sea liberada y reconocida como el regalo prodigioso que representa para toda la humanidad.

«Nadie —dijo Choquehuanca, refiriéndose al narcotráfico y a la interminable guerra contra las drogas— debería confundir la energía vital de esta planta sagrada con la energía del culto a la muerte.

Ha llegado la hora de liberar a la coca, mientras construimos una política de drogas basada, esta vez, en el culto a la vida».

El desafío inmediato será la integridad del proceso de revisión crítica, iniciado finalmente por la OMS el 30 de noviembre de 2023. Si la ciencia prevalece, en palabras de Laura Sarabia, exministra de Relaciones Exteriores de Colombia, «la ciencia demostrará que la hoja de coca no es nociva para la salud». Que Andrew Weil y otros defensores y expertos en la materia hayan sido excluidos del proceso por su activismo resulta preocupante. Pero, al final, la verdad sobre la coca será difícil de negar.

La fecha clave será el 20 de diciembre de 2025. El lugar, Ginebra, donde se presentará el informe final en la vigésimo octava sesión del Comité de Expertos en Farmacodependencia (ECDD). En ese momento, los miembros debatirán tres opciones. Podrían decidir no hacer nada, dejando la coca en la Lista 1, junto a las drogas más peligrosas del mundo. Como alternativa, podrían mover la coca a la Lista 2, como ya la clasifica la ley estadounidense. Esta categoría se reserva para sustancias médicamente útiles, pero potencialmente dañinas. En ese caso, las hojas seguirían sujetas a la mayoría de las restricciones del tratado, aunque se permitiría a los médicos prescribirlas.

La tercera opción, y la preferida por los defensores, es retirar completamente a la coca de las listas (*descheduling*), lo que la liberaría por completo del tratado y permitiría su disponibilidad general. Si el ECDD elige esta ruta, aún quedarían obstáculos burocráticos. Primero, los cincuenta y tres Estados miembros de la Comisión de Estupefacientes (CND) tendrían que aprobar la recomendación por mayoría simple, algo que podría ocurrir en Viena en marzo de 2026. Ese resultado sería comunicado por el secretario general de la ONU a todos los Estados miembros, a la OMS y a la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes (JIFE). En cualquier momento, la política podría interferir con el proceso. Aunque Estados Unidos, opositor principal de la reforma, ha abandonado formalmente la OMS, su presión, sin duda, se sentirá.

Aun así, más de 75 años después de que las Naciones Unidas llamaran por primera vez a la erradicación de la coca, las perspectivas de quienes buscan liberarla nunca han sido mejores. Si Bolivia y Colombia tienen éxito en Viena, será un giro histórico del destino y un gran triunfo para América Latina. El acceso legal a las hojas estimulará la investigación científica, que evaluará de forma objetiva el potencial terapéutico y médico de la coca, con el objetivo final de poner al alcance de todos una planta que puede mejorar el bienestar y aliviar los desafíos cotidianos de la vida. Una amplia variedad de productos derivados de la coca deleitará a los consumidores, mientras apoya a las más de doscientas mil familias en Colombia que

cultivan la planta para subsistir, permitiéndoles restringir —o incluso romper— sus lazos con los carteles. La liberación de las hojas socavaría el comercio ilegal y reducirá la deforestación, al liberar para el cultivo tierras que hace tiempo fueron taladas y abandonadas. A través de impuestos, generará para Colombia los recursos que le permitan pagar el precio de la paz, luego de haber vaciado sus arcas durante cincuenta años para financiar una guerra sostenida únicamente por las ganancias sórdidas de la prohibición.

Para los pueblos de América Latina y, sin duda, para todos aquellos con buenas intenciones, se abre un horizonte deslumbrante: el fin, por fin, de la guerra contra la coca. Un legado robado que regresa a su lugar legítimo. La planta sagrada, durante tanto tiempo difamada, honrada una vez más, como en tiempos de los incas y de todas las civilizaciones antiguas de los Andes, como un regalo de los dioses.

Nota

Este es un fragmento del artículo de Wade Davis, *La historia secreta de la coca*, que ofrece una mirada profunda sobre la hoja de coca y su papel histórico y cultural en Colombia. Este texto se vincula con el lanzamiento del libro *La hoja que une*, un proyecto editorial del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia y el Instituto Caro y Cuervo que busca visibilizar los saberes ancestrales de comunidades indígenas y campesinas, explorar el potencial transformador de la planta y aportar a la reflexión internacional en el marco de la diplomacia cultural, en un contexto en el que Colombia insiste ante Naciones Unidas la necesidad de excluir la hoja de coca de la lista de estupefacientes.

p. 16 *Mariposa alimentándose del néctar de las flores de coca* (Sierra Nevada de Santa Marta, 2020). Foto de **Jorge Panchoaga**. El arbusto de la coca cumple una función dentro del ecosistema donde está presente. Gusanos, abejas, mariposas, hormigas y otros insectos usan el polen de sus flores y sus hojas como alimento. Junto a sus casas, los Kogui cuidan arbustos de coca para su uso cotidiano. La relación básica y silenciosa que la planta entabla con otros seres es ignorada por los humanos cuando se insiste en la carga negativa que se le ha dado a estos arbustos.

p. 19 *Mambe cernido en una tela* (Leticia, Amazonas, 2024). Foto de **Jorge Panchoaga**. Uno de los últimos pasos en la elaboración de mambe en la amazonia colombiana consiste en pasar la mezcla de la hoja de coca macerada y las cenizas por una tela que, al ser sacudida, desprende un polvo fino y ligero que cae suavemente mientras otro tanto flota en el aire.

Lo que está en juego son los derechos de las personas comunes a disfrutar de los beneficios de la planta y la legitimidad de las políticas antidrogas originalmente formuladas por hombres cuyas investigaciones eran profundamente defectuosas y cuyas convicciones, según revelan sus escritos, eran moralmente reprotables y abiertamente racistas.



Plantas desnudas

Desde el Renacimiento del siglo xv hasta el renacimiento psicodélico actual, la tecnología y la ciencia han despojado a las plantas medicinales indígenas de su historia para uniformarlas bajo el manto de la mercancía.

Una enorme pantalla proyecta y multiplica su rostro hasta el infinito. Rick Doblin lleva pantalones blancos y una camiseta negra, estampada con un collage de su propia cara. Sonríe mientras una oleada de aplausos y gritos inundan la sala.

El psicólogo está a punto de clausurar «la reunión psicodélica más grande de la historia»: la Conferencia de Ciencia Psicodélica, un evento organizado por la Asociación Multidisciplinaria para los Estudios Psicodélicos (MAPS), que él fundó en 1986. Durante cinco días de junio de 2023, un futuro lleno de curas para tratar toda suerte de males rozó la imaginación de los asistentes.

De repente, una voz, pequeña, y un tambor que late al ritmo de un corazón humano desgarran el monolito de aplausos. Doblin hace sombra sobre sus ojos con sus manos: quiere ver, pero no puede, cegado por las luces de su propia gloria. La gente abuchea a la mujer que habla.

«Quiero escuchar a todas las voces, pero este no es el momento», dice Doblin. La voz sigue gritando, un poco más alto, y Doblin ríe mientras insiste que ese no es el momento. Se escuchan susurros: «Llaman a seguridad». El tambor-corazón sigue sonando. Doblin también redobla: «Vamos a escuchar sus preocupaciones y les prometo que haremos todo lo posible para atenderlas».

De repente, otro latido inunda la sala: «¡Déjenlos hablar, déjenlos hablar!», cantan muchos al unísono. Ante la protesta masificada, el hombre de la camiseta de su propia cara deja subir a los cuatro manifestantes. El segundo en hablar es Daniel Castro-Kuthoomi, un curandero mestizo Kichwa. Castro-Kuthoomi, con una voz que tiembla, habla.

«Les mostramos nuestras medicinas para que se sanaran: no para que las tomaran, no para que las explotaran», dice. Recuerda lo que les pasó al tabaco, a la coca, al opio. «En unas décadas, van a ver cómo estas

medicinas les van a hacer daño. Porque ellas están vivas y no les gusta ser abusadas. Este no es un movimiento de liberación colectiva. Esto es capitalización».

Apagan los micrófonos, ponen música que suena a retiro de yoga y luego, a petición de Doblin, la seguridad abre el micrófono para una última intervención. «El colonialismo nos ha causado heridas a todos. Pero la salida no es colonizar a las plantas ancestrales medicinales».

Hoy, el Renacimiento Psicodélico avanza con viento en popa. Hay por lo menos 67 compañías tratando de descubrir, manufacturar, testear y distribuir medicamentos basados en sustancias psicoactivas. De acuerdo con la empresa de fármacos Xylo, en abril de este año había 281 ensayos clínicos sobre psicodélicos registrados en Estados Unidos.

«Estamos en un punto de inflexión de la medicalización de estas plantas y sus saberes», dice Taylor Dysart, profesora asistente de historia en el Georgia Tech, quien estudia plantas psicotrópicas usadas por comunidades indígenas. Aunque advierte: «El entusiasmo por el futuro a veces eclipsa los matices del pasado».

Al escarbar en la historia, se hace evidente que, desde el Renacimiento, la tecnología ha sido clave para conquistar a las plantas medicinales indígenas y transformarlas en armas de conquista. Si bien los métodos cambian, el objetivo es el mismo: crear nuevas mercancías. Mientras tanto, las comunidades miran impotentes cómo las plantas son despojadas de sus nombres, desmembradas y desterradas.

«La invasión no es solo territorial», dice Miguel Evanujoy, vocero de la Unión de Médicos Indígenas Yageceros de la Amazonía Colombiana (UMIYAC), quien pertenece al pueblo Inga. «Esto es más grave que la extracción de recursos naturales».

Herbae nudaе

Una semana después de desembarcar en Guanahani, Cristóbal Colón mandó a tres marineros a explorar la isla que hoy hace parte de Las Bahamas. Vieron plantas nuevas. Se toparon con indígenas. Secuestraron a una mujer. No es posible saber qué pasó esa noche, pero en las otras sus soldados secuestraron y violaron mujeres. Y contrajeron sífilis. Sus cuerpos cayeron diezmados. Un árbol, el guayacán, tenía la cura.

Desde entonces, conocer las plantas locales se convirtió en «un asunto militar de primer orden», escribió el historiador Samir Boumediene en su libro *La colonización del saber*. Los remedios locales que los Tlaxcala le dieron a Cortés tras su huida de Tenochtitlán en 1520 lo curaron y le permitieron regresar un año después para tomar la ciudad. Los bezoares, piedras renales que distintos pueblos indígenas usaban para contrarrestar venenos, le costaron la vida a un niño de 12 años, quien les mostró a los españoles cómo sacarlas del vientre de las llamas, y

por ello fue castigado, escribió en una carta el soldado Pedro de Osma en 1568.

Para ganarse las almas indígenas, los misioneros abrieron monasterios. Y para hacerse con sus saberes, los monasterios abrieron hospitales donde involucraron a curanderos indígenas. Aunque se interesaron por las plantas que usaban, los médicos europeos no prestaron atención a las concepciones de salud y enfermedad de las Américas, señala Boumediene. Para ellos, las plantas del Nuevo Mundo no eran más que «*Herba nudaе*»: plantas desnudas, recién nacidas para la ciencia. Su misión era arroparlas con un nombre y un propósito.

Así, las plantas llegaban a Sevilla vaciadas de historia: hojas blancuzcas, un puñado de cortezas amargas al pulverizar, una raíz rígida, un tronco duro y pesado como un esqueleto reseco en la arena. Las fragancias que inundaban el puerto eran el único rastro vivo de su hogar. Más que un lugar físico, el Puerto Sevilla era un portal simbólico a lo que la educadora Vanessa Andreotti y sus colegas llaman la «casa que la modernidad construyó»: una casa cuyos cimientos separan al «sujeto» del mundo, que se convierte en un objeto listo para valorarse y medirse. Al atravesar la Puerta de América, como entonces se llamaba a la ciudad, las plantas medicinales se convirtieron en mercancía.

Por eso, no es casualidad que el primer tratado sobre la historia de la medicina americana haya sido escrito por Nicolás Monardes, un excomerciante de seres humanos. En el puerto oloroso de Sevilla, Monardes hablaba con religiosos, con soldados, mercaderes y marinos sobre cómo usar las cortezas y flores y hojas y semillas que luego plantaba en el jardín de su casa en la calle Sierpe. Con la bendición del arzobispo de la ciudad, experimentó en los cuerpos de los prisioneros de la Inquisición para validar los saberes indígenas ante sus compradores.

En 1565, cuando publicó el primer tomo de la primera farmacopea sobre plantas americanas, el hombre que nunca cruzó el Atlántico se transformó en el sabio por excelencia de la flora americana. Y América, hasta entonces vista como mina de oro, transmuta en mina de saberes.

p. 24 *Fogón en maloca mientras se prepara el mambe* (Leticia, Amazonas, 2024). Foto de **Jorge Panchoaga**. Dentro de las malocas, mientras se prepara el mambe, la vida cotidiana se desenvuelve lenta y acaloradamente entre charlas, trabajo, descanso, risas. Una olla con el caldo para la noche lanza vapores cargados de olor a pescado.

→ *Macerando hoja de coca* (Leticia, Amazonas, 2024). Foto de **Jorge Panchoaga**. Hay diversas teorías de domesticación de la planta: basada en el análisis genético, ha cobrado fuerza la hipótesis de domesticación múltiple, que explica que existieron diversas áreas geográficas que se relacionaron de forma independiente con variedades de la planta. La memoria oral en el Amazonas habla de cinco tipos de arbustos de coca diferentes, uno para cada pueblo que usa la planta y habita en la Amazonia.



Durante los tres siglos siguientes, en un período que hoy conocemos como el Renacimiento, botánicos y comerciantes, naturalistas y curiosos, cultivaron jardines, escribieron tratados, encargaron dibujos, confeccionaron herbarios. Un futuro lleno de remedios para tratar toda suerte de males rozó la imaginación europea.

Tres siglos después de que Cristóbal Colón mandó a tres soldados a explorar la flora de Guanahani, el ansia por los remedios americanos alcanzó su pico en los 1800. Fue entonces cuando el control de un árbol delgado y altivo del piedemonte amazónico transformó a Inglaterra y Holanda en los nuevos amos de la tierra.

Una fiebre eterna

Nataly Allasi Canales y las semillas del árbol nacional de su país se conocieron lejos de las cuevas donde ella y el árbol llegaron al mundo, en un laboratorio frío en medio de una isla fría. Canales, una bióloga genetista peruana, había crecido en la región amazónica de Madre de Dios, escuchando a sus profesores contarle la leyenda de cómo, en 1630, un brebaje hecho con la corteza rojiza y amarga del árbol de cinchona enfrió el cuerpo de la condesa de Cinchón, que hervía de fiebres y escalofríos típicos de la malaria. Fue así, les decía el profesor, que la piel de la quina se convirtió en un tesoro apetecido como ningún otro en Europa.

Durante trescientos años, el extracto de la cinchona fue el único remedio conocido contra la malaria. Si bien la enfermedad llegó a América con los europeos, fueron los sabedores indígenas a quienes se les ocurrió usar la corteza para tratar las fiebres, explica Kim Walker, investigadora de geografía histórica de la Royal Holloway University de Londres y el Real Jardín Botánico de Kew: «Tenemos claro que las comunidades indígenas tenían un conocimiento superior de la botánica y un extraordinario dominio de cómo aplicarla para tratar enfermedades».

Así, a lo largo de la Ceja de Selva —como llaman en Perú al lugar donde los Andes se encuentran con la Amazonía— en lo que hoy es Ecuador, Bolivia y Perú, cientos de jornaleros, generalmente indígenas, escogían los grupos de árboles que, bajo tierra, trenzaban sus raíces, y trepaban en ellos para rasparles las cortezas. Luego secaban y empacaban la piel de los troncos en costales hechos con la piel de las reses o en enormes baúles hechos con los cuerpos de otros árboles.

Las escamas vegetales viajaban sobre los lomos de las mulas y los vientres de los barcos por puertos y ciudades hasta Sevilla o Cádiz. Allí, la piel de la quinaquina («corteza de cortezas» en quechua) se transformaba en «la corteza de los jesuitas». Así, escribe Boudiene, un remedio indígena deviene medicamento.

Para el siglo XVIII, la planta ya era parte del canon médico desde España hasta Inglaterra. Pero

la quina era escasa y poco confiable: a veces en los puertos americanos la rendían con otras maderas, a veces los boticarios ingleses teñían de rojo las cáscaras amargas de los cerezos que crecían frente a sus casas. Estandarizar y purificar, dice Walker, era el mayor obstáculo para el comercio. A principios del siglo XIX, el farmacéutico alemán Friedrich Wilhelm Adam Sertürner rompe esa barrera al aislar el extracto puro de morfina. Dieciséis años más tarde, dos farmacéuticos franceses aislaron las moléculas «milagrosas» de la cinchona y dieron a luz a la quinina.

Ambas, quinina y morfina, son alcaloides, un tipo de sustancias químicas que no ayudan a las plantas a crecer ni a reproducirse, pero sí les permiten sobrevivir. «Si eres una flor, te ayuda a emitir un aroma para que una abeja te polinice, o si una cabra te hace daño al masticar tus hojas, o te cae una roca encima, estos químicos te ayudan a sanar», explica Walker. Como la morfina y la quinina, la cafeína, la nicotina y la cocaína son moléculas grandes, fáciles de extraer. Con la desnudez de los alcaloides, un futuro lleno de remedios para tratar toda suerte de males rozó la imaginación europea.

La fiebre por la quina hirvió entonces a todo el continente. De repente, los bosques de los nacientes Estados suramericanos se llenaron de exploradores holandeses, franceses, alemanes e ingleses en busca de los árboles de quina con las cortezas más amargas. Estos piratas de los bosques, o biopiratas, prometían riqueza a los cascaquilleros —escaladores de árboles de quina— a cambio de las semillas. Uno de ellos, Charles Ledger, contrató al cascaquillero boliviano Manuel Ingra Mamani. «Mientras otros exploradores buscaban otras especies, Mamani decía: “las que habitan en esas montañas de allá son las mejores”», cuenta Canales. Su tesis de doctorado, que desenreda el árbol genealógico de las veintitrés especies conocidas de cinchona, analizó las cortezas recogidas por Mamani y encontró que efectivamente tienen altísimos niveles de quinina.

La mayoría de las semillas eran enviadas a las nuevas colonias europeas. Así, el árbol de las nubes llega a Jakarta, a Ceylan, a la isla de Java. Allí, los botánicos coloniales plantaron quinos, rasparon cortezas, extraían quinina que mandaban a farmacéuticas, casi siempre en Alemania, para que la analizaran y les dijeran cuáles especies tenían la mayor concentración. Inundaron los paisajes de quina. En el pico del comercio, las colonias asiáticas exportaron entre seis mil y nueve mil toneladas anuales de cortezas a Europa.

La quinina se convirtió en un arma del imperialismo, según diversos historiadores.

La colonización de África sólo explotó después de 1854, cuando un médico pensó en utilizar la quinina como preventivo y no solo como cura, dice Walker. Antes de eso, entre el 60 y el 90 % de los blancos que llegaban a África morían de malaria. Al usarla

para prevenirla, las muertes se redujeron a menos del 20 %, explica la investigadora. «La conquista de África no habría sido posible sin la quinina como preventivo», añade.

Pero no todas las semillas llegaron a las colonias europeas. Fue así como los granos alargados de cinchona que Canales usó para su tesis terminaron en el Real Jardín Botánico de Kew, en Londres. «Cuando me mostraron esas semillas por primera vez, mis colaboradores se referían a ellas como las semillas de Ledger», recuerda. Escarbó en las cartas entre Ledger y Mamani y encontró que «cuando el pueblo se enteró de que Mamani había ayudado a Ledger a conseguir sacos de semillas, lo apresaron. Y los récords históricos dicen que, de hecho, él murió de los golpes que le dieron», dice Canales.

Cuando se enteró de esta historia, la científica pensó en todos sus ancestros. «Las empecé a llamar las semillas Mamani-Ledger. [...] Es que yo estoy más cerca de haber sido Mamani hace 200, 300 años que de haber sido Ledger».

Hoy, el árbol de quina apenas si existe en las colinas andinas. 18 de sus 23 especies están amenazadas en Perú, incluyendo a la *Cinchona officinalis*, que sale en el escudo de ese país. No hay claridad sobre cuántos árboles crecen a lo largo de la cordillera. Por su parte, aproximadamente el 40 % de los medicamentos existentes se basan en la naturaleza y los conocimientos tradicionales, según la Organización Mundial de la Salud.

No obstante, la cantidad de nuevos medicamentos que hoy se descubren a partir de plantas cada vez es menor, señala Walker. A principios de 1990, activistas indígenas y campesinos propusieron un nuevo nombre para lo que hombres como Ledger habían hecho: biopiratería. En el Convenio sobre la Diversidad Biológica (CDB) que se firmó en 1992, se establece que las compañías deben repartir los beneficios de usar plantas con los sabedores originales. Esto creó un nuevo «lodazal ético» que las farmacéuticas no querían tocar, explica Walker.

La forma de evadir las complicaciones éticas creadas por el Convenio sobre la Diversidad Biológica fue volcándose de lleno en una tecnología descubierta apenas unos años antes: el cribado de alto rendimiento. En este proceso, varios robots bailan una coreografía en la que, como en una *app* de citas, mezclan placas con virus, bacterias o células enfermas con cientos de compuestos para ver si hacen «match». Ya que el cribado no usa plantas extraídas de un lugar específico, la industria farmacéutica ha podido atravesar «el lodazal ético» que hoy los obliga a compartir beneficios con las comunidades indígenas sin mancharse demasiado. En 1986, cuando se usó este método por primera vez, los robots analizaron ochocientos compuestos en una semana. Hoy, algunos sistemas pueden analizar hasta cien mil compuestos al día.

El año pasado, investigadores de la Universidad de Washington realizaron una prueba piloto en la que la inteligencia artificial analizó miles de millones de compuestos químicos en menos de siete días.

Pero la promesa de los psicodélicos para tratar enfermedades de salud mental —el gran mal sin cura de nuestros tiempos— está obligando a la naciente industria psicodélica a ensuciarse las manos.

Terra nullius

En 1998, Leanna J. Standish, una química farmacéutica norteamericana, aterrizó en la selva amazónica brasileña, en donde probó la ayahuasca por primera vez. Tras la experiencia, decidió que su misión sería arropar a las plantas de la ayahuasca con una fórmula y un propósito. O, en sus palabras: «manufacturar un té de ayahuasca potente, estandarizado y de excelente calidad» para «todas las personas que la necesitan en Norteamérica».

Ese mismo año, al noroccidente de esa misma selva, asediados por la guerrilla de las FARC, los abuelos inga, siona, cofán, kamëntšá y koreguaje crearon la Unión de Médicos Indígenas Yageceros de la Amazonía Colombiana (UMIYAC) en el Alto Putumayo. Los enfrentamientos y reclutamientos fracturaban el espíritu de los territorios. Y el miedo a ser asesinados los mantenía lejos de las casas donde colectivamente tomaban el remedio y podían curar la tierra, cuenta Miguel Evanjuanoy.

Mientras la UMIYAC negociaba con los actores armados permisos para hacer las ceremonias de yagé, Standish recorría la Amazonía recogiendo muestras en ceremonias en las que participaba. «Me sorprendió que cuando les preguntaba [a los sabedores] si podía quedarme con 10 mililitros del té que tomábamos, nadie me dijo que no. Me decían: itómalo, aprende, aprende!», dijo en una conferencia en el congreso Mundial de Ayahuasca en 2019, en España. Recolectó quince muestras y, tras analizarlas, encontró la concentración perfecta de DMT, el alcaloide que remodela temporalmente al sistema nervioso durante la toma de yagé. Un futuro lleno de remedios para tratar toda suerte de males rozó su imaginación.

Standish decidió iniciar su plantación en Hawái. Allí, unos cuantos bejucos de *P. Caapi* y *P. bisis*, las dos lianas fundamentales del té de yagé, llevaban cuarenta años creciendo lejos de la selva

Pero la promesa de los psicodélicos para tratar enfermedades de salud mental —el gran mal sin cura de nuestros tiempos— está obligando a la naciente industria psicodélica a ensuciarse las manos.

peruana en donde conocieron el mundo. Standish y sus estudiantes cultivaron jardines, rasparon cortezas, escribieron tratados sobre las lianas desterradas por tres botánicos norteamericanos. Enviaron a los herbarios del Jardín Botánico de Missouri trozos de las lianas trenzadas, que, como venas abiertas, mostraban un vientre desnudo y rojizo.

Luego, en 2016, con una autorización de la DEA, Standish y su equipo empezaron a cocinar ayahuasca en los laboratorios de Bastyr University cerca de Seattle. El bejuco del alma se transformó en un líquido oscuro empacado en botellas de vidrio marrón, difíciles de distinguir de aquellas en las que la quinina circuló por Europa en el siglo XIX. En 2019, veinte años después de su renacimiento ayahuasquero, Standish obtuvo el permiso para un ensayo clínico de fase I con ayahuasca.

La ceremonia llegará a Seattle vaciada de historia: los participantes tomarán ayahuasca en una sala sin ventanas escuchando cantos hindúes y música clásica. No usarán la música tradicional de las ceremonias indígenas porque, dijo Standish a la revista *Quartz* en 2022, querían reducir las variables para determinar qué es «necesario y suficiente» para que la ayahuasca sea efectiva. Dijo que habrá sanadores indígenas durante la intervención, pero que estos, así como los psicoterapeutas que también estarán presentes, deberán tratar de mantenerse callados y solo intervenir en una crisis.

Tras los ensayos, que aún no han sucedido, la ayahuasca médica deberá pasar por exámenes toxicológicos, otras tres fases de estudios clínicos y salir de la lista de sustancias controladas de la DEA. «Necesitamos recoger millones de dólares», dijo Standish en la Conferencia Mundial de Ayahuasca en 2019. No dijo ni una palabra sobre quiénes se beneficiarán si llega al mercado su «farmahuasca», como se ha llamado a los medicamentos basados en DMT.

Un año después, Standish y la «emprendedora social» Victoria Hale crearon Sacred Medicines pbc, una «empresa para el beneficio público» en la que «la misión de desarrollar medicamentos que sanen al mundo y la viabilidad financiera son igualmente importantes». Su padrino fiscal: MAPS, la organizadora de la Conferencia de Ciencia Psicodélica interrumpida por activistas indígenas en 2023.

En 2022, Hale y Standish conocieron a Miguel Evanjuanoy en un panel virtual sobre la medicalización de la ayahuasca. La voz de Miguel llegaba entrecortada a través de un Wi-Fi que no atraviesa la espesura de la selva en el resguardo Yunguillo, en Putumayo.

«Me preocupa escuchar a las compañeras de cabello blanco cuando hablan de medicalizar la ayahuasca. La investigación siempre llegó así a las comunidades, diciéndonos: “nosotros no somos empresa”, pero luego se convirtieron en empresa», dijo Evanjuanoy en el panel. Como él, la líder y artista

brasileña Daiara Tukano cuestionó a Hale y Standish. «Cuando hablan de la demanda y de que sea rentable, hablan en términos que no hacen parte de nuestra relación con la ayahuasca».

Para Occidente, las plantas psicodélicas — ya con el abrigo de nombres científicos— son «*terra nullius*»: tierras de nadie, aún no habitadas por el comercio, escribieron en 2022 los investigadores Alnoor Ladha y Rene Suša. Son, además, tierras fértiles: estimaciones recientes calculan que para 2032 podría tratarse de una industria de entre siete mil y diez mil millones de dólares.

En el conversatorio virtual, ante la pregunta de si estarían dispuestas a frenar los estudios clínicos si así lo solicitan las comunidades, Victoria Hale respondió que lo último que quiere hacer es «perpetuar las prácticas del pasado de capitalistas extractivos» a quienes no les importaba nada más que el dinero. «Queremos construir relaciones, estar unidos, poder tener confianza», dijo.

Si bien desde 2010 existe un tratado internacional que hace explícita la necesidad de repartir beneficios por el uso de la biodiversidad y propone mecanismos para respetar la propiedad intelectual de las comunidades indígenas, este sistema está lleno de vacíos, explica Juan Felipe Guhl Samudio, coordinador del programa de dinámicas socioambientales y culturales del Instituto SINCHI. «Ni siquiera tenemos que hablar de grandes farmacéuticas. Tú llegas al campo y te encuentras con que una comunidad campesina sabe extraer el aceite de milpesos, que también es extraído por los ticunas. Entonces, ¿con quién te vas? ¿Con los campesinos de tercera generación que aprendieron de sus mamás y abuelas, o con las comunidades ancestrales?».

Ante los vacíos, las comunidades indígenas están explorando sus propias alternativas. En la última Conferencia indígena de la Ayahuasca, UMIYAC y otras treinta y cuatro organizaciones indígenas de Brasil, Perú, México, Guatemala, Indonesia, Egipto y Estados Unidos decidieron crear un Consejo de Líderes Espirituales Indígenas, que se encargue de representar a los pueblos ante Estados, empresas e investigadores y promueva leyes nacionales para proteger su soberanía.

Evanjuanoy intenta lograr algo similar desde el Fondo para la Conservación de las Medicinas Indígenas, del que es codirector. El fondo, dirigido y gestionado por líderes indígenas, apoya a veinte

➤ *Avivando el fogón para tostar la hoja* (Leticia, Amazonas, 2024). Foto de **Jorge Panchoaga**. Las hojas de la coca, una vez cosechadas cuidadosamente, son tostadas en recipientes sobre el fogón. El consumo de mambe en las ciudades principales de Colombia ha generado una producción enfocada en este mercado que ha venido creciendo con el paso de los años. Algunas malocas tienen pedidos para Bogotá o Medellín. En otras, el consumo local sigue siendo la principal razón de cultivo de la planta.



pueblos en siete países para conservar y proteger los saberes de cinco bioculturas: la ayahuasca amazónica, las hojas pequeñas de los árboles de iboga de África central, el peyote y las ranas Bufo del norte de México, y los hongos de su Sierra Madre.

«Estas son medicinas sagradas de los pueblos para los pueblos. Nosotros necesitamos curarnos, porque nos fracturaron el sistema organizativo y ahora estamos buscando sanación», dice Evanjuanoy.

Al final del conversatorio virtual, el líder indígena quedó reducido a una masa de píxeles negros: se fue la luz en su casa y perdió la conexión con su traductor. Su voz se escucha aún menos. Tukano, en cambio, puede hablar. Lo hace con una voz que no tiembla.

«La mejor manera de que las personas no indígenas sean aliadas, a veces, simplemente se trata de escuchar una única palabra: “no”. Y dar un paso atrás. Inténtelo, al menos una vez. Tal vez así encontremos formas creativas de establecer conexiones».

«Ni siquiera tenemos que hablar de grandes farmacéuticas. Tú llegas al campo y te encuentras con que una comunidad campesina sabe extraer el aceite de milpesos, que también es extraído por los ticunas. Entonces, ¿con quién te vas? ¿Con los campesinos de tercera generación que aprendieron de sus mamás y abuelas, o con las comunidades ancestrales?».

JANUARY 29, 1979

\$1.25

TIME

THE

COLOMBIAN

CONNECTION



BILLIONS IN POT & COKE

DONET



GACETA 32

Guerra falaz

Los campesinos colombianos han aprendido a cultivar marihuana entre las bananeras y la caña de azúcar. Entre luchas y resistencias, el aparato estatal se ha construido sobre el despojo y la aculturación, en nombre de un modelo económico basado en la producción de mercancías agrícolas que beneficia a las élites locales y arrincona al campesinado a las fronteras agrícolas.

Aparte de su apariencia de videojuego, las imágenes del capítulo más reciente de la «guerra contra las drogas» en el hemisferio tienen poco de novedad. Tomadas desde los mismos drones letales que, al cierre de este número de **GACETA**, han asesinado a sesenta y seis personas en aguas del Caribe y el Pacífico, las grabaciones de embarcaciones y tripulantes estallando por los aires tienen tantos antecedentes como restos flotando en alta mar, recordatorios de que la «guerra contra las drogas» no se ha ganado.

Hace más de una década, Colombia jugó un papel central en el primer anuncio de su fracaso. En 2009, un expresidente, un exalcalde y un periodista representaron al país en la Comisión Latinoamericana de Drogas y Democracia, la primera de muchas en declarar que la «guerra contra las drogas» no había logrado ninguna de sus metas. «Una guerra fallida», titularía la misma comisión en la edición global de uno de sus informes años más tarde. Es irónico que sea entonces Colombia el escenario donde se revela ahora la doble falacia de la «guerra contra las drogas» y su trillado fracaso.

Aunque su objetivo declarado ha sido erradicar las sustancias psicoactivas, en la realidad, el paradigma punitivo y prohibicionista no tiene nada que ver con drogas. Tras su fachada puritana, viaja un paquete de tácticas y estrategias políticas, militares, ideológicas y culturales para la dominación estatal, una poderosa caja de herramientas para la administración de la violencia del Estado. Y en ese sentido la «guerra contra las drogas» ha sido un éxito total.

Las historias de la marihuana en Colombia así lo revelan. El colonialismo interno que ha caracterizado las tensiones entre el centro político y las periferias de la nación, el papel del Estado en el despojo y la aculturación que han facilitado la modernización agraria, y los efectos indeseados de la injerencia de Estados Unidos en nuestros asuntos internos, se han

articulado bajo la «guerra contra las drogas» para potenciarse con el conjunto de instrumentos que esta ofrece para renovar la violencia estatal en momentos críticos de la disputa política. Una guerra falaz que ha contribuido a crear la ilusión de que es posible solucionar los desafíos históricos por la fuerza.

Regiones periféricas y colonialismo interno

La marihuana en Colombia ha echado raíces en esquinas estratégicas para la circulación de recursos y poblaciones que sin embargo han sido integradas al imaginario nacional como fronteras salvajes, alteridades primitivas de la nación.

La primera bonanza de las drogas en el país, durante la década de los setenta, tuvo el radio de acción en La Guajira y la Sierra Nevada de Santa Marta, pero las causas de la llamada *marimba* eran un acumulado de contradicciones en la historia de la Magdalena Grande, la región más septentrional del continente sudamericano, partícipe por siglos de los circuitos trasatlánticos del comercio y el contrabando de ese laboratorio del capitalismo moderno que es la cuenca del Caribe.

En décadas más recientes, con la explosión de la llamada *creepy*, el vórtice ha estado en un rincón de la cordillera Central en el norte de Cauca, en los municipios de Miranda, Corinto, Caloto, Toribío y Jambaló, sin embargo, el enclave es producto de la conexión entre esta área y el alto Cauca, un corredor extenso que conecta la costa del Pacífico con la carretera Panamericana, los valles interandinos y el piedemonte amazónico.

En estas regiones pluriétnicas y multiculturales que cuentan con las mayores concentraciones de pueblos indígenas del país, el colonialismo interno del Estado colombiano se muestra desnudo.

En La Guajira, fenómenos como la mortalidad infantil, la inseguridad alimentaria y la pobreza multidimensional han generado una crisis humanitaria entre el pueblo Wayuu, cuyos clanes han perdido su capacidad histórica para negociar espacios de poder con el mundo *arijuna* (no Wayuu) y contener el efecto de sus violencias. En la Sierra Nevada, «el corazón del mundo», los pueblos Kogi, Arhuaco, Wiwa y

Kankuamo han creado una red institucional para la defensa social y jurídica de sus derechos humanos y ciudadanos, sin embargo, en las negociaciones con el Estado se ha dado una diferenciación que reduce a las comunidades indígenas al espacio periférico de lo tradicional.

En el alto norte Cauca el colonialismo interno también tiene múltiples facetas. En las tierras fértiles de las planicies, el despojo de la tierra y los procesos de proletarianización han sido más drásticos, especialmente para las comunidades afro. En las escarpadas montañas al sur, los pueblos Nasa y Misak han abierto espacio de maniobra desde comienzos del siglo XX, primero con la movilización masiva de la Quintinada en contra del terraje, luego, en 1971, con la creación del Consejo Regional Indígena del Cauca, CRIC, y más recientemente, en el año 2000, con la formación de la Guardia Indígena, lo que ha permitido construir gobierno propio y uno de los movimientos sociales más importantes del país, en el que se fusionan tradiciones ancestrales con diferentes ideologías de la izquierda y hasta del multiculturalismo neoliberal.

En ambas regiones, entre luchas y resistencias, el aparato y la institucionalidad estatales se han construido sobre el despojo y la aculturación, en nombre de un modelo económico basado en la producción de mercancías agrícolas que beneficia a las élites locales y confina al campesinado a las fronteras agrícolas, o a vivir de las migajas como mano de obra barata.

En el caso de la Magdalena Grande, la promesa inicial fue el banano, con una United Fruit Company que transformó la vertiente occidental de la Sierra Nevada durante las dos primeras décadas del siglo pasado. La masacre de las bananeras de 1928, cometida por las Fuerzas Armadas colombianas bajo presión de las directivas de la compañía, desató el declive de la zona, el cual se acentuó en las décadas siguientes con la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y la catástrofe nacional de la guerra partidista de la Violencia. Cuando el fin de la apodada *Yunai* era inminente a finales de los cincuenta, llegó el algodón. Esta vez, el sector estaba a cargo de una colección de productores nacionales que, vinculados a los partidos políticos y con ayuda técnica y financiera de los Gobiernos en Bogotá, Washington y los fondos multilaterales, hicieron del valle del río Cesar un gran monocultivo.

En el alto norte Cauca, la industria de la caña ha avanzado incansablemente sobre las economías campesinas agrícolas y pesqueras. Su expansión ha creado escenarios de inversión y productividad para la explotación del suelo a gran escala, y ha integrado a las comunidades a su órbita como asalariados, en el mejor de los casos. Este «modelo económico dual», como lo llamó la Comisión de la Verdad, recibió un gran espaldarazo con la intensificación de la Guerra Fría, cuando el embargo impuesto por Washington

Hace más de una década, Colombia jugó un papel central en el primer anuncio de su fracaso. En 2009, un expresidente, un exalcalde y un periodista representaron al país en la Comisión Latinoamericana de Drogas y Democracia, la primera de muchas en declarar que la «guerra contra las drogas» no había logrado ninguna de sus metas.

a Cuba a comienzos de los sesenta amplió los mercados para la azúcar vallecaucana, permitió un crecimiento acelerado del área cultivada y convirtió a los azucareros del Valle en empresarios ejemplares de la Revolución Verde en el hemisferio.

En una época en la que el continente se debatía entre la modernización de Estados Unidos y la Revolución cubana, el Estado colombiano convirtió las dos regiones que luego serían escenarios de las bonanzas de la marihuana en talleres de experimentación. En ambas, Estados Unidos fue clave en la implementación de un modelo de concentración de la tierra y la riqueza como ejemplo, aliado y financiador.

Modernización agraria y cultivos ilícitos

Un esquema parecido al empleado por los inversores, con las tecnologías y los capitales de Estados Unidos y que sentó las bases de las economías del banano, el algodón y el azúcar, fue aplicado al cultivo de la marihuana. No a través de los Gobiernos, ni los bancos, ni las élites norteamericanas, sino a través de la juventud rebelde que, como consumidora de hierba, llegó a la Sierra Nevada de Santa Marta en busca de fuentes de abastecimiento para un mercado en expansión. Mucho se ha dicho sobre los Cuerpos de Paz y su papel en el negocio, lo cierto es que los gringos que llegaron buscando *weed* no tenían afiliación institucional alguna.

Si los *hippies* norteamericanos prendieron la mecha, el combustible fueron los escombros de la Reforma Agraria que el Partido Liberal legisló en 1961 con el apoyo de la Alianza para el Progreso de la administración Kennedy en Estados Unidos. El fin era resolver el problema de la modernización del campo ante el temor de una revolución, pero los intereses terratenientes afiliados a las cúpulas de los partidos políticos la torpedearon desde adentro. Para finales de los años sesenta era claro que dicha reforma no había logrado su cometido. La *marimba* fue la salida al *impasse* en la Magdalena Grande.

Igualmente, la *creepy* fue también una respuesta adaptativa a otro fiasco en el que participó Estados Unidos de manera directa: el del proceso de paz del Caguán que apresuró el Plan Colombia a finales del milenio. Aunque durante la bonanza de la *marimba* en los setenta algunos campesinos en Corinto y Caloto —además de Palmira y Florida, en Valle del Cauca— cultivaron marihuana para un pequeño grupo de traficantes en ascenso, lo promisorio en la región era el creciente negocio de la coca para cocaína que venía como un reguero desde Putumayo y Caquetá, protegida por el frente de las FARC que operaba en la zona y que había decidido hacerla motor de sus finanzas.

La coca reinó en la región durante décadas. Dos estrategias de la escalada del conflicto posterior al descalabro del Caguán se conjugaron a finales de la primera década del siglo XXI para despertar el volcán

dormido de la marihuana. En primer lugar, las erradicaciones manuales forzosas y las aspersiones aéreas de los cultivos de coca, operaciones que constituían la base para analizar los resultados del Plan Colombia en Washington; y, en segundo lugar, el proceso de desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), política central de la Seguridad Democrática de la administración Uribe, que sirvió de incentivo para que algunos grupúsculos paramilitares intentaran fortalecerse localmente controlando las plazas de expendio de drogas. Estos dos procesos simultáneos empujaron a inversores, productores y comerciantes de marihuana venidos de Antioquia, Valle, Eje Cafetero y el piedemonte amazónico a buscar protección de las FARC en el norte de Cauca a cambio de un impuesto sobre las cosechas.

Tanto en la Magdalena Grande como en el alto norte Cauca, la marihuana alineó grupos disímiles con intenciones variadas; sin embargo, los protagonistas indiscutibles fueron y siguen siendo las comunidades rurales, tanto campesinas como indígenas. Fueron ellas quienes adoptaron un cultivo foráneo como propio, aprendieron sus secretos, experimentaron con las técnicas, crearon mercancías apetecidas en los mercados de consumo y forjaron unas economías morales, es decir una serie de valores y principios, para definir funciones, jerarquías y procedimientos dentro del negocio.

En la Magdalena Grande, los pioneros fueron los colonos de las tierras altas de la antigua zona bananera, sobre la cuenca del río Frío y sus inmediaciones, familias desplazadas de la Violencia que habían llegado en oleadas durante las décadas anteriores. Sembrando a la intemperie y con métodos artesanales que imitaban el bien conocido cultivo del café, los productores campesinos experimentaron con cepas locales que se sembraban desde los años dorados de la zona bananera, hicieron cruces con las genéticas de Estados Unidos y México que los mismos compradores norteamericanos importaron, mejoraron la productividad de sus campos y la calidad de sus cosechas, e inventaron un menú de variedades híbridas sativas en el que la famosa Santa Marta Gold era reconocida como excelsa. Unos ciento cincuenta mil productores y comerciantes participaban de esta economía que proveía «alrededor de dos tercios de toda la marihuana que se fumaba en Estados Unidos», según le aseguró la dea a *Time Magazine* en 1979.

En una época en la que el continente se debatía entre la modernización de Estados Unidos y la Revolución cubana, el Estado colombiano convirtió las dos regiones que luego serían escenarios de las bonanzas de la marihuana en talleres de experimentación.

Aunque en el alto norte Cauca los precursores fueron grandes empresarios foráneos que llegaron con semillas, capital y tecnología, labriegos indígenas fueron quienes convirtieron el cultivo en uno de los principales medios de sustento económico familiar. Por encima de las limitaciones naturales de la región, que obliga al uso de invernaderos e iluminación artificial para compensar por el clima desfavorable, entre dieciséis mil y diecinueve mil familias han invertido su futuro en un híbrido con preponderancia de la cepa índica *kush* que se vende con el nombre genérico de *creepy*.

A diferencia de la *marimba* en la Magdalena Grande, la *creepy* en el norte del Cauca se niega a desaparecer. El gran motivo es la persistencia de los comuneros, quienes, ante la decisión de sus propias autoridades de prohibir la planta, se han enfrentado a ellas y a las organizaciones armadas que han pretendido controlarla. Recientemente, en medio de la crisis de la pandemia de 2020, los comuneros crearon el Gremio en asamblea popular, una minga cannábica con centro en Toribío, junta directiva y supervisores por vereda, que ha diseñado un sistema propio de regulación por cuotas según número de plantas, definido las reglas de manejo de agua y energía eléctrica y evitado la caída de los precios, ganando algo de autonomía sobre una economía que provee los mercados de Colombia y gran parte de Centro y Suramérica.

Tanto antes como ahora, la marihuana ha venido al rescate de unas economías precarias olvidadas en los extramuros de la nación, permitiéndoles a

las comunidades rurales abrir un espacio de acción en donde hacer viable su modo de vida y sobreponerse a la visión estrecha, rígida y cortoplacista del desarrollo que ha primado históricamente tanto a nivel del Estado como de los agroindustriales en el país.

Degradación del Estado y «guerra contra las drogas»

Es lugar común atribuirle el surgimiento de los cultivos de usos ilícitos a la debilidad o ausencia del Estado en regiones periféricas. Pero las historias de la *marimba* y la *creepy* ponen en evidencia que el problema no es la falta de Estado, sino su presencia, cómo se construye, se preserva y se reproduce el poder en Colombia. La «guerra contra las drogas» ha sido un instrumento compatible con dichos procesos de formación de Estado, por ello su durabilidad y persistencia en el país.

Más que una imposición de Washington, la «guerra contra las drogas» ha sido una tabla de salvación para un sistema político amenazado por el descontento popular. Un Estado anclado en el colonialismo interno, que ha fracasado en sus promesas de reformas, ha usado la relación de dependencia y subordinación a Estados Unidos para renovar, fortalecer y legitimar su violencia en contra de las comunidades a las que les ha incumplido.

Así como las contradicciones de la modernización agraria se hicieron evidentes primero en el Magdalena Grande con el despunte del narcotráfico como sector de exportación, la «guerra contra las drogas» se desenvuelve inicialmente allí para permitirle



pp. 32, 36 Dos portadas para *Time Magazine* diseñadas por Michael Doré. El número de enero de 1979 abordó por primera vez el narcotráfico como un fenómeno global y empresarial. *Time* describía el tráfico de drogas —especialmente marihuana, cocaína y heroína— como una industria internacional en expansión, alimentada por el consumo creciente en Estados Unidos y la falta de coordinación entre las agencias de control. El artículo central analizaba las redes de contrabando desde América Latina y el Caribe, destacando la porosidad de las fronteras y la sofisticación logística de los traficantes. También advertía sobre el poder económico y político emergente de estos grupos, que comenzaban a operar como corporaciones ilegales con estructuras jerárquicas, rutas aéreas y marítimas, y vínculos con autoridades locales. El tono del reportaje oscilaba entre el alarmismo social y la fascinación por la magnitud del negocio, situando al narcotráfico como uno de los mayores desafíos de la política exterior estadounidense al final de la década de 1970.

El especial de febrero de 1985 marcó el punto más alto de la llamada *Cocaine Panic* en Estados Unidos. *Time* exploró el auge del consumo de cocaína como símbolo de estatus en los círculos urbanos y profesionales, al tiempo que denunciaba los costos sociales y de salud asociados. El reportaje rastreaba el origen de la droga en los laboratorios clandestinos de Colombia, Perú y Bolivia, y señalaba la consolidación de los carteles de Medellín y Cali como los nuevos actores dominantes del comercio mundial. La revista combinaba análisis médico, económico y cultural, mostrando cómo la cocaína había pasado de ser una droga «glamurosa» a un problema nacional de adicción y violencia.

al Estado ensayar nuevas maneras de represión. La primera campaña antinarcóticos del país, las Dos Penínsulas (se aplicó en simultánea en La Guajira y Florida), lanzada en noviembre de 1978 por la administración de Julio César Turbay (1978-1982) en asociación con Jimmy Carter, fue la escuela que preparó el terreno para que Colombia se convirtiera en el gran laboratorio del combate al tráfico de drogas en los ochenta y noventa, cuando el fin de la Guerra Fría se acercaba y la política internacional estadounidense, al quedar huérfana del antiguo principio rector del anticomunismo, comenzó a girar hacia los antinarcóticos como nueva ideología dominante.

El Plan Colombia, al final del milenio, fue la síntesis de este largo proceso de reacomodo. Inicialmente concebido por la administración Pastrana (1998-2002) como un programa de inversión en el desarrollo social de zonas afectadas por la guerra, el plan terminó rediseñado en el Congreso de Estados Unidos en un proyecto de control territorial para la incorporación de una región estratégica del hemisferio en la globalización neoliberal. La gran innovación era un tipo de violencia doble que exhibía la fachada del Estado y su aparato militar como garantes de derechos, mientras ocultaba a los actores privados, tanto paramilitares colombianos como mercenarios estadounidenses, que ayudaban en la consecución de los objetivos anunciados tras bambalinas.

Plan Colombia tenía como eje central el «empuje hacia el sur», o *push into Southern Colombia*, como llamó el Departamento de Estado en Washington al avance sobre el piedemonte amazónico. La estrategia buscaba sofocar al bloque Occidental de las FARC, comandado por Alfonso Cano, y desarticular al movimiento cocalero que en años anteriores había logrado negociar con el Estado y convertirse en actor político de peso. El corredor del norte de Cauca fue la retaguardia para el repliegue, donde chocaron varios frentes de las FARC, el bloque Calima de las auc y sus posteriores reductos, las Águilas Negras.

El despuntar de la *creepy* sucede entre flujos y reflujos. Los empresarios foráneos establecieron los primeros invernaderos durante los coletazos del Plan Colombia en los tiempos de la Seguridad Democrática de Uribe. Las familias indígenas multiplicaron los microcultivos en un solar o una esquina de la parcela durante las negociaciones de paz de Santos. La doble explosión de *creepy* y víctimas se desata en los años siguientes a la firma de los acuerdos debido a la incertidumbre sobre la implementación de la administración Duque. El Gremio se fortalece entre una crisis sistémica y la esperanza de la llegada de un gobierno de izquierda al poder, mientras la guerra arrecia con las incongruencias de la Paz Total de Petro.

Mientras la atención ha estado puesta en estos conflictos crecientes en el sur del país, un nuevo gobierno en Washington ha decidido volver al Caribe

para desplegar un espectáculo de fuerza con la invencible «guerra contra las drogas». Hasta antes de los ataques con drones, tres habían sido los grandes momentos de esta guerra sin fin en Colombia. El ciclo primigenio contra la *marimba* a finales de los setenta, que dejó valiosas enseñanzas que luego se retomaron, multiplicaron y mejoraron en otras regiones del país en los ochenta. El ciclo de expansión contra los productores y carteles de coca y cocaína, y en menor medida los de amapola, en los noventa, lo que hizo de Colombia el teatro más sangriento de esta guerra en el mundo. Y, finalmente, el ciclo de síntesis con el Plan Colombia que fusionó antinarcóticos y contrainsurgencia bajo un nuevo paradigma de control territorial tendiente a potenciar la globalización neoliberal y que dejó como secuelas la economía de la *creepy*.

A lo largo de todas estas décadas, la «guerra contra las drogas» ha sido un arma poderosa, flexible y maleable de la democracia colombiana para legitimar la violencia empuñada en contra de la sociedad civil. En cada ciclo le ha ofrecido al Estado colombiano un repertorio de recursos para legitimar discursos estigmatizantes, patrocinar comunidades de expertos, crear un nuevo enemigo interno, ampliar las funciones del aparato militar, concentrar poder en el ejecutivo y estrechar las relaciones con Estados Unidos.

Los ejecuciones extrajudiciales con aeronaves no tripuladas que permiten que unos perpetradores remotos ataquen a unas víctimas inadvertidas en alta mar, y la denuncia internacional de la administración Petro ante estos crímenes y su negativa a callar o sumarse a semejante iniciativa, nos hablan de una nueva etapa en esta guerra falaz. Ante la imposibilidad de predecir el futuro, queda entonces la opción de aprender algo del pasado.

Nota

Este artículo es una versión breve y revisada de «Las trabas de la guerra: marihuana y violencia de Estado», ensayo de la autora originalmente publicado en *Cambios y continuidades en el conflicto. A diez años de la Comisión Histórica del Conflicto Armado y sus Víctimas* (2024), un informe conmemorativo editado por la Unidad de Implementación del Acuerdo de Paz, el cual está disponible de forma gratuita en internet. Consultar el texto original para las referencias bibliográficas.

Más que una imposición de Washington, la «guerra contra las drogas» ha sido una tabla de salvación para un sistema político amenazado por el descontento popular. Un Estado anclado en el colonialismo interno, que ha fracasado en sus promesas de reformas, ha usado la relación de dependencia y subordinación a Estados Unidos para renovar, fortalecer y legitimar su violencia en contra de las comunidades a las que les ha incumplido.

Hemos erradicado 3.900.000 hectáreas: el tamaño de Bélgica

El régimen global antidrogas ha criminalizado a labriegos y consumidores. Diferentes fenómenos internacionales y prejuicios de más de sesenta años han puesto la responsabilidad del narcotráfico en los países productores. Sin embargo, tras romper el llamado Consenso de Viena, se abre un camino para imaginar otro futuro. ¿Cuáles son los retos que enfrenta Colombia y qué pasos debe seguir en la redefinición de una política global sobre las drogas?

Antes de posesionarse como secretaria general adjunta de la Organización de Estados Americanos (OEA), la diplomática Laura Gil conversó con GACETA sobre la política internacional de drogas que ha adelantado el país. En su anterior cargo como embajadora de Colombia en Austria, donde a su vez asumió la representación permanente ante la Organización de las Naciones Unidas en Viena, en marzo de 2024, Gil logró la ruptura del llamado Consenso de Viena sobre la política antidrogas.

El trabajo de la delegación colombiana fue clave para reencastrar una política global de drogas totalmente anquilosada y que, hasta ahora, ha propiciado fenómenos de violencia en los países productores. Tras más de sesenta años, por fin, se nos invita a pensar de nuevo una política global de drogas y a cuestionar los paradigmas de un régimen que pone la carga criminal sobre productores y consumidores. Las políticas de reducción de daños nos permiten acercarnos al fenómeno del consumo desde la salud pública y abren la conversación hacia las decisiones que pueden tomarse en los escenarios internacionales para transformar nuestra política interna. Sin embargo: nada de esto se ha dado hasta ahora.

Desde 1961, Naciones Unidas no había hecho un análisis independiente sobre cómo funciona el régimen global antidrogas. Entendiendo que este análisis es necesario como primer paso para transformar muchas de las políticas y las formas de acercarse a las problemáticas globales, ¿qué avances se han presentado desde la resolución de la 68.ª sesión de la Comisión de Estupefacientes de las Naciones Unidas, donde se decidió hacer un análisis independiente?

Laura Gil: Naciones Unidas sacó una propuesta de procedimiento para la selección de miembros del panel y el financiamiento. La resolución era clara en que el panel estaba supeditado a que se consiguiera financiamiento a través de contribuciones extrapresupuestales; es decir, que no viniera de presupuesto regular. Desde que se aprobó esta resolución, hasta ayer, empujé para que Colombia aportara dinero. ¿Por qué? Primero, porque Colombia es la dueña de la resolución. Segundo, porque es una prioridad para el país. Y en esto quiero ser muy clara: es una prioridad no solo para este Gobierno, lo es para cualquier Gobierno que llegue, porque este panel puede traer recomendaciones que les sirvan a Gobiernos

colombianos de cualquier color político, no a uno necesariamente progresista.

Las frustraciones que hay, por ejemplo, frente a que el desarrollo alternativo no es lo suficientemente poderoso ni potente ni cuenta con los tiempos adecuados para responder a las necesidades del campesinado podrían llegar a ser atendidas. Hay que sacarse de la cabeza que este solo es un panel

con cientos de personas. Esta resolución lleva nuestra marca, fue muy conversada y dialogada... La prueba es que pocos países votaron en contra en un tema tan delicado. Ni siquiera China votó en contra. Creo que eso demuestra la inclusión. Muchos países se nos han acercado diciendo: «Pongan algo, apenas envíen el mensaje de que están comprometidos con el panel, de que esto no fue solo

Ante un cambio de gobierno, ¿qué tan frágil puede llegar a ser esta resolución?

LG: El proceso en Naciones Unidas ya entró en marcha. Entonces, si este Gobierno dice: «Bueno, aquí tienen cincuenta mil dólares», o lo que sea, y el proceso se pone en marcha, no hay cómo pararlo. Obviamente, este Gobierno aspira a que el informe muestre su visión de las cosas. Pero lo que tenemos que enfatizar es que pedimos una revisión independiente. El Gobierno seguramente enviará un informe que podrá ser considerado como fiel a su visión, pero, y creo que en esto actuamos de buena fe y con sinceridad, buscamos que pueda darse la discusión sobre una reforma. Necesitamos que el informe sea creíble. Si llenamos esto solo de gente que está de acuerdo con nosotros, el informe no será creíble. Necesitamos un informe que ponga sobre la mesa los verdaderos desafíos de este régimen de drogas. Tal como está, el régimen no se ha podido cumplir. Y eso se ve en las salas de Naciones Unidas, desde Rusia o China hasta los países más progresistas. Todos dicen: «Este régimen, así como está, no está dando resultados». Entonces, si se hace un trabajo responsable, independiente, estoy segura de que habrá recomendaciones que les pueden servir a todos los países. Y creo que sería un error de cualquier Gobierno llegar a ponerle trabas a esto. Lo mejor que podemos hacer es reconocer que estamos ante un fracaso y ver cómo lo arreglamos.

Los más prohibicionistas querrán más prohibición, los menos prohibicionistas querrán moverse hacia la regulación. En ese escenario hay que buscar un acuerdo. De aquí en adelante solo se puede ir hacia una reforma gradual. Quienes quieran liberalizar todas las drogas no encontrarán esto en el informe. Pero encontrarán avances que le sirven a Colombia.



Laura Gil, diplomática, periodista, analista de medios y columnista de opinión.

para este Gobierno. El Gobierno, por supuesto, cumple con un compromiso de revisión del régimen, pero es una revisión que le va a servir al país. Punto. Y tercero, y aquí viene lo, digamos, difícil: para poder sacar adelante esta resolución, hablé personalmente con cincuenta y un embajadores. Nuestro equipo en Viena habló y negoció

narrativo, nosotros llegamos y ponemos algo más y entre todos juntamos lo necesario». Es decir, Colombia no tiene que financiarlo completamente. Lo que Colombia tiene que hacer es mostrar que está comprometida con entregar un poco de dinero para decir: «No fueron solo palabras. Aquí está nuestro compromiso».

La posibilidad de este informe y el hecho de esta resolución, ¿son un síntoma de que hemos comenzado un tránsito de un enfoque punitivo a uno más dirigido hacia la salud pública?

LG: Yo creo que ese tránsito lo empezamos en 2016 con la Asamblea General Extraordinaria. El problema es que con la Asamblea General Extraordinaria se consiguió un texto que habló de salud pública, de derechos humanos, pero, cuando uno se sienta en Viena, en Naciones Unidas, se encuentra con que persiste una visión muy anterior. ¿Qué permitió la Asamblea General Extraordinaria? Permitió al bloque europeo y de algunos países de América Latina tener de qué aferrarse para pedir avances en una política de drogas que tenga un enfoque más de salud pública y derechos humanos. Para eso sirvió.

Si el sistema ya hubiese incorporado el enfoque de salud pública, sacar una resolución de reducción de daños no hubiese significado la revolución que fue. Y fue una verdadera revolución en marzo de 2024. La Asamblea General Extraordinaria nos había servido como mecanismo de reclamación, pero no se había hecho realidad. Estoy absolutamente convencida de que temas como la reducción de daños, por ejemplo, pueden quedar consagrados en este informe.

Hay un número importante de temas que van más allá de la regulación que son importantes para Colombia y todo puede quedar consagrado ahí. En cierta manera, es el inicio de la reforma, porque se ponen esos temas sobre la mesa. Ninguna reforma se pone sobre la mesa siendo definitiva. Supone un camino largo, pero es

una manera de empezar a cambiar mentalidades, así empiezan los procesos en Naciones Unidas.

¿Qué es la reducción de daños? Muchos expertos en drogas hablan de lo difícil que es hacer que la gente se acerque al tema de la reducción de daños y lo difícil que es explicar en qué consiste.

LG: La reducción de daños son una serie de políticas públicas que se despliegan para minimizar los riesgos. Pueden verse reflejadas en salas de consumo, o en la disponibilidad de medicinas en caso de sobredosis. Pueden ser políticas de tratamiento. Aunque es claro que no se pueden reducir exclusivamente a las salas de consumo, ni tampoco se pueden reducir a una intervención sanitaria. Lo verdaderamente importante es que la reducción de daños nos hace admitir de manera tácita que un mundo libre de drogas es una utopía.

Y por eso hay tanta resistencia...

LG: Exacto. Toda la evidencia científica muestra que la reducción de daños sirve para salvar vidas.

Se ha dicho que hay un bloque de países que quieren acoger nuevos enfoques como el de la reducción de daños, pero no necesariamente quieren efectuar una reforma legal. ¿Cómo transformar entonces ese modelo prohibicionista?

LG: En este momento, la discusión en Viena, que es el epicentro global de la política de drogas, está partida en dos: países prohibicionistas y países reguladores. Pero hay consenso en que el sistema no funciona. Los prohibicionistas no quieren reforma legal porque temen que acabe

con la regulación del cannabis. Más de la mitad de los estados de Estados Unidos han regulado el cannabis y, a nivel global, hay una masa crítica de países que ya lo han regulado, no solo para uso medicinal, sino también para uso recreativo. Entonces, los países prohibicionistas temen abrirse a negociaciones legales. Los países progresistas temen que, si abren la discusión, perderán la regulación del cannabis y haya marcha atrás. ¿Cuál fue nuestra propuesta? Pues ver en qué puntos puede llegarse a acuerdos con base en la revisión independiente. Y en lo que no hay acuerdo, por lo menos hay un cuerpo independiente que pone las cosas sobre el papel para propiciar la conversación. En este momento la conversación sobre la «reforma» está cerrada. El punto de partida de esta revisión crítica es decir qué funciona, qué no funciona y salir del papel a dar la discusión pública, porque no hay de otra. Por lo menos Colombia no ha encontrado otra puerta de entrada para hablar de reforma.

¿Cómo superar eso? Las posiciones que describes parten del miedo. La conversación pública, política y cultural alrededor de las drogas está invadida de una serie de emociones paralizantes. ¿Cómo podemos transformar el estado de ánimo de la conversación desde un lugar que no nos lleve a hablar desde la inacción? ¿Qué papel juega ahí la sociedad civil?

LG: Las convenciones se interpretan cada vez más con mayor flexibilidad. Es decir, cuando tú hablas con los países que han regulado el cannabis, te dicen: «Nosotros no estamos violando la Convención. La Convención nos da flexibilidad». La discusión tiene que partir de la evidencia científica y hay que tener política pública documentada. Y una vez nosotros lleguemos, no con una narrativa de lo que nos parece, sino que

Según datos del Estado colombiano, hemos erradicado 3.900.000 hectáreas de droga. Más o menos ese es el tamaño de Bélgica.

lleguemos diciendo, por ejemplo: «Miren, desde que nosotros regulamos el cannabis los jóvenes empiezan a consumir menos drogas», ahí se pueden empezar a cambiar posiciones.

El tema es que, para los gobiernos autoritarios, el control de las drogas también es un instrumento de control de la sociedad y eso no lo vamos a poder cambiar. Nosotros tenemos que hablar con los que llamamos *middle ground countries*, países que realmente tienen temor a proceder en algunos aspectos de liberalización; pero por temor a crear daños en la salud pública, no por ideologización o autoritarismo. Esos son los países que pueden cambiar el juego y lo que tenemos que hacer es dialogar con ellos. En Viena, Colombia nunca fue un tractor que atropelló. Lo que hicimos fue tomar datos duros de lo que ha sido nuestra experiencia desde la década de los sesenta, y de lo que hemos hecho tratando de combatir el flujo ilícito de drogas. Cuando presentamos datos, la conversación cambia.

De acuerdo con datos del Estado colombiano, hemos erradicado 3.900.000 hectáreas de droga. Más o menos ese es el tamaño de Bélgica. Entonces, yo siempre les decía en mi discurso: «Hemos borrado a Bélgica del mapa». Y eso facilita la conversación, porque no es narrativa, es un hecho duro, es una realidad.

Hay que llevar evidencia científica para acabar con los temores. Pero para llevar evidencia científica hay que tenerla, y los países no invierten mucho, sobre todo los nuestros, en este tipo de investigaciones. Para mí, una de las sorpresas fue que, cuando fuimos a presentar el informe sobre hoja de

coca, no teníamos muchos datos que recién ahora empezamos a investigar. ¿Cómo puede ser que no se hayan investigado antes los usos ancestrales de la coca, y que no se hayan tenido en cuenta los reclamos que vienen de hace tanto tiempo de unos pueblos indígenas que quieren que estos usos sean reconocidos, y que piden que la hoja de coca sea sacada de las listas Uno y Cuatro —las dos peores de las convenciones o de los productos más peligrosos—? Nos falta información. Tenemos lo suficiente para hacer una buena argumentación, y presentamos un dossier que es relativamente fuerte; pero cuando uno lo lee se pregunta: «Bueno, yo quisiera también ver esto, esto, esto y esto», y eso todavía no está. Y si esa investigación no la hacemos nosotros, ¿quién la va a hacer? ¿A quién le interesa que la hoja de coca salga de esa lista si no es a nosotros?

¿Están en marcha esas investigaciones? ¿Se ha creado un estudio o un centro de estudios para ello? ¿Cómo se ha transformado esa investigación en Colombia?

LG: El Ministerio de Ciencias desembolsa dinero para ese tipo de investigaciones, pero es muy difícil. La única entidad que puede plantar hoja de coca de manera legal en Colombia es la Policía Nacional de Colombia, que tiene un campo en Ibagué, imagino para ver cómo erradicar ese tipo de plantas. Pero, por ejemplo, sacar plantas de hoja de coca de Colombia para llevarlas a una universidad en Europa para que las investiguen es sumamente

difícil. No dan los permisos, no se consiguen. Están la Policía Nacional, que puede plantar, el Sena del Cauca y la Universidad Nacional. La Universidad de los Andes quería hacer una investigación y todavía no ha podido conseguir el permiso.

¿Y el Ministerio de Defensa, a través de la Policía Nacional, no podría hacer investigaciones?

LG: No lo tengo muy claro. Yo he intentado mediar en esas discusiones, pero la responsabilidad recae en el Consejo Nacional de Estupefacientes, que es un cuerpo colegiado.

¿Cómo se ha transformado el papel de Estados Unidos, bajo la actual administración de Donald Trump, y esto cómo ha influido o no en los avances?

LG: Para mí ha sido muy interesante porque ellos votaron en contra. Ellos eran aliados nuestros, no en la visión progresista, pero sí en la necesidad de poner una mirada nueva sobre el régimen global. Apoyaron el panel bajo la administración Biden y votaron en contra con la administración Trump. Pero lo importante aquí es que no lo bloquearon y que quieren que haya un americano en el panel. Debemos darle la bienvenida: no lo están bloqueando y quieren involucrarse. Claro, aquí cada uno quiere involucrarse desde su postura. Pero si no nos involucramos, no podemos tener la conversación. La conversación solo puede darse si hablamos. Yo le doy la bienvenida a los Estados Unidos a esta conversación.

Los más prohibicionistas querrán más prohibición, los menos prohibicionistas querrán moverse hacia la regulación. En ese escenario hay que buscar un acuerdo. De aquí en adelante solo se puede ir hacia una reforma gradual. Quienes quieran liberalizar todas las drogas no encontrarán esto en el informe. Pero encontrarán avances que le sirven a Colombia.



Prohibicionismo: opio del poder

Colombia sigue atrapada en la lógica prohibicionista frente a las sustancias psicoactivas: el ritual de la estigmatización mediática se repite mientras crecen los cultivos y las incautaciones. Más allá de la culpa, ¿qué caminos soberanos nos quedan?

Durante buena parte de los últimos cien años, las sustancias psicoactivas han sido tratadas mediante un «régimen prohibicionista», al que se le sumó la «guerra contra las drogas» de finales del siglo xx. En 1932, este sistema ya motivaba críticas como la de Aldous Huxley: «La Liga de las Naciones defiende la prohibición, que es como defender la extracción quirúrgica de las pústulas como cura para la viruela», escribió el británico. En 2025, Colombia ha sido el principal productor de cocaína en el mundo y, además, tiene un importante mercado de cannabis. Por eso estamos en el centro de la observación global. Nos encerramos en una dicotomía entre los «buenos» y los «malos», y los debates que damos al respecto tienen un dejo de auto-culpabilidad, como si fuera un castigo divino —«¿por qué nosotros?»—, o de exculpación, —«ustedes también son responsables»—. Algún sociólogo podría decir que actuamos como se supone que opera el estigma: nuestra imagen se distorsiona en el espejo y nos entendemos con los criterios de los demás, así personificamos nuestra caricatura.

En junio de 2025, la Oficina para las Drogas y el Delito de la ONU (UNODC, por sus siglas en inglés) publicó su informe global, y la política de drogas de Colombia volvió a ocupar el centro de la polémica. La conclusión más mediática del informe ya la conocíamos desde hace unos meses: en 2023, los cultivos de coca aumentaron un 10 %, y su productividad en un 53 %. Las respuestas fueron rápidas y múltiples: el presidente Gustavo Petro dijo que no creía en esa estadística, que era culpa del aumento de la demanda en Europa y que urgía crear un comité con Bolivia que hiciera otras mediciones. La oposición, con María Fernanda Cabal y Paloma Valencia a la cabeza, salió a decir que era culpa de la nueva política de drogas del Gobierno Petro y de su política de paz, y defendió las erradicaciones forzadas y el glifosato. Para Laura Gil, embajadora encargada de la discusión en la

Comisión de Estupefacientes de Viena, «no podemos seguir tolerando este nivel de estigmatización». Julio Sánchez Cristo lamentó que «seamos un problema para el mundo». Un representante del Pacto Histórico dijo que esta vez la sustitución iba a ser territorial: la promesa del «esta vez mejor».

Lo único que quedó claro es que ninguno de ellos leyó el informe. Como cada año, en esta fiesta pública todos alucinan con la molécula «prohibicionista» y se toman las mentas antidrogas. Los medios ven lo que quieren o pueden ver, y mientras tanto usamos la carta de la estigmatización —«nadie nos quiere», «es culpa de mi enemigo»— y la derecha pide más prohibicionismo, más erradicación, más glifosato, más presupuesto para la Policía. Pero nada cambia en la estructura, y terminamos igual de entrampados. «La única justificación para la prohibición sería que fuera exitosa —escribió Huxley—, pero no lo es, y por la naturaleza de las cosas no lo podrá ser».

Con la alucinación prohibicionista inoculada en nuestra cabeza, todavía no entendemos qué se juega en este informe global. Hablemos más de este tema, sobre todo para que el movimiento social colombiano no se duerma.

La UNODC

Las tareas de la Oficina para las Drogas y el Delito son proveer información y encargarse del cumplimiento de los acuerdos de tráfico de personas, corrupción, fronteras, crimen, narcotráfico, violencia contra los niños, armas, VIH y sida, lavado de dinero y terrorismo, entre otros. En el tema de drogas, la UNODC se ha concentrado en la prevención del abuso de sustancias, así como en el tráfico y la producción. En general, se concentra en Latinoamérica, Asia y África oriental; Afganistán, Colombia, Bolivia, Tailandia y Perú son los países con más publicaciones.

De lo que menos habla la UNODC es de lavado de dinero, del sistema de justicia criminal, de los derechos humanos, de prisiones, de prevención a la salud y consecuencias sociales de las drogas, de la sobredosis, de la reducción de daños y del estigma. No se abordan con claridad las repercusiones violentas de

la política prohibicionista de drogas, como el fomento de un mercado activo de armas, de tecnología y entrenamiento de guerra; el último estudio global es de 2020. Como todo el sistema internacional, la UNODC depende de los grandes juegos geopolíticos entre las potencias mundiales: Estados Unidos, China, Rusia, Alemania y Reino Unido. Y como todo aparato y discurso que tiene el poder de definir lo criminal y el delito, controla y regula la violencia y la represión. Sus objetivos no se armonizan con los de otras oficinas, como la de Derechos Humanos o los Objetivos de Desarrollo del Milenio; las Naciones Unidas no son un ente homogéneo. Si un Gobierno quiere cambiar las reglas en este espacio se va a estrellar con que no es un camino ni democrático ni justo. Por eso quejarnos de lo injusto no es suficiente, así como acudir a la Comisión de Estupefacientes de la UNODC en Viena no puede ser la única estrategia.

Los informes de la UNODC

De esta variopinta y desequilibrada lista de tareas de la UNODC, dos informes se convirtieron en el ritual anual del debate mediático en Colombia: el informe Monitoreo de los territorios con presencia de cultivos de coca y el Informe global de drogas. El primero lo hace la oficina en Colombia de la UNODC, que inició el trabajo de monitoreo de producción de coca a través de sistemas satelitales desde finales de los noventa. Este sistema, replicado en Bolivia y Perú, se ha convertido en una herramienta del sistema prohibicionista. En 2015, el informe de monitoreo de cultivos cambió para llamarse Informe de territorios afectados por cultivos y, desde 2023, su título es Informe de territorios con presencia de cultivos. Este cambio, aunque parezca menor, muestra cómo se controvierte el carácter estigmatizante del cultivo. De «afectar» pasa a ser una realidad: está presente. Los últimos informes han introducido variables cualitativas y subregionales para comprender las violencias en estos territorios, que conviven con los mercados de cocaína. Los análisis, por fortuna, se han complejizado.

Cada informe retrata el año anterior. Si leemos el de 2024, encontramos las dinámicas de 2023. La muy difundida crisis cocalera en nuestro país no está retratada en el informe con claridad; los cultivos no disminuyeron en 2022 ni en 2023, lo que nos lleva a pensar en las diferencias subregionales de la crisis, en qué parte de la cadena pegó más fuerte —precio, pasta base, cultivos o cristalización—, y cómo lo hizo. Esto no se discutió a fondo y la Dirección de Política de Drogas no produjo ningún informe al respecto. Este informe no les hace seguimiento a los mercados de cannabis en Colombia.

Aunque este informe recibe distintas críticas metodológicas, es la única estimación que existe, y no hay esfuerzos para crear sistemas de seguimiento soberanos. La Dirección de Política de Drogas del

Cada informe retrata el año anterior. Si leemos el de 2024, encontramos las dinámicas de 2023. La muy difundida crisis cocalera en nuestro país no está retratada en el informe con claridad; los cultivos no disminuyeron en 2022 ni en 2023, lo que nos lleva a pensar en las diferencias subregionales de la crisis, en qué parte de la cadena pegó más fuerte —precio, pasta base, cultivos o cristalización—, y cómo lo hizo.

Ministerio de Justicia tiene el Observatorio de Política de Drogas, un espacio que, aunque podría ser clave, hasta ahora ha sido irrelevante en el debate nacional e internacional. Todavía no se ha implementado la recomendación de la Comisión de la Verdad, prometida por el Gobierno, de construir nuevos indicadores.

El Informe global de drogas también es anual y se apoya en el informe de la UNODC. Está compuesto de cuatro documentos: una síntesis de las novedades principales de demanda y oferta por cada sustancia psicoactiva (cannabis, opioides, cocaína, anfetaminas, nuevas ofertas) y por continente; un resumen de las principales dinámicas de los mercados de sustancias, la demanda y el daño, las políticas de drogas, las diferencias en términos de sexo y edad, y reflexiones regionales. un capítulo sobre temas escogidos, el de este año aborda los impactos del uso de drogas, los nexos entre drogas y el crimen organizado, y las consecuencias ambientales de mercados ilícitos de drogas; finalmente, hay un apartado especial de estadísticas sobre estos mercados, sus patrones y tendencias.

Podemos criticar sus metodologías, conclusiones y fuentes. Podemos advertir, por ejemplo, que los documentos citados para el caso de Colombia son de hace veinte años y no retratan la realidad actual. Pero es equivocado afirmar que el Informe global de drogas no estudia la demanda de las sustancias o que culpa a Colombia. Más interesante que el tema de cultivos es el capítulo sobre crimen organizado, que analiza los límites del marco jurídico para la paz.

La trampa de las incautaciones

Uno de los efectos del estigma prohibicionista es que no nos permite pensar por nosotros mismos. Nuestros criterios, estrategias y mediciones dependen de lo que nos permite hacer el régimen global. No nos salimos de sus marcos de acción, y, aunque creemos que lo cambiamos, terminamos por fortalecerlo. Un ejemplo de esto es la desclasificación de la hoja de coca, que puede terminar profundizando la criminalización sobre la cocaína, que es el meollo en Colombia. El otro ejemplo es la trampa de las incautaciones: los mercados de sustancias, como el de cocaína (25 millones de usuarios) y el de cannabis (244 millones) son una realidad boyante y dinámica en el mundo, sin muestras de desaparecer. Mientras en el de la cocaína tenemos ventaja comparativa, en el de cannabis, que se produce en más de 190 países, la competencia es más agresiva. De ahí que la ilegalización que persiste en nuestro país nos quita la posibilidad de avances tecnológicos, mientras que las jurisdicciones que ya legalizaron avanzan científica y comercialmente para hacer marihuanas más competitivas.

En 2024, la cocaína mundial alcanzó las 3.708 toneladas y se produjo en 3.750 km² (Bogotá ocupa 1.600 km²). En 2020 se produjeron 2.000 toneladas y se incautaron 1.400. Es decir, en 2021 llegaron al mercado

600 toneladas y, a pesar de todos los esfuerzos, en 2024 llegaron a 1.500 toneladas. Ahora tenemos una producción fuerte y sostenida, y estamos insertos en la «trampa de las incautaciones»: récord de producción y de incautación, como si de alguna forma esta última creara una demanda artificial, un mercado de cocaína con esteroides. Es así como la política de asfixia y oxígeno —que prometía disminuir en cuatro años el 40 % de los cultivos en Colombia— estaría provocando todo lo contrario, el aumento de la producción, dados los vasos comunicantes entre el cultivo, el procesamiento de pasta base, la cristalización y el tráfico.

Los oportunismos opositores dicen tres cosas: que el aumento de cultivos se debe a la legalización de las drogas del Gobierno Gustavo Petro, que falta mayor erradicación —y, sobre todo, mayor uso del glifosato— y que este es el resultado de la política de paz total.

Todos son argumentos falaces. Por un lado, no se ha dado ningún paso hacia la regulación de la cocaína, y la del cannabis no ha tenido la discusión seria y obligada con los productores.

La política de drogas del actual presidente es la misma que se ha aplicado desde 2014, basada en el incremento de las incautaciones en Europa, en Suramérica y en Estados Unidos, y el programa de sustitución descrito en el Acuerdo de Paz de 2016. Aunque los programas de este acuerdo tienen problemas de diseño y ejecución, sus compromisos se deben cumplir a rajatabla, a pesar de que no incidirán en la producción de cocaína y cannabis. El glifosato, cuyo uso se suspendió en 2014, se ha vuelto a usar de nuevo. Sin culpas, sin alucinación

La discusión en el escenario global de drogas es fundamental, aunque no fue política de Estado durante este Gobierno más allá de la Comisión de Estupefacientes. Se restringieron discusiones, actores e instancias clave como el de los derechos humanos, el de los campesinos y los indígenas. En Ginebra no se jugó el tema del cambio de política de drogas, a los campesinos les mandaron la sustitución y a las

En 2024, la cocaína mundial alcanzó las 3.708 toneladas y se produjo en 3.750 km² (Bogotá ocupa 1.600 km²). En 2020 se produjeron 2.000 toneladas y se incautaron 1.400. Es decir, en 2021 llegaron al mercado 600 toneladas y, a pesar de todos los esfuerzos, en 2024 llegaron a 1.500 toneladas. Ahora tenemos una producción fuerte y sostenida, y estamos insertos en la «trampa de las incautaciones»: récord de producción y de incautación, como si de alguna forma esta última creara una demanda artificial, un mercado de cocaína con esteroides.



organizaciones indígenas no les han consultado el tema de la reclasificación de la hoja de coca.

El movimiento de izquierda colombiano enfrenta un dilema: defender los resultados actuales de la política de drogas sin argumentos claros cerraría las puertas para el cambio real en el futuro. Sería darle la razón a la oposición: «El cambio nos llevó a esta situación». La otra opción es asumir que los cambios importantes no se dieron, y hacerlo sin culpas ni quejas o ingenuidades, sin la alucinación prohibicionista. Así se podría ampliar la discusión desde las regiones, los actores y la soberanía. Todavía estamos a tiempo para tres cosas: tener un sistema soberano de información y control de mercados de cocaína y cannabis —como señaló la Comisión de la Verdad y concuerda el presidente Gustavo Petro—; diversificar las estrategias e instancias de diálogos de cambio de política de drogas, desde el amplio sistema de las Naciones Unidas hasta las organizaciones sociales de derechos humanos, pueblos indígenas y campesinos; y dejar de alimentar el estigma de Colombia en el debate global con discursos flagelantes de «sí somos buenos».

La diáspora colombiana en Cataluña, en articulación con organizaciones sociales alrededor de la

Taula Catalana per la Pau i els Drets Humans a Colòmbia, viene articulando la discusión desde el movimiento de derechos humanos y ha esbozado ideas como la de apuntalar los caminos de la regulación legal de estos mercados y abrir las estrategias de trabajo en la Comisión de Estupefuentes, no como el único camino, sino como un escenario complementario a la discusión del impacto de la política prohibicionista de drogas en la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos en Ginebra. A su vez, es importante reconocer las múltiples formas de regulación territorial que ya están operando, que hacen también la paz en las regiones, y que la guerra y la falta de voluntad gubernamental está aplastando. Esto implica darles la palabra a los campesinos, indígenas y defensores de derechos humanos.

Huxley escribió que la frase «la religión es el opio de los pueblos» podría cambiarse por «el opio es la religión de los pueblos», pueblos que han entendido el sentido de la transformación de la mente. Tras décadas de historia trágica, podemos cambiar la frase una vez más y decir que el prohibicionismo es el opio del poder, y nuestro deber es seguir insistiendo que la regulación es la soberanía de los pueblos.



p. 42 Clever Leader es un operador multinacional y productor autorizado de cannabinoides farmacéuticos. En Colombia fabrica ingredientes activos y productos finales como flores y extractos. La empresa decidió trabajar con mujeres cabeza de hogar de veredas y pueblos cercanos, promoviendo su independencia y la reactivación económica de la región. Foto de Paula Thomas.

↑ *Tríptico judicial*, 1999, de Juan Fernando Herrán. Como lo señala María Margarita Malagón-Kurka, «esta obra combina una imagen tomada de la prensa que registra a dos personas recién capturadas, presumiblemente implicadas en la extracción del látex de las flores de amapola —que se exponen frente a ellos en un frondoso manojo como evidencia del crimen—. A cada lado de esta fotografía, una solemne flor de amapola, minuciosamente rayada por el artista, enmarca la escena y configura una suerte de retablo. En él, los iconos son objeto de veneración, y se pone en tensión la paradoja entre la belleza y el horror asociados a la misma flor».

El movimiento de izquierda colombiano enfrenta un dilema: defender los resultados actuales de la política de drogas sin argumentos claros cerraría las puertas para el cambio real en el futuro. Sería darle la razón a la oposición: «El cambio nos llevó a esta situación». La otra opción es asumir que los cambios importantes no se dieron, y hacerlo sin culpas ni quejas o ingenuidades, sin la alucinación prohibicionista.





Barrio Sucre

fotografía

Durante décadas, los conflictos derivados de la llamada «guerra contra las drogas» en Colombia han marcado la vida de miles de comunidades. Las políticas estatales han oscilado entre la erradicación forzada y la criminalización del consumo, con resultados limitados y a menudo contraproducentes. Según el Informe Mundial sobre las Drogas 2023 de la UNODC, la producción de cocaína aumentó un 53 %, y para 2022 los cultivos crecieron un 10 %, alcanzando 230.000 hectáreas. Paralelamente, desde 2019 se ha registrado un incremento del consumo entre adolescentes y jóvenes, sobre todo en centros urbanos, donde los impactos sociales y de salud pública se vuelven más visibles.

Frente a este panorama, el Gobierno lanzó la política «Sembrando vida, desterramos el narcotráfico», que propone un enfoque basado en la salud pública, los derechos humanos y la justicia social. La estrategia busca involucrar a las comunidades, implementar programas de reducción de daños y reconocer la dignidad de las personas consumidoras, fomentando

Desde comienzos del año 2000, Sucre dejó de ser un barrio obrero y se convirtió en una zona señalada por la venta de drogas y la prostitución. La calle H, como se le conoce popularmente, concentra el consumo de heroína en la ciudad. Solo en 2023 hubo 37 casos de sobredosis en la calle. El 90 % fueron atendidos por los propios vecinos.

DROGAS 49

Paula Thomas



su participación en las decisiones que las afectan. Esta perspectiva contrasta con el enfoque punitivo que ha predominado en Colombia y que ha dificultado la consolidación de programas comunitarios.

Cali, conocida como la Sucursal del Cielo, también es una ciudad atravesada por profundas desigualdades. En barrios como Sucre, el consumo de heroína inyectada se cruza con exclusión, violencia y estigmatización. Allí, la Corporación Viviendo trabaja desde hace una década con el Centro de Escucha y Acogida, que ha transformado imaginarios sobre el consumo y defendido la dignidad de quienes han sido históricamente marginados. A pesar de los obstáculos impuestos por políticas prohibicionistas, el reconocimiento de las personas usuarias como sujetos de derechos ha permitido fortalecer iniciativas que funcionan como espacios de resistencia, cuidado y acompañamiento.

La Corporación Viviendo atiende sobredosis, ofrece atención básica de enfermería, entrega material para inyección segura —evitando la propagación de VIH o hepatitis— y capacita a la comunidad en emergencias. Su equipo combina trabajadores sociales, profesionales de la salud y pares: personas con experiencias similares que acompañan a quienes buscan desintoxicarse a través del programa de metadona, medicamento regulado por el Fondo Nacional de Estupefacientes

y considerado el más eficaz para aliviar los síntomas de abstinencia en usuarios de heroína.

Estas iniciativas dialogan con experiencias pioneras como la sala de consumo supervisado de Bogotá, activa desde 2023 y primera en Suramérica. En Cali, desde 2019, Viviendo ha identificado 625 personas usuarias de heroína, aunque la cifra real probablemente sea mayor. La protección de su salud y autonomía ha avanzado gracias a la sociedad civil, pero requiere respaldo institucional. Para que la reducción de daños sea estable y efectiva, el Estado debe garantizar un marco legal claro, recursos suficientes y la continuidad de redes que hoy salvan vidas.

En última instancia, estos programas no solo previenen muertes: restituyen dignidad y permiten imaginar otra vida en contextos marcados por la exclusión.

Nota: Esta serie hace parte de *MÁS VIDA*, un proyecto documental sobre reducción de daños en Colombia de VIST PROJECTS.



Isabel Pereira, investigadora de Dejusticia y autora del libro *Los caminos del dolor: acceso a cuidados paliativos y tratamiento por consumo de heroína en Colombia*, identifica cuatro barreras principales para acceder al tratamiento de mantenimiento con metadona: la estricta fiscalización de estos medicamentos, las dificultades para ingresar al sistema de salud y recibir el tratamiento, la falta de capacitación del personal sanitario y el estigma que recae sobre las personas que consumen. Estas limitaciones llevan a muchos a recurrir al mercado ilegal para obtenerla.

Para evitar que aumenten los contagios de enfermedades virales, la sala de consumo entrega un kit con jeringas, toมiquetes, agua esterilizada, cazoletas, filtros y toallas de alcohol.





ESTANTERIAS-VITR

DROGAS 53

CALLE DEL
FOTO PROPA ACTE

WMI
IE





El diablo dorado

Los orígenes y las consecuencias del uso de esteroides anabólicos abarcan desde los gimnasios de barrio hasta el universo digital de los *influencers fitness*. El deseo de transformar el cuerpo se ha convertido en una forma de fe, adicción y autodestrucción.

La primera vez que pisé un gimnasio tenía quince años, vivía en Cedritos, era 1992. Se trataba de un gimnasio de barrio, con máquinas viejas; las barras eran ásperas al tacto y los discos lucían las manchas rojizas de la herrumbre. La barra Z, con la que se trabajan los bíceps, y es llamada así por su forma en zigzag, parecía hecha con un pedazo de hierro que alguien había doblado a la brava. En los parlantes, la *playlist* era siempre la misma: Biohazard, Sepultura, Alice in Chains o el *Vulgar Display of Power*, que Pantera acababa de lanzar. El instructor tenía un cuerpo que hasta entonces yo solo había visto en películas y series de televisión. Hoy calculo que medía 1.75 m, pesaría unos 100 kilogramos de masa magra y su índice de grasa corporal no debía pasar del 12 %. A veces iban a visitarlo tipos con cuerpos similares, hablaban de rutinas, de dietas y de esteroides. El tipo competía en torneos nacionales de culturismo. De día, se ganaba la vida con su trabajo de instructor y la venta de esteroides; de noche, para poder pagar los suplementos y los kilos de comida, vendía perico en una esquina. Más que un gimnasio, era una olla en la que alguien había dejado unas máquinas, y fue ahí donde, por primera vez, entre bufidos y el rechinar de los hierros, mi mente se disolvió en el dolor: una especie de meditación, la constatación de la finitud, y experimenté ese ardor muscular, tan parecido al orgasmo, que millones de personas adora y persigue.

Hoy la música en los gimnasios es otra, las canciones casi siempre hablan de menear el culo y manejar un Lamborghini; los gimnasios mismos son corporaciones con múltiples sedes y máquinas de última tecnología, pero en su calculada iluminación, en sus prístinas atmósferas y en los mensajes de auto-superación que decoran las paredes, mora el mismo espíritu de aquella olla de barrio.

Antes de descubrir «el mundo de los hierros» yo ya practicaba deporte. Hacía parte de un equipo de natación; nadaba cinco días a la semana y era medalla

de plata en cincuenta metros pecho. ¿Qué me llevó entonces a pisar un gimnasio por primera vez? Quizá fue saberme siempre uno de los más bajitos de la clase, o también mi introversión, que me hacía ver como el niño raro del curso; o tal vez fueron mis miedos infantiles y los episodios de ansiedad que padecía en el colegio. Sospecho que la mayoría de las personas que levanta pesas respondería algo similar. Entre los culturistas de élite esa historia se repite por todas partes. Niños criados a fuerza de golpizas como Arnold Schwarzenegger, huérfanos que crecieron entre pandillas como Dorian Yates o simplemente niños que se miraban al espejo y veían un ser frágil, como Tom Platz, apodado el «Padre de los Cuádriceps», porque sus piernas parecían las patas de un caballo con esteroides. Lou Ferrigno perdió el 80 % de su audición a los tres años. En el colegio se burlaban de él por su forma de gesticular y, según cuenta, encontró refugio entre los hierros. En la génesis siempre hay una herida.

En mi caso, muy seguramente también tuvieron que ver los cuerpos que ostentaban los muñecos He-Man de mi niñez. Si esos muñecos fueran gente, padecerían ginecomastia, unos estarían calvos y llenos de acné, su estado emocional pasaría de una euforia enfermiza a depresiones suicidas, sin mencionar que muchos habrían muerto por insuficiencia renal y cardíaca antes de los treinta y cinco años de edad. También tendría que mencionar la serie de televisión *El hombre increíble*, en la que Lou Ferrigno interpretaba a Hulk. Al comienzo de cada capítulo aparecía el epígrafe: «Dentro de cada uno de nosotros, a menudo, habita una poderosa y rabiosa furia». En el capítulo piloto, el científico David Banner y su esposa sufren un accidente de tránsito. Banner logra salir ileso, pero su simple condición humana no le permite levantar el carro para salvar a su amada. A partir de ese momento, dedica su vida a investigar cómo incrementar la fuerza de los humanos, pero durante los experimentos recibe una dosis peligrosamente alta de rayos gamma. Desde entonces, cada vez que Banner es sometido a estrés, se transforma en aquella mole de ira verde que todo el mundo ha experimentado, más de lo que quisiéramos. Tras repartir justicia y poner en su sitio a quien se le atravesara, despertaba en su forma humana, tirado en

algún lugar apartado y sin saber qué había ocurrido. Banner queda condenado a errar de pueblo en pueblo, siempre usando identidades falsas. Al final de cada capítulo, mientras pasaban los créditos, sonaba el triste tema *El hombre solitario*. De niño me encantaba la tragedia de esa mutación. Más grandecito, sin embargo, me enteraría de que la causa de la anomalía no había sido una dosis peligrosamente alta de rayos gamma, sino una volquetada de testosterona y Dianabol.

Elixir testicular

Hasta 1849 se sabía que los testículos tenían alguna relación con la fuerza y la apariencia masculinas, pero se creía que esa relación estaba mediada por el semen. Ese año, el científico Arnold Berthold realizó un experimento con pollos recién nacidos. A unos los castró, a otros, aunque les extirpó los testículos, se los volvió a implantar en la cavidad abdominal. Los castrados no llegaron a mostrar interés por el apareamiento. En cambio, los que tenían los testículos reimplantados crecieron con normalidad. Tras una autopsia, Berthold descubrió que los testículos habían desarrollado una nueva vascularidad que los conectaba con el torrente sanguíneo. Berthold concluyó que el interés por el apareamiento obedecía a una sustancia diferente del semen, una «secreción interna» que debía viajar por el torrente sanguíneo. A Berthold se le considera el padre de la endocrinología. Después de él, muchos se lanzaron a la búsqueda de aquel «elixir testicular», pero solo fue hasta 1935 que Adolf Butenandt y Lavoslav Ružička lograron sintetizar la testosterona en un laboratorio.

El primer reporte sobre el uso de testosterona en atletas es de 1954. Ese año la Unión Soviética arrasaba con las medallas de oro en el Campeonato Mundial de Halterofilia. La historia cuenta que John Ziegler, un médico del equipo de Estados Unidos, le preguntó a un colega del equipo soviético qué les daban a sus atletas. El soviético respondió: testosterona. Ziegler volvió a Estados Unidos decidido a experimentar con los atletas estadounidenses para ponerse a la par con los soviéticos. Los experimentos no tardaron en mostrar efectos adversos: aceleración de la caída del cabello, acné, irritabilidad, hipertensión, atrofia testicular y ginecomastia: crecimiento de la glándula mamaria masculina.

Ziegler se asoció con la farmacéutica Ciba para desarrollar un derivado de la testosterona de uso oral con menos efectos secundarios. En 1958, como resultado de esa colaboración, se sintetizó la metandrostenolona y fue lanzada al mercado con el nombre de Dianabol. Un año antes los soviéticos habían puesto en órbita el Sputnik, el primer satélite artificial, y así como en la termosfera se iniciaba la carrera espacial, en la Tierra se desataba la carrera esteroidea.

En 1960, Ziegler puso a prueba el Dianabol con el equipo de levantamiento de pesas, pero luego

El primer reporte sobre el uso de testosterona en atletas es de 1954. Ese año la Unión Soviética arrasaba con las medallas de oro en el Campeonato Mundial de Halterofilia. La historia cuenta que John Ziegler, un médico del equipo de Estados Unidos, le preguntó a un colega del equipo soviético qué les daban a sus atletas. El soviético respondió: testosterona.

se enteró de que los atletas habían usado hasta veinte veces más la dosis sugerida. También descubrió que los efectos adversos no solo eran los mismos que los de la testosterona, sino que el Dianabol era hepatotóxico. Ziegler abandonó sus experimentos y comparó a sus atletas con cualquier yonqui de esquina, pero la bola de nieve ya había empezado a rodar.

En 1976, durante los Juegos Olímpicos de Montreal, Europa occidental sospechó que, al otro lado de la Cortina de Hierro, el uso de esteroides se había vuelto sistemático. Esa vez, la selección femenina de natación de la RDA rompió varios récords mundiales, pero sus nadadoras presentaban un inusual incremento de masa muscular y engrosamiento de la voz. En los años noventa, cuando los archivos de la URSS empezaron a desclasificarse, se descubrió que durante más de una década y sin su consentimiento, la RDA les había dado esteroides orales a hombres, mujeres y niños de escuelas deportivas infantiles. El esteroide se llamaba Turinabol: era la respuesta comunista al Dianabol.

Lo anterior no significa que en Occidente no se consumieran esteroides durante la Guerra Fría. A lo largo de los años sesenta y setenta se sintetizaron la oxandrolona, el estanozolol o la boldenona, esta última creada originalmente para aumentar la masa magra de los caballos. Y, por supuesto, nuestro viejo amigo el Dianabol, el favorito de Schwarzenegger y su generación; la *golden age* del culturismo, un deporte que no le interesaba a casi nadie, hasta que en 1977 se estrenó en Estados Unidos el documental *Pumping Iron*, que seguía la preparación de los culturistas para el Mr. Olympia de 1975. La trama giraba en torno a Schwarzenegger y Lou Ferrigno, dos nombres que hasta entonces eran desconocidos. En muchas escenas, filmadas en las playas de Los Ángeles, se muestra a Schwarzenegger rodeado de mujeres que, de rodillas, mueren por tocar sus músculos. Tener el cuerpo de Schwarzenegger se volvió algo aspiracional, y no solo para los hombres: en 1980 se realizó el primer Ms. Olympia.

Ese mismo año, el estadounidense Tom Platz se preparaba para el Olympia de 1981 cuando su prometida lo dejó y se casó con uno de sus mejores amigos. «Usé ese dolor como combustible», dijo; pero se ensañó con las patas. Aunque el público adoró sus piernas de ochenta y un centímetros de circunferencia, los jueces condenaron su asimetría. Platz fue el primero en romper con la apariencia «equilibrada y estética» de la *golden age*, pero lo hizo solo de la cintura para abajo. En ese momento nadie habría podido imaginar lo que un camión de testosterona y un corazón roto acababan de desatar, porque en esa década no solo llegó Platz: también lo hizo «el diablo dorado», como algunos llaman a la trembolona.

En los sesenta se había sintetizado la trembolona para incrementar la masa magra del ganado y,

a mediados de los ochenta, su uso en el culturismo se había generalizado. Además, los culturistas empezaron a inyectarse el «santo triunvirato»: esteroides, hormona del crecimiento e insulina. Y entonces apareció Dorian Yates, quien ganó su primer Olympia en 1992. Su tamaño y densidad muscular impactaron a jueces y competidores, especialmente su «apariencia rocosa», como llaman al *look* que otorga la trembolona. La masividad de su cuerpo le entregaría el Olympia seis años consecutivos. Sin embargo, la de los noventa no solo fue la década en la que Dorian Yates se metió toda la trembolona que pudo y dinamitó los cánones estéticos de la *golden age*, también es la década en la que debemos empezar a hablar de los muertos.

El austriaco Andreas Münzer clasificó por primera vez al Olympia en 1989, pero siempre quedaba entre el montón, así que le apostó a la definición extrema. Se dice que subía a la tarima con 3 % de grasa corporal, el mínimo necesario para que un cuerpo funcione. Con el tiempo lo apodaron el «Hombre sin Piel». Münzer falleció con treinta y un años en 1996. El corazón también es un músculo, por lo que, con el tiempo, los esteroides y la hormona de crecimiento lo agrandan. El de Münzer duplicó su tamaño. Los diuréticos acabaron sus riñones, los esteroides orales se encargaron del hígado: el suyo quedó convertido en una sustancia desmenuzable, similar al poliestireno.

Como las mujeres culturistas no se inyectan las cantidades veterinarias que usan los hombres, se suele pensar que solo experimentarán el engrosamiento de la voz o el crecimiento de vello corporal. Muchas deciden que pueden vivir con ello, otras prefieren usar esteroides orales, pues se cree, falsamente, que virilizan menos. El problema es que, como vimos, con el tiempo los orales se tragan el hígado. Además, las culturistas también deben usar diuréticos y quemadores de grasa. El hecho de que una culturista use mucha menos testosterona no la blindará contra las cardiopatías, y menos cuando, al igual que en los hombres, una vez se empiezan a ver los resultados, también se vuelve más difícil determinar dónde está el límite.

Münzer fue solo uno de los muchos que aparecieron en los años noventa con los órganos convertidos en compota, pero nadie por fuera de la industria se enteró de esos muertos. Y si solo murieron culturistas fue porque la gente de a pie pensaba que los esteroides solo servían para volverse un buey, pero no para

El hecho de que una culturista use mucha menos testosterona no la blindará contra las cardiopatías, y menos cuando, al igual que en los hombres, una vez se empiezan a ver los resultados, también se vuelve más difícil determinar dónde está el límite.

alcanzar el tan anhelado cuerpo de Brad Pitt en *Fight Club*. Hasta que llegó YouTube.

Rajado todo el año

En 1989 nació en Moscú Aziz Sergeyevich. Cuatro años después, sus padres, una pareja de kurdos armenios, se mudaron a Australia. Aziz creció siendo un niño acomplejado por su delgadez. Sus compañeros de colegio se burlaban de él. Decidió ir al gimnasio. En 2007, a sus dieciocho años, subió sus primeros videos en YouTube bajo el nombre de Zyzz. En ellos aparecía levantando pesas y poco a poco adquirió seguidores que lo animaban en su progreso. Un año después, los videos de Zyzz ya alcanzaban cientos de miles de *likes*. Ahora aparecía bailando sin camiseta en *raves* y se besaba con chicas que querían tomarse selfis junto a él. Era la época del auge del MDMA y la ketamina. El cuerpo de Zyzz era muy distinto a los del Olympia: mucho más ligero y con un índice de grasa siempre alrededor del 10 %. Vivir rajado todo el año exige no bajarles a la trembolona y al clembuterol, pero Zyzz no podía darse el lujo de salir en YouTube sin su definición del 10 %, pues eso le habría costado cientos de *likes*.

En 2010, Zyzz lanzó su propia línea de ropa: Zyzz Clothing. En 2011 sacó su marca de proteína en polvo: Protein of the Gods. ¿A qué dioses se refería? Desde sus inicios, Zyzz había afirmado que quería un cuerpo que respetara el canon de las estatuas griegas. Por eso en sus videos imitaba sus poses. Y es que, con sus rasgos finos y femeninos, en verdad parecía un Adonis armenio. En nuevos videos apareció acompañado por chicos que, con cuerpos y peinados idénticos al suyo, hacían coreografías con las que imitaban las poses de estatuas griegas. La palabra *influencer* ni siquiera existía, pero había nacido el primer *influencer fitness* de la historia. Hoy se le considera el fundador de un movimiento que cambió la forma de estar en el mundo: los *aesthetics*.

En 2011, durante unas vacaciones en Tailandia, Zyzz apareció muerto en el sauna de un gimnasio. La autopsia informó infarto asociado al agrandamiento del corazón. Zyzz fue enterrado en Australia y, desde entonces, algunos Zyzz Army, como se hacen llamar sus seguidores, realizan procesiones a su tumba. Lo hacen escuchando las canciones de *trance* y *house* motivacional que Zyzz usaba en sus videos. Algunos se toman fotos junto a la lápida y a continuación las suben a las redes acompañadas por el mantra comercial de Zyzz: «Sé estético / Sé feliz / Vive al límite / Vamos a lograrlo, bro». El diablo dorado adopta múltiples formas.

Si yo estuviera escribiendo este texto hace diez años, probablemente habría tenido que meterme en los vestidores de los gimnasios y ofrecer dinero a cambio de testimonios anónimos. Hoy las atestaciones están, de frente y sin anestesia, en YouTube, Instagram y Tik-Tok. Imaginen que navegan en YouTube y llegan

a un video en el que un tipo les explica que la testosterona debe inyectarse en ciclos, y continúa diciendo algo así:

Un ciclo promedio dura dieciséis semanas. Después viene el posciclo, donde deben dejar descansar el cuerpo. Nadie agarra el tamaño de Dorian Yates o un cuerpo *aesthetic* en un solo ciclo, así que paciencia. Ya después en el segundo ciclo le van sumando otras cositas. Además, recuerden que no todo el mundo responde igual a la *testo* [testosterona] o a la *trenbo* [trenbolona]. Antes de que se me olvide: no le recomiendo a nadie que use ningún tipo de esteroide. Yo no soy médico y esto que estoy diciendo es solo de carácter informativo. Bueno, sigamos. Primero que todo, si eres mujer, no te metas al mundo de la química: no nos digamos mentiras, vas a parecer un travesti. Y si eres uno de esos mariquitas que solo quiere un ciclo para verse bien estas vacaciones, te cuento que cuando termine el ciclo, vas a perder la mayoría de esa masa muscular, y entonces vas a querer más. Nadie quiere verse como un pinche mortal después de haber probado lo que es sentirse como el Capitán América o como Jason Momoa en *Aquaman*. Dos o tres ciclitos no matan a nadie, pero si alguien te dice que se pueden hacer con cero riesgos, te está mintiendo. En las redes hay mucho charlatán, por eso, si quieres saber qué efectos secundarios puedes esperar y, sobre todo, cómo hacerlo de la manera más segura posible, te dejo en los comentarios del video mi correo y mi página, donde ofrezco todo tipo de asesoramientos, no importa si eres virgen, principiante o avanzado.

Ahora imaginen que la persona que les está diciendo eso tiene la masa muscular de un culturista profesional, su porcentaje de grasa está bastante bien, pero tiene una ligera dificultad para respirar; como si acabara de subir cinco pisos a pie. O bien es un tipo con el cuerpo *aesthetic* de Zyzz, pero suda como borracho en tierra caliente; además, apenas se puede seguir el hilo de lo que dice porque habla tan rápido y con tan pocas pausas que pareciera que se acaba de meter cinco líneas de perico y un carrazo de bazuco.

Y ahora imaginen que el discurso suena menos turbio y mercachifle, es más didáctico, sin consejos machistas que nadie ha pedido. E imaginen que el tipo no es ninguno de los anteriores, sino uno de los *influencers* más importantes de habla hispana, solo que murió hace dos años. Lo que están viendo es un video de hace tres. Cuando falleció tenía treinta, pero en los últimos videos que grabó se veía de cincuenta. Su muerte causó un *shock* en el mundo del *fitness*, aunque no sorprendió a nadie, porque si bien se le consideraba una de las personas que más sabía de esteroides, cada vez se le veía más fatigado. Imaginen que revisan los cientos de preguntas que le hacían en los comentarios de sus videos. De pronto se topan con una de hace dos días y piensan: «Algún chico despistado que no se ha enterado de que este *wey* murió hace dos años». Pero un segundo después sienten un escalofrío, entienden lo que están viendo: un chico de dieciséis o diecisiete preguntándole a un fantasma —condenado a morar en YouTube y repetir los mismos movimientos para siempre— si es peligroso mezclar testosterona y estanozolol en su primer ciclo.

También están los que, para justificar su adicción, una justificación que nadie les ha pedido,

aseguran ser culturistas encerrados en el cuerpo de un hombre normal. Pero los que más abundan son los que se chutean testosterona en vivo. A veces aparecen de fiesta y otras apostando en páginas de internet que al parecer los patrocinan; cuando pierden, rompen el armario a puntapiés, y cuando ganan, aparecen manejando un Lamborghini alquilado. Más de uno sale «armándoles el ciclo» a sus seguidores a partir de preguntas que le hacen a ChatGPT: han anudado dos dependencias en una. Casi siempre terminan en el hospital y, todavía conectados a la bolsa de suero, confiesan que ni siquiera iban al gimnasio, sino que se dieron cuenta de que meterse esteroides está de moda y que la gente anda monetizando con eso. Esos tienen miles de seguidores que intentan imitarlos. Y por último están los que fingen que usan esteroides, y cuando los descubren, salen cagados de la risa y diciendo que ellos no se meterían ninguna de esas porquerías, pero que querían monetizar como hacen los que sí se chuzan. El simulacro del simulacro del simulacro. Banalidad y diálisis.

De tanto ver de esa mierda, me he empezado a preguntar si, en el caso de que hoy tuviera quince años, me metería testosterona. Entiendo por qué lo hacen. No por nada fui alcohólico muchos años. Conozco muy bien la imagen de ti mismo que crea una sustancia y lo dependiente que te puedes volver a esa imagen, aunque los esteroides son afectivamente

mucho más venenosos. Con el alcohol o la cocaína, la imagen que te haces de ti mismo es solo mental y, además, al otro día ya no está. Con los esteroides esa imagen se vuelve de carne y hueso, no solo está en tu mente, sino que la puedes tocar, la llevas en las venas. ¿Cuántos años más vas a estar ciclándote antes de asumir la aporía de tu finitud? Aunque entiendo a todas esas personas, no me las puedo tomar en serio. Eso, en cambio, no me pasa con los culturistas profesionales. ¿Me gustaría tener un cuerpo de esos? Para nada, pero entiendo por qué pasan por todo lo que deben pasar para llevar el cuerpo a los límites de lo humano. Y, por alguna razón, respeto eso. Aunque la natación es un deporte diametralmente opuesto al culturismo, recuerdo la rigurosidad de los entrenamientos, la desrealización en la que ingresas cuando llevas un kilómetro nadando sin parar, solo mirando el mismo azul del piso, envuelto en ese sonido sordo, fetal, preexistencial. También los nervios antes de la competición y, sobre todo, la explosividad. No es por una medalla que nadie va a recordar, sino por llevar tu cuerpo más allá del concepto de cuerpo. Entonces, es muy posible que sí hubiera usado testosterona en el gimnasio, pero también es muy posible que hoy estuviera muerto. Quizá, como sugería Jean Baudrillard en *La transparencia del mal*, todas y todos somos transsexuales, en el sentido de que nadie quiere el cuerpo que cada un_ es.

p. 54 La historia de Heidi Krieger —quien más tarde transicionó y adoptó el nombre Andreas Krieger— ejemplifica las consecuencias del dopaje sistemático en la antigua RDA. Nacida en 1966 y destacada como lanzadora de bala, Heidi fue sometida desde muy joven a altas dosis de esteroides anabólicos administrados sin consentimiento pleno dentro del programa deportivo estatal. En 1986, obtuvo la medalla de oro en el Campeonato Europeo de Atletismo de Stuttgart, un triunfo condicionado por la manipulación farmacológica que luego sería revelada. Los cambios físicos y emocionales provocados por estas sustancias tuvieron efectos profundos y duraderos. Tras la caída del régimen y la exposición del sistema de dopaje, Krieger inició un proceso personal que lo llevó a vivir como Andreas, una identidad que él mismo ha reconocido inseparable de las transformaciones corporales inducidas por el Estado. Hoy, Andreas Krieger es una voz clave en la denuncia del dopaje forzado y en la defensa de los derechos de los atletas, recordando cómo el deporte de alto rendimiento puede convertirse en un espacio de vulneración y control sobre los cuerpos. Foto: AFP.

Más de uno sale «armándoles el ciclo» a sus seguidores a partir de preguntas que le hacen a ChatGPT: han anudado dos dependencias en una. Casi siempre terminan en el hospital y, todavía conectados a la bolsa de suero, confiesan que ni siquiera iban al gimnasio, sino que se dieron cuenta de que meterse esteroides está de moda y que la gente anda monetizando con eso.

«Listo el bareto, ahora sí podemos comenzar»

En su *Informe final*, la Comisión de la Verdad recomendó superar el prohibicionismo y transitar hacia otras formas de comprender y convivir con las drogas. Hoy es posible imaginar un nuevo paradigma que pase por la regulación de forma estricta, bajo unos principios de mercado justo para las comunidades rurales, un tratamiento de salud pública a los consumidores y una prevención social y educativa. Esta crónica ofrece una mirada a los llamados clubes cannábicos y a quienes proponen otras formas de asociarse en torno al cultivo y el consumo de marihuana

Registro

La corbata del guardia evoca un paisaje tropical. Aunque no es propiamente un guardia, más bien un tío bonachón que mira videos en su celular mientras entran los socios. A los que no lo somos nos detiene y nos pregunta para dónde vamos.

—No, no, no, no. No puede seguir. Tiene que estar afiliado.

—Pero vine la vez pasada, con un socio...

—Dígale entonces a él que lo invite, o si no, no puede entrar. Esto es un club privado.

Estamos afuera de un club cannábico, en un adinerado barrio en Bogotá.

—¿Y no hay modo de entrar sin ser socio? —le pregunto con algo de inquina, pues no vengo a comprar marihuana, sino a entender cómo funciona esto.

—La única sería reservar, pero solo tiene tres ingresos. Lo mejor es que se haga socio —me dice el tío bonachón que ahora se me va pareciendo más a un impulsador de centro comercial.

—¿Y cómo es la reservada? Eso me sirve.

El tipo me explica. Me registro y a los cuatro minutos llega el código QR.

—Tienes tres ingresos, a partir de ahí, o te afilias, o buscas otro lugar.

—Sí, señor.

Asociarse

En los últimos años, el número de clubes cannábicos ha aumentado en el país.

«En Colombia llevan cinco o seis años. Antes eran espacios clandestinos. Pero, últimamente, a partir de múltiples interpretaciones a la jurisprudencia, se han abierto más. Están inspirados en modelos de clubes cannábicos como los de Barcelona», dicen desde la corporación Acción Técnica Social (ATS), investigador en temas de drogas.

Detrás de estos clubes hay personas que se organizan alrededor de un interés común por el uso del cannabis. Y, en esa asociación, crean métodos para producirlo y compartirlo entre sus miembros. Es una definición amplia y algo vaga, lo sé, pero es que el fenómeno no entra tan fácil en una definición de revista.

«Los clubes cannábicos en Colombia responden a la manera en que las personas encuentran espacios seguros para el consumo de cannabis. Allí hay menos riesgo para su salud, porque se pueden proveer de flores de buena calidad; y hay menos riesgos en términos de convivencia y seguridad, porque están menos expuestos a la policía, o a las ollas. Disminuyen las riñas, las lesiones personales, la confrontación en el espacio público; y disminuye la sobreexposición, los cuadros de ansiedad y pánico que pueden ocurrir cuando se consume cannabis en el espacio público», dicen en ATS.

Se trata de una respuesta pragmática de la sociedad civil que nace ante la incapacidad del Gobierno y el Congreso de regular el consumo de sustancias para uso adulto.

«De alguna manera son centros culturales y de intercambio», dicen en ATS.

No existe un censo que diga cuántas asociaciones de este tipo existen en la actualidad en el país, pero quienes investigan el fenómeno hablan de entre cuarenta y cincuenta clubes o asociaciones, concentradas principalmente en Bogotá, Cali y Medellín.

«En este momento, el gran reto es saber qué tenemos. El desconocimiento puede llevar a malas interpretaciones, como suele pasar con el tema de las sustancias psicoactivas, donde siempre se juzga a partir de los prejuicios», dicen desde ATS, y añade que debido a la desinformación, se puede cercenar una oportunidad que ya muestra buenos resultados.

Según la Encuesta Distrital Cannábica, realizada por la Secretaría de Salud de Bogotá en 2022, el 11,3 % de los consumidores de cannabis se abastecen mediante el autocultivo comunitario.

Club

La Casa Wet Wet está ubicada en un segundo piso de la localidad de Chapinero, en Bogotá. A primera vista, es difícil diferenciarla de un bar cualquiera. Proyectan partidos de fútbol en la TV, la gente toma cerveza, comenta la vida, escucha un son cubano. El código QR estampado en la mesa muestra la carta de bebidas y de comidas.

No oferta flores de marihuana.

En lengua nasa, *wet wet* significa 'casa de la felicidad'. El espacio funciona desde hace poco más de un año y es un proyecto del programa Conexión Natural que, a su vez, es una alianza entre la Fundación Atar, el Sindicato de Trabajadores del Cannabis (Sintrabacann) y Renovando Saberes, una asociación de mujeres cultivadoras de cannabis en Caloto, Cauca.

En suma, se trata de un club cannábico privado donde los socios pueden dispensarse marihuana.

Cuando fui por primera vez, la mesera me dijo que el objetivo del lugar era convertirse en un espacio de encuentro y que no tenían interés en volverse la olla del barrio. Para eso, el club tiene varias prácticas. Hacen talleres de fabricación de papel, talleres de extracción de semilla de cannabis, torneos de fútbol, clases de dibujo, clases de yoga. Además, cuentan con acompañamiento médico y psicológico en relación al consumo de cannabis. Todo esto con el fin de generar lazos de confianza entre los socios. De producir comunidad. La marihuana con la que se abastecen viene del norte del Cauca. Es cultivada por una docena de mujeres en Caloto, en el resguardo indígena de López Adentro, quienes reciben una «donación» por las flores que envían al club.

—¿Por qué hablas de donación y no de compra?

—Nosotras no compramos, sino que nos dispensamos de esa flor y lo que recogemos va para las chicas del Cauca. Aclara Camila Chavarriaga, gerente de Casa Wet Wet.

Para ella, uno de los objetivos de espacios como este es «dignificar al consumidor». Que se sienta a gusto cuando fume. «Acá tienes un espacio seguro para consumir, no va a llegar la policía, sabes que la flor tiene una trazabilidad. Y no estás en la calle y no estás con el niño y no estás con el perro y no está el policía pegándote. Eso es importante. Todavía hoy la policía hace terrorismo».

—¿Cómo ha sido la relación con el barrio?

—Buena. Cuando se pensó en la arquitectura, se pusieron extractores para que esta no fuera la casa que olía a marihuana. Aquí todo es muy discreto. Con el barrio nos ha ido muy bien, lo conocíamos de antes. Hemos estado en Distrito Chapinero. Hemos tenido visitas de concejales. Tenemos todos los permisos. Nos ha visitado la Secretaría de Salud y nos ha ido muy bien. Tenemos permiso hasta de las basuras, acá se le paga a la dian absolutamente todo. Y añade que la única vez que ha llegado la policía fue por una fiesta que hicieron de día y los vecinos se quejaron por el ruido.

—O sea, vinieron por el ruido y ellos ni quisieron entrar. Pero nunca han llegado por alguna otra cosa. Igual esto es una sede sindical, entonces no pueden ingresar a menos que...

—¿Una sede sindical?

—Sí.

Según la Encuesta Distrital Cannábica, realizada por la Secretaría de Salud de Bogotá en 2022, el 11,3 % de los consumidores de cannabis se abastecen mediante el autocultivo comunitario.





—Es inevitable pensar que estas iniciativas le quitan mercado al narcotráfico, a las rentas criminales. ¿Ustedes cómo lo ven?

Silencio.

—Pues este es un trabajo diario. No lo vemos con miedo, sino con mucho respeto. Porque no es algo en contra de ellos. Es un modelo nuevo. Yo siento que hay mercado para todos todavía, ¿sabes?

Hay dos maneras de hacerse socio: con una membresía de doscientos mil pesos, o con una membresía de cuatrocientos veinte mil pesos que le retribuye treinta y un gramos de flor al socio. Ambas son anuales. En este momento, el club cuenta con poco más de quinientos socios.

Lo jurídico

La historia internacional del paradigma prohibicionista suma varias décadas. En 1961 tuvo lugar la Convención Única sobre Estupefacientes. Luego vino el Convenio sobre Sustancias Sicotrópicas en 1971 y, en 1988, la Convención de las Naciones Unidas contra el Tráfico Ilícito de Estupefacientes y Sustancias Psicotrópicas.

«Todos esos tratados crean las listas de la prohibición: sustancias, precursores, normas de fiscalización, autorizaciones de para qué se puede y no se puede usar», dice Isabel Pereira-Arana, coordinadora para la línea de política de drogas en el centro de estudios jurídicos y sociales Dejusticia.

Colombia suscribió esos tres tratados y ahí hay un primer bloque normativo.

Mientras tanto, en 1986, la Ley 30 promulgaba el Estatuto Nacional de Estupefacientes. Es la ley marco sobre todo lo que tiene que ver con drogas en el país. Allí se habla, por ejemplo, del concepto de dosis personal para distinguir el tráfico del consumo. Sin embargo, el Estatuto penalizaba ambas acciones, aunque con sanciones menos severas para el porte de dosis personal.

El enfoque prohibicionista empieza a erosionarse con la famosa Sentencia C-221 de 1994, de la que Carlos Gaviria fue magistrado ponente. La sentencia declara inconstitucionales los artículos de la Ley 30 de 1986 que penalizaban el porte y el consumo de drogas en cantidades de dosis mínima. También dice que el libre desarrollo de la personalidad presupone la autonomía de los ciudadanos, y esa autonomía no debe ser constreñida por el Estado. Desde 1994 está despenalizado el porte y consumo de la dosis personal.

Pasaron quince años, Álvaro Uribe Vélez ya era presidente. Después de cinco intentos, su gobierno logró que se aprobara una reforma constitucional que

κ *Porro intersideral*, 2025, ilustración de **Glenda Torrado**, es una alegoría sobre los misterios de la marihuana. Se considera el «porro» como un vehículo de la imaginación y como elenco de tripulantes endocannabinoides.

introdujo, en el artículo 49 —aquel que habla sobre la salud como una responsabilidad del Estado—, dos párrafos que prohibieron el porte y el consumo de sustancias estupefacientes, salvo prescripción médica. Es decir que, desde entonces, la prohibición del consumo y porte de drogas se incluyó en la Constitución Política colombiana. Gracias, presidente.

«Estos dos hitos nos tienen en esta esquizofrenia», cuenta Pereira-Arana. Por un lado, la Sentencia C-221 de 1994 despenaliza el porte y el consumo de droga y, por el otro, desde 2009, la prohibición está metida en la Constitución (aunque sin consecuencias penales). Pero, entonces, ¿qué ha cambiado desde 2009? Y, sobre todo, ¿de dónde viene la interpretación para que los clubes cannábicos y quienes se abastecen colectivamente se sientan con respaldo jurídico? «Hay una sentencia de la Corte (2023) que reconoce la figura de dosis compartida», dice Pereira-Arana.

La figura de dosis compartida surge a partir de un caso analizado por la Corte Suprema de Justicia: una mujer ingresó cocaína a una cárcel durante la visita conyugal y fue perseguida como si hubiera cometido el delito de tráfico. En esa sentencia —SP228— la Corte sostuvo que no se trataba de tráfico porque no había lucro. Hay casos atípicos de suministro de droga que no constituyen tráfico, porque hay lazos de confianza con la otra persona y no hay ánimo de lucro.

«Esa es una de las figuras que se pueden usar para estas cooperativas, tipo clubes, donde lo que hay es un compartir de las sustancias, no una transacción comercial. Por eso ellos no te van a decir que te la están vendiendo», asegura Pereira-Arana.

Gris

—Los cannábicos son muy conscientes de la norma y, a partir de eso, aparece ese boom de los clubes y empiezan a madurar estos ejercicios de abastecimiento colectivo —dice Esteban Linares, de Elementa, una organización que mapea el auge de las organizaciones cannábicas en el país.

«Pegar un porro, rotarlo, todo eso viene a mostrar una práctica que de por sí es gregaria. Lo colectivo está en el ADN de la práctica en torno al cannabis». Y añade que, a pesar del boom, muchos prefieren no salir a la luz pública.

—¿Esa capacidad de organización no se puede dar en la clandestinidad? —le pregunto.

—No, porque ni siquiera ellos mismos se conocen. Entonces, volviendo a los modelos que hemos visto de abastecimiento colectivo: digamos que tú y yo somos amigos, y yo te digo: «parce, te cuido tus plantas. Tengo el espacio, tengo el tiempo, te las cuido». Esa es una forma de abastecerse colectivamente. O están los más osados, que dicen: «pues montemos una casa y en esa casa ponemos membresías y abastecemos colectivamente a la gente».

—¿Por qué osados?

—Porque la línea entre lo legal y lo ilegal es muy delgada. La práctica jurisprudencial siempre ha permitido interpretaciones de las interpretaciones y hoy es una zona gris en la cual se juegan las fuerzas del Estado.

La línea entre lo legal y lo ilegal. Isabel Pereira-Arana y Luis Felipe Cruz, de Dejusticia, traen a esta discusión la idea del mercado gris. ¿En qué consiste? En distinguir a los actores criminales de otros actores que, aunque están en la ilegalidad, por cuenta de la ley, no se rigen por las prácticas violentas de los primeros.

«El mercado gris es la clave para hacer surgir una regulación responsable al servicio de la salud pública y no del mercado. Distinguir a los actores del mercado gris, en contraposición a los actores criminales que se dedican al tráfico en grandes redes de marihuana, es una forma de respetar a cannabicultores, pacientes y pequeños empresarios cannábicos», dicen Pereira-Arana y Luis Felipe Cruz en el libro *Laberintos de prohibición y regulación: los grises de la marihuana en Colombia*.

La Mesa

Es una casa de tres pisos en la localidad de Kennedy, Bogotá. En la sala hay cuatro personas. Sebastián, el anfitrión, va y vuelve de la cocina. Cuando sale por tercera vez, trae dos sánduches de queso recién salidos de la tostadora.

—Parce, gracias.

—Jugo, ¿cierto?

—Sisas —dice el hombre, y le pega el primer mordisco a su sánduche. —Uy, este es mi almuerzo porque no he comido nada.

Son las siete de la noche.

—Sebastián debería montar un sitio de pelanga —dice una de las chicas.

—La mejor estrategia, parce, es: trabe a todo el mundo y póngase a vender chunchullo.

Risas.

Desde hace tres años, la Mesa Autónoma de Sustancias Psicoactivas y Cannábica Techotiva (Mascate) se reúne todos los miércoles en este espacio, la Casa de la Comida Cannábica Colombiana, para «hablar y tener una incidencia en el territorio en términos del consumo de sustancias psicoactivas».

—No, este man se puso fue a comer —dice Sebastián, y le quita la bandeja con flores y rascador y papales al comensal para ponerse él mismo en la tarea de armar el porro.

—Parce, pero qué hago si tengo hambre. —Y zuácate, le da otro mordisco al sánduche.

Mascate tiene tres años de vida. Empezó como la juntanza de distintas personas y parches con un interés común por el cannabis. Hoy en día trabajan en cinco líneas: la pedagogía, la investigación, los emprendimientos alrededor del cannabis, las comunicaciones y el autocultivo.

Aunque esto último es lo que nos convoca, para ellos no se trata solo de eso.

La casa es uno de los siete puntos donde cultivan cannabis en Bogotá, que aportan en menor o mayor medida a una bolsa común de flores cosechadas para sus miembros. Se trata de un sistema de cultivo en red que permite a sus miembros tener sus propias flores y «salir realmente del clóset cannábico donde tú cultivas encerrado sin que te vean. Y más bien que la planta se integre a una huerta».

En la Casa de la Comida Cannábica Colombiana, donde nos encontramos, hay una terraza con su respectiva huerta —hortalizas, aromáticas y plantas de cannabis—. Allí se cuidan las plantas en estado vegetativo. Luego se pasan a un patio —con su régimen de luz diferenciado— en el que se les hace seguimiento a las matas en proceso de floración.

Mientras alistan todo para la entrevista, una de las chicas pone una *playlist* de *dancehall* en YouTube.

—Listo el bareto, ahora sí podemos comenzar —dice Sebastián.

Jardinero

—¿Por qué dices que se trata de un trabajo diario?

—Es que son seres vivos. Requieren cuidado todo el tiempo. Más cuando se trata de plantas en materas, que no están en la montaña y no tienen la oportunidad de recibir nutrientes del suelo. En el caso de las lechugas, de los repollos, ellas necesitan mucha tierra para crecer bien.

—¿Cómo es la raíz de la marihuana?

—Delgada, y tiende a ocupar todo el espacio en la matera. Entonces tenemos que hacer tres y hasta cuatro trasplantes, de acuerdo al proceso en que la tengamos.

—¿Hace cuánto eres jardinero?

—Yo empecé a experimentar con la planta a mis diecisiete años. Ahorita tengo treinta y uno. Y vengo de una familia que cultiva en el campo frutas, hortalizas. He cultivado desde siempre. Pero cannabis, así para producir, empecé en forma hace unos seis años.

—¿Y cómo ha sido ese aprendizaje?

—Las primeras flores eran muy chistosas, eran muy pequeñas. Ahora, más que el tamaño me fijo en la calidad y la variedad, porque antes uno no entendía de variedades.

—¿Qué variedades tienes acá?

—Son casi todas sativas, porque lo que le gusta a la banda son flores activadoras. Hay de todo un poquito: limonada de mango, esta que es Discover, esta que es patimorada, hay algunas nn.

—¿Tienes machos?

—No. La semana pasada cortamos uno en floración, de esos nn que son muy fáciles de reconocer porque son como espigas.

—¿O sea que este de acá puede ser macho?

—Ese puede ser macho, pero no se sabe hasta que esté en floración. Ella puede seguir siendo una planta hermosa y a veces se ven divinas así, tupidas, y cuando aparecen las flores, pailas, son machos.

—Ya...

—Abajo están las plantas en floración y les hacemos el seguimiento mucho más seguido. Uno está pendiente de qué flores salen, cómo están saliendo, controlamos la ventilación, los hongos... Porque la flor de cannabis es una inflorescencia, no una flor.

—Como el girasol...

—Exacto, son varias flores juntas.

—¿Cuántas matas tienes acá?

—En general, más de cincuenta. Y de cannabis, unas diecinueve. Intentamos no salirnos de la norma. Seguimos haciendo parte de la zona gris. Y aunque intentamos plantear ese tipo de modelos, no queremos tampoco ser falsos positivos judiciales por hacer valer nuestros derechos, porque igual hace parte de nuestros derechos el auto cultivar.

—¿Usan fertilizantes?

—Sí. Aprovechamos los residuos orgánicos, donde tenemos lombrices, compost. Y lo preventivo, para controlar el ataque de plagas, se hace también orgánico con productos del bosque que son aceites, jabón potásico, extractos de ají, de ajo.

—¿Cuánto dura el cultivo de una mata desde el esqueje hasta que la cosechan?

—Desde cuatro meses hasta unos ocho meses, dependiendo de la planta. Hay gente que las deja más tiempo en el proceso de vegetación.

—¿Qué es el proceso de vegetación?

—Es la etapa que va desde el esqueje hasta antes de la floración, cuando se mantiene con el complemento de iluminación que, más allá de estresarla, le hace pensar a la planta que todavía es de día, para que ella siga aumentando su tamaño.

—Como un fisicoculturismo vegetal.

—Exactamente.

—Bueno, y una vez cosechan ¿qué pasa?

—Vienen las jornadas de manicura, que es como quitarles todas las hojas que no tienen los tricomas. Las secamos en armarios. Les damos de ocho a quince días de secado, dependiendo del clima y de la

La parte de la legalización es importante. En la medida en que se normalice la situación, eso hará que las economías subterráneas, ilícitas, se manejen de otra manera, ¿no? Es como cuando un hijo va a pedirles permiso a los papás para salir a un baile. Y el papá no da permiso pero el hijo igual se vuela, porque la fiesta existe. Y no es lo mismo que salir uno con el permiso del papá y la mamá y poder tener un ambiente controlado.

humedad. Y luego las guardamos en tarros de vidrio o en bolsitas como las de café, para que puedan liberar gases.

—Claro.

—Es un proceso largo. No es solo el cultivo, también está el almacenamiento, al que se le llama curado. Que no es solo poner las flores en un tarro o en una bolsa, sino que hay que renovarles el aire, porque son productos orgánicos.

—Vivos.

—Exacto. Es como un mango, que sigue madurando cuando lo cortas del árbol. Uno no puede simplemente meterlo en la nevera y dejarlo ahí, porque se apicha. Entonces, toca estar todo el tiempo abriendo tarros, cerrando tarros, abriendo, cerrando.

De eso tan bueno

Un problema con la figura de los clubes es que dejan por fuera a las personas que no tienen el privilegio de pagar una suscripción (o que no tienen el tiempo, o el conocimiento para autocultivar). Y quedan por fuera los cultivadores que históricamente han sostenido el mercado del cannabis en el país. Y, aunque hay ciertos clubes —la minoría— que se abastecen de cultivadoras del Cauca, el transporte de la marihuana pone en riesgo a quienes la muevan porque el tráfico sigue siendo ilegal.

Cauca

Según el Centro de Estudios en Seguridad y Drogas de la Universidad de los Andes, en el norte del Cauca se concentra la mayor producción de cannabis de Colombia. Las expectativas por el mercado científico y medicinal del cannabis que se abrieron luego de los Acuerdos de Paz de 2016 produjeron un auge de los cultivos en esa zona. Tras las acciones emprendidas en el Caribe para erradicar los cultivos de marihuana durante la Bonanza Marimbera durante la década de los ochenta, «los centros de producción se trasladaron al suroccidente del país, específicamente a los municipios de Miranda, Caloto, Toribío y Corinto».

—La planta siempre ha sido parte de nuestro contexto. Somos productores de cannabis, pero estamos apostándole a la parte positiva de la planta. Nosotros les dispensamos las flores y ellos hacen las donaciones —dice Yamileth García Quiroga, representante legal de Renovando Saberes, la cooperativa que dispensa cannabis a la Casa Wet Wet en Bogotá.

Renovando Saberes nació en enero de 2025 y está compuesta por madres cabeza de familia del pueblo Nasa, algunas de ellas víctimas del conflicto armado del Resguardo de López Adentro, en Caloto, Cauca. En menos de un año, el cultivo del cannabis se ha convertido en una salida económica para la comunidad.

—Con esas donaciones hemos hecho arreglos de carreteras, y proyectos productivos en los

que compramos los hilos para las tejedoras. Somos una comunidad indígena con el 82 % de necesidades insatisfechas: no tenemos acueducto, alcantarillado o vivienda digna, algunas casas todavía tienen piso de tierra —sostiene García.

La cosa se complica si ponemos en el tablero otra pieza en juego: los actores armados. En el territorio, dice García, están las disidencias de las FARC: la Dagoberto Ramos, el frente 57 o la Jaime Martínez. A pesar de que García dice que en el resguardo no hay enfrentamientos, sí hay presencia por fuera de él y esto genera zozobra.

—Es normal que a una feria llegue un grupo armado, saque una persona de la caseta, se la lleve y a los quince minutos se encuentre a la persona muerta.

—Con esos grupos armados tan cerca, ¿cómo asumen ustedes el riesgo? Porque estos nuevos clubes están cambiando las dinámicas del mercado y tal vez le quiten un poco el mercado al narcotráfico...

—Es una pregunta bastante difícil, comprometedora —responde García; se ríe y se queda un rato en silencio—. La parte de la legalización es importante. En la medida en que se normalice la situación, eso hará que las economías subterráneas, ilícitas, se manejen de otra manera, ¿no? Es como cuando un hijo va a pedirles permiso a los papás para salir a un baile. Y el papá no da permiso pero el hijo igual se vuela, porque la fiesta existe. Y no es lo mismo que salir uno con el permiso del papá y la mamá y poder tener un ambiente controlado.

García también cuenta que no todo el mundo en el resguardo está a favor de que ellas cultiven cannabis. Y dice que se debe a la estigmatización de la planta.

—Hasta dentro de la misma comunidad hay contradicciones. No la consideramos parte del narcotráfico, sino que, al no haber en el resguardo escolaridad ni fuentes de empleo, la planta hace parte del sustento familiar.

Cuando le pregunto por los objetivos últimos de la cooperativa, responde, contundente:

—Dignificar nuestra calidad de vida.

—¿Para ti qué significa la planta del cannabis?

—Me da alegría. Cada vez que llego al cultivo doy bendiciones y les agradezco a las plantas porque nos generan bienestar.

La Mesa II

—Lo que nos juntó fue el cannabis —dice Clara Tello, de la Mascate, y miembro de Hip Hop Kennedy.

La entrevista es a varias voces. Con Clara están también Sebastián Angarita (quien preparó los sánduches), Alejandro Martínez, licenciado en biología, educador e investigador popular; Ángela Hernández, médica veterinaria alternativa y José Aguirre, autocultivador.

Todos hacen parte de distintos dispositivos de base comunitaria. Y utilizan esa palabra: dispositivo.

—Estos dispositivos de red comunitaria tienen como objetivo camellar sobre el sufrimiento social, enfocado principalmente en la salud mental y en la problemática del consumo de sustancias psicoactivas. Queremos dignificar el territorio —dice Alejandro.

—Sí —responde Ángela, y rota el porro—, todos somos marihuaneros y nos reunimos desde la marihuana, pero no para caer en el discurso corto de solo lo cannábico, sino para hacerle frente al uso de las sustancias psicoactivas.

—Entendemos que la problemática en el territorio trasciende el cannabis —complementa Martínez. Nosotros también trabajamos en la UPZ 80, en Corabastos, en barrios como El Amparo, Llano Grande, María Paz, el Olivo, Amparo Cañizares. Y si usted me lo pregunta a mí, yo prefiero ver a la gente fumando marihuana, porque allá el consumo se extiende al bóxer, al bazuco. Mis chinos en el colegio solamente me hablan de tusi. Entonces hay que hablar también de las otras sustancias.

—¿Ustedes se consideran un club cannábico?

Silencio, miradas, risas.

—Un club necesita carné, tienes que pagar un valor mensual. Nosotros no somos eso. Somos un espacio que se piensa diferente a esa perspectiva mundial de que esto debe funcionar como un club —dice Sebastián Angarita.

—Es que si hablamos de la liberación de la planta —complementa Hernández— nosotros queremos quitarle ese peso del sistema basado en el dinero, en el comercio. Estos cultivos comunitarios nacen de esa intención: queremos tener nuestras flores, que sean accesibles, que sepamos cómo aprender desde ellas y que nos salga lo más gratis que posible.

—Esta es una dinámica basada en el cuidado de las personas que hacemos parte de esa red —Angarita recibe el porro, le da una calada y sigue—. Un cuidado colectivo. Aquí se dan clases de matemáticas para niños, abrimos otro tipo de espacios que son para usuarios y para no usuarios.

—Es que vea —dice Martínez, ya con el porro en la mano—, vivimos en un sistema capitalista que busca individualizarnos y fragmentarnos como sociedad. A ese sistema no le preocupa el otro, sino la transa: «dame el moño, yo te doy las lucas», y no le importa de dónde provenga la planta, ni de dónde provenga el dinero.

—Cuando decimos que la marihuana debería ser de acceso libre para la banda que está en la red, nos referimos a cómo nos unimos entre todos para mejorar nuestros consumos.

—¿Quién es la banda?

—Aquí no hay una invitación de —oiga, venga y llene un formulario y nosotros lo analizamos—. Es más bien: «Venga, camelle, participe, trabaje con nosotros, hágale». Esto no es una vaina de extraños. Aquí también tenemos que construir vínculos. Aquí nos hemos

dado la pela por nuestra salud mental, por cómo camellamos, por las relaciones que emergen dentro del proceso. Y, parece, son pelas duras porque la gente a veces solo piensa en lo material y no en lo afectivo o en lo relacional. Entonces, ¿quién es la banda? Pues el que se atreve a comprometerse, a camellar con el otro, a hacerse responsable. Esa es la banda. Quien construye, quien camella, quien conspira.

La banda oscila entre doce y quince personas que hacen parte de esta red de auto abastecimiento.

—Esa es la banda —agrega Tello—. Todos estamos pendientes del cuidado de las plantas. Hay un QR que uno alimenta, en el que uno escribe qué hizo ese día, si las regó, si las limpió. Es un intento para que la sistematización sea juiciosa.

—Por eso no es una compra —dice Hernández—. Lo que recibes está medido por ese tiempo que le dedicas al espacio. Tu trabajo determina un porcentaje frente al valor de la flor.

—El cuidado es un tema de privilegio. Si yo quiero fumar unas flores más sanas, pues me toca invertir trabajo y tiempo. Para que el cannabis sea más accesible a la banda, el camello es una forma de pago.

—Al final, estos modelos sacan a la gente de las redes del narcotráfico. ¿Ustedes lo ven así? ¿Es algo en lo que piensan?

Silencio.

—Uno no puede ir de frente contra la luca de la gente —dice Martínez—. Pensar que con nuestras acciones vamos a desmontar una olla es falso. Hay gente a la que no le gusta nuestro discurso, porque no les conviene. Hacer trabajo comunitario implica ser una ficha visible en el territorio. Y precisamente, cuando hacemos parte del territorio, ser frenteros con esas dinámicas es riesgoso. Exige cautela.

—No es la misión —añade Tello—. Porque además es imposible entrar en una guerra contra el microtráfico. Yo creo que el autocultivo, más que ir en contra del narcotráfico, es una invitación al autocuidado y a la autonomía.

—¿Para ustedes qué ha significado el cannabis en sus vidas?

—La posibilidad de hacer realidad otros mundos —dice Hernández.

—No lo sé todavía —continúa Martínez. El cannabis ha traído cosas positivas, pero también ha marcado cosas negativas de mi vida. Es una intriga.

Nota

En los últimos seis años, en Colombia se ha presentado ocho veces un proyecto de ley que pretende regular el mercado del cannabis para uso adulto. En siete, el proyecto se ha hundido. La última vez fue en agosto de 2025.

Donde Tomás no está

Una tía recuerda a su sobrino, que murió en una fiesta de música electrónica luego de consumir MDMA. Entre la culpa y el duelo, este testimonio insiste en la necesidad urgente de la legalización en Colombia como camino para salvar vidas.

Mi hermano me llamó y dijo: «Tomás se murió». Y desde ese momento una parte de mi mundo perdió todas las cualidades que suele tener la realidad, así que le dije de la manera más natural, ya con la voz enajenada: «¿Cómo así?». Y él repitió: «Tomás se murió». Entonces ahí sí, en una milésima de segundo, una mano enguadada atravesó mi cuerpo —el físico, el más real de todos— con una aguja que me entraba por la coronilla y salía por la planta del pie. Grité de dolor como había visto que hacían las mujeres representadas en una situación así —desde las Troyanas hasta hoy— y que hasta ese momento había creído sobreactuadas. Así supe que la irrealdad, sobre todo, es contundente.

El pensamiento afectivo necesita de un cuerpo físico que ocupe espacio en cualquier parte del mundo. La ausencia verdadera es lo que resulta de la falta de asidero para ese pensamiento. En el espacio que ocupó Tomás —casi toda su vida lejos de mi vista— ahora no está nada que yo pueda saber vivo. Es lo más surreal que existe y la cosa más triste. El tiempo y la forma en que cada quien pone eso en su lugar se llama duelo.

Tomás era mi sobrino mayor. Mi hermano, sabrá Dios cómo ha sobrevivido. Creo que mi sobrino menor se agemelo con su hermano y anda con él para todas partes sin tener claro cómo. Mi madre regaña la foto de Tomás cada vez que la mira y algo en ella se pone muy cansado. Los reduzco de esta manera porque no puedo hablar por ellos sin abusar de su confianza, no porque haya en su dolor algo impresentable o impúdico, sino que es tan íntimo que ellos tampoco saben a ciencia cierta del mío.

El mío no es posible sin un *mea culpa*. Como dijo Joan Didion, no puede una desprenderse de la sensación espantosa de no haber sido capaz de proteger la vida que nos fue dada para nuestro cuidado, y aunque siempre he sostenido —incluso ante mis sobrinos— que las tías no estamos para cuidar sino para atestiguar —con una alegría a la que es mejor no ponerle palabras

para no estropearle el gusto que siempre deja en la boca— hay una en mí que necesita confesarse.

Toti murió hace dos años en una fiesta de electrónica en Bogotá. Iba con un amigo con el que le gustaba compartir la rumba, palabra que él definitivamente no usaría, porque tenía veinticinco años cuando pasó. No me diría que soy una pata, como a su papá, solo me miraría con condescendencia y una cara de póker que lograba disimular con otros pero que con la familia no pasaba de ser un gesto que delataba unas ganas de reírse que le inflaban las aletas de la nariz un par de veces antes de irse a quién sabe qué lugar de su cuerpo. Pero yo estaba en lo de la confesión. Perdonará la lectora que me vaya por las ramas, ya dije que cada uno hace con esto lo que puede y yo, que soy más transparente que una lechuga, a la hora de este té, he decidido divagar.

Mi sobrino había ido a una fiesta que se prolongaría por dos días. Allá vendían, pero él decidió llevar una sustancia que le había regalado un *dealer* de confianza —de la suya—, que había probado solo unas semanas antes y de la cual se había prendado por lo suave y acogedora. Le quitaba el sueño y el hambre, pero lo mantenía sobrio, solo muy enamorado de todos y de todo, con el amor de verdad, que es lo contrario al miedo. Lo sé porque yo también la conozco. En la calle vieja le dicen éxtasis; en el laboratorio y la clínica, MDMA.

La confesión se puede adivinar de lo que digo. Me parte el corazón no saber por qué carajos nunca hablé con él sobre las sustancias que sabía que ya estaba consumiendo. Si yo era la tía a la que le había dicho de chiquito que estaba triste porque no tenía amigos en la ciudad adonde lo habían llevado a vivir sus papás, y fui yo la que le dije que hablara de eso para que pudiera descansar, y que era normal y que lo dejara ser para que pasara pronto y les diera espacio a los mejores amigos que tendría en la vida. Tal vez porque ya era grande y, sobre todo, porque lo nuestro era otra cosa, como de leche caliente y migas de pan, de asombro y estupefacción y risas contenidas, y no de la gravedad de las charlas didácticas. Y con esto me engaño, que es la antesala obligada del que tiene que abrir tarde o temprano el cuarto de la contrición. El de la súplica de perdón.

Porque la última vez que nos vimos, en la fiesta de cumpleaños de mi hermano, yo sabía del m más que casi cualquiera o por lo menos más que él. No puedo evitar pensar en lo que habría pasado si le hubiera explicado que funciona como un veneno —en realidad como una medicina—: puede salvar la vida o ser letal, dependiendo de la dosis. Que básicamente lo que hace es «relajar» la amígdala, el lugar del cerebro en que se activan todos los mecanismos de defensa —tanto los físicos como los emocionales— y por tanto te permite pensar en cualquier cosa, la que sea, sin temor, con la mayor lucidez de la que un ser humano

es capaz. Por eso te hace sentir tan bien y a la vez tan en tu juicio. Pero que para hacerlo, literalmente ordeña la serotonina de tu cerebro y por eso no debe ser consumida con regularidad, porque tarda en recuperarse totalmente alrededor de dos meses. La consecuencia del mal uso es, en el mejor de los casos, la depresión química y en el peor, una sobredosis que lleve a un paro cardiorrespiratorio.

Le podría decir también lo que de verdad creo: que el m es un regalo de la ciencia que ha ayudado a cientos —a miles— de personas a superar sus traumas desde que fue descubierto hace más de sesenta años en un laboratorio de Estados Unidos. Al permitirnos mirar el dolor sin dolor y experimentar con todo nuestro ser la relatividad del bien y del mal, del amor y el miedo, del día y la noche, nos conecta con una conciencia amplia que sin juicio y desde la energía más pura del corazón-amor integra los opuestos de la existencia. Y que sin descartar su potencial para volver cualquier reunión una fiesta, usarla así es como andar en un Porsche por Medellín, no está mal, simplemente es un desperdicio; y que eso que se parece tanto a la felicidad puede ser una trampa, porque nuestro sistema defensivo está ahí para algo: el mundo es un lugar hostil, salvaje, violento, desde que nació, y nosotros nacimos en él.

Pero de todos los lugares comunes que conozco, este es el más grande: nunca lo sabré. Mi terapeuta *junguiano* me habló hace poco del concepto de *destino* para nombrar aquello que incluso supera el «para qué» —que va más allá del por qué— con el que mi hermano —y yo también, a cada rato— intenta darle sentido a esto. Me quedé pensando, porque la mayoría de las veces confundimos el significado de *destino* con el de *fortuna*, pero el destino es, en realidad, el lugar adonde llega lo que ya se está moviendo hacia allí. Así, la muerte de Tomás es nuestro destino, el de su cuerpo hermoso, y el de nuestro pensamiento afectivo que llega a esa estación y se baja del tren del mundo. Parece el final, pero yo siento que allí, donde Tomás está muerto, mi familia y yo nos encontramos con todo el amor que le tuvimos, que se desparrama por el pueblo de la ausencia hasta hacerlo aparecer.

La muerte de Toti es también el destino final de mi culpa, porque no hay manera de que su recuerdo deje de llevarme al lugar de mi corazón donde él

El pensamiento afectivo necesita de un cuerpo físico que ocupe espacio en cualquier parte del mundo. La ausencia verdadera es lo que resulta de la falta de asidero para ese pensamiento. En el espacio que ocupó Tomás —casi toda su vida lejos de mi vista— ahora no está nada que yo pueda saber vivo.

habita ahora y allí las aletas de su nariz y el gesto de su mano cuando pateaba la pelota mientras corría a toda velocidad por una cancha de fútbol me humildan y yo solo puedo agradecer a la muerte por cada minuto que me regaló de su esplendorosa vida.

Lejos de la culpa —y todavía más del amor y la conciencia de la vida—, pero seguramente como parte del proceso del duelo, surgen en mí tremendas inquietudes. La Fiscalía aún no ha entregado los resultados de la autopsia; hay gente que después de mucho más tiempo no sabe cómo murió su ser querido, lo que se me antoja una revictimización. A mi hermano eso no le importa, no quiere saber, dice que eso no cambiará lo que pasó porque nada le devolverá a su hijo, y tiene razón. Pero intuyo —y algo de eso hemos tocado por el borde— que en el fondo tiene miedo de encontrar un responsable más allá de las veces que siente que se equivocó en la crianza de ese pelado, o las que no lo pudo proteger de sí mismo. Pero para mí hay una diferencia importante entre las posibles causas de muerte. No es lo mismo una sobredosis por m que un choque anafiláctico por una sustancia mezclada, o una sobredosis de otra sustancia con la que cortan el m o lo hacen adictivo. Tengo curiosidad por saber cómo estamos de mal en este país.

Sin embargo, en ese mirar para atrás al que te dirige la culpa, se encuentra uno con esas cosas que cree que podría hacer mejor, y de ahí han surgido desde fundaciones de labores invaluables, hasta conductores para enterrar todos los días. A mí me dio por preguntarle en el velorio a la novia de mi sobrino si ella sabía que había lugares donde se podían testear las sustancias que iban a consumir para saber si eran seguras, y ella, a pesar de su dolor, me miró desde los ojos más llorosos con tanto asombro y atención que supe que ella y mi sobrino no habían llegado nunca los esfuerzos de entidades como Échele Cabeza.

Hace mucho que sé de ellos porque lo que hacen es relevante para este territorio transido de guerra contra las drogas, toda tan fallida, deliberadamente desenfocada, apretando siempre los eslabones más débiles, haciéndonos creer que así se rompe la cadena, cuando en realidad solo se la hace eterna. En un país donde casi el 44 % de la gente vive con un ingreso menor de \$500.000 al mes por persona, vendedores de pacotilla como el *dealer* de Tomás —que seguro ni siquiera le advirtió de los peligros de una sobredosis— nacen y se reproducen por decenas todos los días. Pero aquí nos dedicamos a perseguirlos a ellos y a los campesinos que cultivan las «matas que matan». Más allá de este último gobierno, casi nadie ha pensado en otra posibilidad, y no voy a ser tan ingenua de rasgarme las vestiduras preguntándome por qué. Pero al lector confundido por mi impaciencia le digo que solo tiene que seguir la senda del dinero.

Así que me figuré que a ellos, los de Échele Cabeza, les podría interesar saber lo que acababa de pasar: un muchacho de veinticinco años se va un domingo en la mañana para una fiesta costosa y seguramente clandestina, un evento que en la Secretaría de Gobierno debe aparecer como un concierto de música electrónica parecido a los que hacíamos en el espacio cultural donde alguna vez trabajé. Lleva su propia sustancia y la muestra en la entrada para que después los organizadores no vayan a creer que es un vendedor colado. Al poco tiempo de estar adentro aparece con un termo y les ofrece a sus amigos, con la advertencia de que «está cargadito». Pasa media hora —en la cual no es factible que se haya tomado todo, pero no sabemos—, se siente mareado, va al baño, cuando vuelve está pálido, dice que le duele el cuello, se tambalea, se desmaya, su amigo lo recoge, pide auxilio, nadie hace nada. En la fiesta no hay primeros auxilios, ningún paramédico, mucho menos una ambulancia. Después de un rato, aparece alguien —que en una versión es el dueño del entablado— que le dice al pelado que los lleva a un hospital pero no entra, no quiere que lo responsabilicen de algo que no es con él. Montan al muchacho en un carro, su amigo lo acuna, en la mitad del camino siente cómo suspira. Cuando llegan al hospital los médicos tratan de resucitarlo, es tarde, su corazón ya no responde. El muchacho de veinticinco años ya no está entre nosotros y el alma de algunos seres humanos que lo aman se parte en dos.

Entonces, en mi afán de ponerme en marcha para ayudarme ayudando a alguien más, me consigo el teléfono de Julián Quintero, el director de Échele Cabeza, le mando un audio, me presento como conocida de un conocido, le hablo del muchacho, le digo que es mi sobrino que murió en una fiesta. Pienso que a ellos les puede interesar saber estas cosas que están pasando, pienso que así como tienen lugares especiales para que los consumidores testeen las sustancias y consuman de forma segura, también tendrán una línea de trabajo de prevención de muertes por negligencia. Él me dice que le cuente lo que pasó y le diga el nombre de la fiesta. Me entusiasmo y le envío un audio de once minutos. Me deja en visto.

De verdad, creo que nuestra esperanza más grande es la legalización. Siempre lo pensé pero ahora estoy convencida. Si por lo menos algunas drogas fueran legales, la fiesta a la que asistió Tomás no tendría que mentir frente a las autoridades, podría existir públicamente y, al hacerlo, ser vigilada y regulada. Como cualquier otro evento, tendría que tener un plan de control de riesgos, con primeros auxilios —en este caso, especializados— que incluyeran un resucitador DEA, epinefrina para evitar la anafilaxia fatal, hidratación suficiente y gratuita, y una persona con conocimientos de primeros auxilios para crisis psíquicas e incluso depresión inducida por sustancias. Si

esto fuera así, a Tomás le hubieran atendido su paro cardiorespiratorio allí mismo, y aunque no se puede saber con certeza, habría muchas más posibilidades de que estuviera vivo. Para eso es que se busca la legalización. Para salvar vidas y tener recursos y obligación de prevenir el consumo irresponsable.

Échele Cabeza lleva años trabajando por lo primero, salvar vidas a través de la reducción de riesgos. Ha sido pionera en Latinoamérica buscando la legalización para poder hacer eso mucho mejor, más efectivo, con un alcance a la altura del problema del consumo de sustancias que nadie regula —sustancias mezcladas y sustancias directamente peligrosas para la salud— porque para la ley no existen, porque están simplemente prohibidas. Por eso, en el audio que le mandé a su director, al final, le decía que yo quería trabajar con ellos, que me ofrecía de voluntaria para pensar y hacer cosas que ayudaran a prevenir las muertes desde el consumo informado y responsable, porque no solo se salvan vidas protegiendo al consumidor y el consumo. Una de mis amigas más cercanas me dijo: «Cuando el hombre te conteste, me dices, yo también

quiero». Pero él nunca supo —o tal vez sí— y yo admiro su capacidad guerrera de concentrarse en derrotar el molino de viento más atroz que es la ilegalidad donde hay gente que gana fortunas impronunciabiles vendiendo drogas de mala calidad en dosis mortales a los pelados y a los que alcanzan a llegar a viejos. Para cambiar las cosas de verdad se necesita esa capacidad de enfocarse en una cosa a la vez y no permitir la dispersión suya ni de sus recursos en muertos que desvíen la discusión del centro.

Cuando voy a visitar a mi sobrino en mi corazón para mostrarle lo que acabo de escribir, me pide que lo vuelva esperanza, porque él era así, todo confianza en la vida, todo buena estrella, todo buenos consejos para sus amigos —eso dicen ellos y me hacen sonreír—, todo nobleza, pero yo no sé cómo hacer eso. Le digo que es lo que pasa en un país donde el drama de las víctimas es tan insoportable, tan incommensurable, que nosotros no cabemos ahí. En comparación con eso, nuestro dolor es tan chiquito que nadie tiene por qué escuchar. Estamos solos, él y yo, en mi corazón.

Si por lo menos algunas drogas fueran legales, la fiesta a la que asistió Tomás no tendría que mentir frente a las autoridades, podría existir públicamente y, al hacerlo, ser vigilada y regulada. Como cualquier otro evento, tendría que tener un plan de control de riesgos, con primeros auxilios —en este caso, especializados— que incluyeran un resucitador DEA, epinefrina para evitar la anafilaxia fatal, hidratación suficiente y gratuita, y una persona con conocimientos de primeros auxilios para crisis psicóticas e incluso depresión inducida por sustancias.

Del microgramo al monumento: arqueología artística de un país inflado por su mito

Desde la década de 1980, el arte colombiano ha problematizado las influencias estéticas y económicas derivadas del narcotráfico. Santiago Rueda propone una lectura del país de los hipopótamos afrocolombianos, del reguetón, del lujo *kitsch* y de la microdosis psicodélica en la que examina las mutaciones de un imaginario donde lo ilícito y lo sagrado se confunden.

Desde hace más de cuatro décadas, las artes visuales en Colombia han explorado —con distancia, ironía, fascinación o incomodidad— los múltiples efectos del narcotráfico y las sustancias (i)lícitas. Mucho antes de que la llamada «narcoestética» se convirtiera en objeto de atención académica o de plataformas globales como Netflix, los artistas habían intuido que la economía simbólica del narcotráfico se filtraba en las formas del gusto, el paisaje, la arquitectura, los objetos, la memoria y los cuerpos. Desde los hipopótamos de la Hacienda Nápoles, convertidos en mitología tropical, hasta videojuegos de resistencia *low-tech* o microdosis impresas sobre papel, los artistas han documentado la narcosis cultural del país y tensionado sus imaginarios. Hoy, la estética del exceso y la ilegalidad se entrelaza con el brillo urbano del reguetón, la nostalgia artesanal, el activismo psicodélico y la sátira política. Haciendo un balance sobre lo hecho y deshecho durante el hoy descertificado Gobierno del Cambio, vale la pena enfocarse, al menos, en algunas imágenes y temas recurrentes.

Gigantes torpes en aguas turbias

Uno de los emblemas más potentes de la narcosis moral y ambiental en la que estamos empantanados son los mal contados hipopótamos de la Hacienda Nápoles que nacen, crecen, se reproducen y mueren en las orillas del río Magdalena. Tan populares como el poncho con la cédula del mafioso y las camisetas con su maleva sonrisa, estos animales han sido el inevitable foco de atención de varios artistas. Nadín Ospina fue el primero en incorporarlos, y lo hizo de forma temprana y premonitoria en su serie *Bizarros gourmet* (1993). Los modeló en cerámica a la manera de las urnas taironas, en una parodia del hallazgo arqueológico imposible, cuestionando los criterios



Santiago Rueda Fajardo

Bizarros gourmet, 1993. Cerámica de Nadín Ospina.



Cien del Banco Hipopotecario, 2025. Tinta china, lápiz y acuarela sobre papel de Alberto Baraya.

ambiguos que definen lo «auténtico» en el arte nacional y poniendo de manifiesto la fragilidad del patrimonio ante el saqueo y la falsificación. Al darle un falso pasado mítico a un animal foráneo, Ospina convirtió al hipopótamo en símbolo de esa mezcla de artificio, ilegalidad y fetichismo que sigue marcando el imaginario colombiano, recordando la conexión entre el tráfico de animales exóticos, piezas arqueológicas y el incipiente y permisivo comercio de cocaína en los años setenta y ochenta, cuando estas economías comenzaban a entrelazarse para dar forma a las organizaciones multicitrimen de hoy.

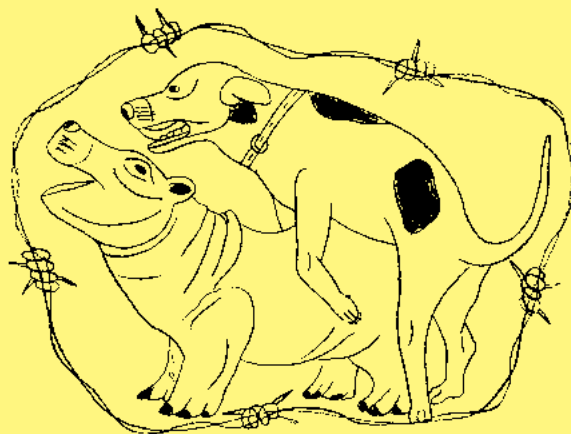
Desde hace más de una década, Alberto Baraya ha fabulado al hipopótamo en escenarios improbables, como en *Hipopótamos en París* (2017), donde estos animales emergen del Sena; o en situaciones de apareamientos imposibles y travesías simbólicas. Estas imágenes, cargadas de exotismo y crítica cultural, abren preguntas sobre el paisaje como escenario de poder e ideología. A esta línea de trabajo se suma el *Banco Hipopotacario* (2025), una institución ficticia que parodia la lógica de la numismática financiera. El hipopótamo ocupa el lugar de próceres y alegorías importadas, propias de los billetes colombianos impresos en el extranjero en los siglos XIX y XX, con escenas pastoriles europeas. En lugar de esas imágenes idílicas importadas, sus billetes exhiben la fauna errante de un país y una economía desbordadas, revelando lo grotesco y lo absurdo incrustado en sistemas de poder, representación y economía.

Camilo Restrepo retrata el universo criminal colombiano transformando los alias de sus protagonistas en personajes de caricatura al estilo Cartoon Network y Warner Bros. En su serie *Caprichos* (2014 -), convierte a temibles asesinos en monstruos

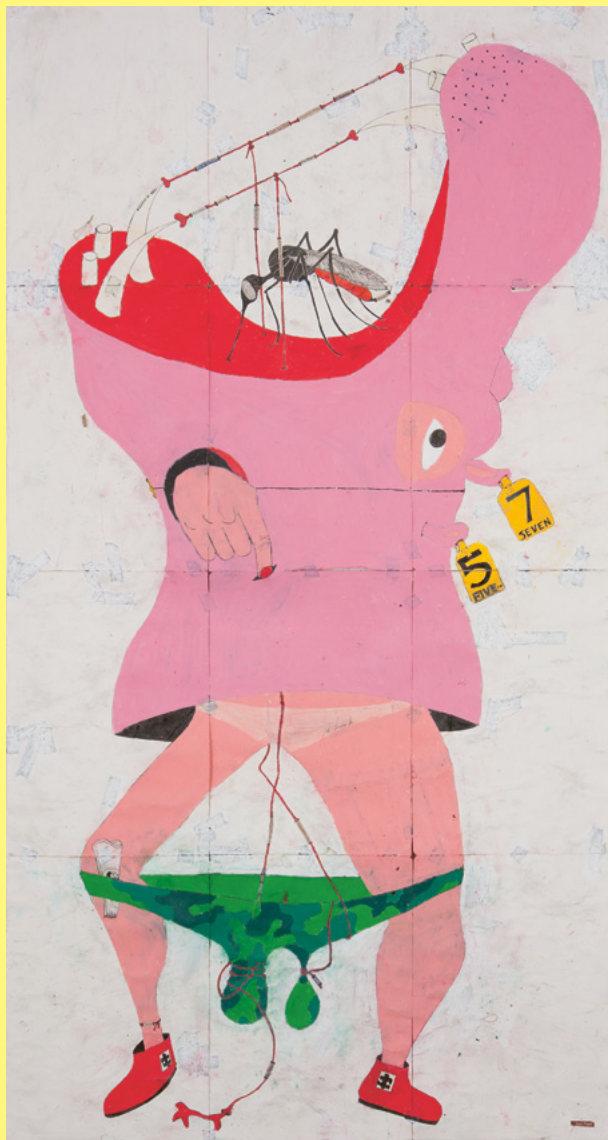
tragicómicos, denunciando con humor negro la banalización grotesca del mal.

En *La domesticación de los hipopótamos bebés* (2025), Iván Navarro, otro artista que se mueve anfibamente entre el arte y la caricatura, ilustra la curiosísima relación entre las comunidades campesinas que conviven con los hipopótamos y las extrañas relaciones que establecen con sus crías, que van desde la frustrada adopción a la venta —sobra decirlo— ilegal. Sus dibujos son una forma de antropología satírica. En ellos, el hipopótamo deja de ser una rareza biológica para convertirse en un espejo absurdo del país: grande, fuera de lugar, con mirada tierna y potencial destructivo. Navarro traza el vínculo entre formas de afecto precarias y economías ilegales: entre lo doméstico y lo criminal, lo cómico y lo devastador.

El antropólogo x. Andrade, miembro del grupo Narcolombia y cocurador de la exposición homónima junto a Lucas Ospina y Omar Rincón, encargó



La domesticación de los hipopótamos bebés, 2025. Dibujo en grafito sobre papel de Iván Navarro.



Don Pepe, 2014. De la serie *Caprichos*. Dibujo en grafito y lápices de colores sobre papel de Camilo Restrepo.

al pintor costumbrista Pedro Calzadilla realizar *169 paisajes con hipopótamos* (2025), número que coincide con el conteo oficial de estos animales en Colombia. En las obras, los mamíferos aparecen en idílicos atardeceres llaneros entre garzas y cascadas. Para x., esta serie permite explorar la estética narco globalizada y los cruces entre arte contemporáneo, artesanía y arte popular, mediante una doble autoría: x. concibe y encarga las piezas, Calzadilla las pinta y las firma.

Carlos Castro, por su parte, ha realizado gobelinos en la tradición de los tapices y las alfombras de lujo de los palacios de las cortes europeas, en los que desfilan barones de la droga locales revueltos con imágenes de blancos unicornios y seres mitológicos medievales. En una de estas pesadillas bordadas, *La gran narco arca* (2022), Pablo Escobar desembarca un zoológico entero de la barriga de un Hércules C-130, probablemente el mismo tipo de avión en que llegó parte de la megafauna de Nápoles en los lejanos años ochenta.

En *El confidente celeste* (2025), una serie de videos creados con IA, Divino Maik prolonga su teología del artificio hacia un cielo tropical donde lo sagrado y lo pop se confunden. Encarnado como Robin, el joven maravilla convertido en santo de barrio, el artista aparece cabalgando un hipopótamo volador, criatura imposible que mezcla la visión profética y el delirio digital. Como en las revelaciones de Ezequiel o san Juan, su figura se eleva entre galaxias fluorescentes y nubes barrocas. El hipopótamo, antes símbolo de invasión o exceso, se vuelve animal psicopompico, mediador entre la fe y el algoritmo. Su vuelo inaugura un nuevo evangelio visual: el de la fe reprogramada por la inteligencia artificial, convirtiendo a Maik en un santo digital, guiado «por la fe, no por la vista», una comunión entre lo tecnológico y lo mítico, lo ridículo y lo sublime.

Al precursor Nadín Ospina, quien retoma el tema en sus *Portales* (2023) —diseñados también por IA e impresos digitalmente— y pone a los hipopótamos en las puertas del Congreso; a Baraya, x. Andrade y Castro, a Divino Maik y a Manuel Barón, quien ha realizado una serie de afiches «Se busca», en los que, entre otros animales (des)protegidos se encuentra *El Gordo* (2024) —por el que se ofrecen mil millones de pesos—, les interesa, más allá de la anécdota, el prisma narco para indagar sobre el lugar y el valor del arte hoy y ofrecer una mirada burlona que se aprovecha del realismo *máfico* para examinar gusto, autoría y patrimonio.



Sin título, de la serie *169 paisajes con hipopótamos*, 2025. Acrílico sobre tela de Pedro Calzadilla, por encargo de x. Andrade.



La gran narco arca, 2022. Tapiz tejido artesanalmente de Carlos Castro.

Con diferente intención, y en los escenarios donde la especie invasora se ha asentado con naturalidad forzada, estos animales han sido del interés de fotógrafos «puros», como Stephen Ferry y Zoraida Díaz, quienes sensiblemente han observado al contexto social de las comunidades que conviven con los paquidermos. Sus imágenes capturan ese paisaje contradictorio donde la belleza y la tragedia se mezclan, añadiendo un contrapunto necesario a la ironía y el humor negro de los artistas visuales.

Piques, perreo y pintura

Directamente ligados al interés por los hipopótamos, algunos artistas se han enfocado en la estética urbana de hoy: reguetón, lujo, brillo e hipersexualización. En Medellín, Jorge Alonso Zapata ha pintado la vida cotidiana de la ciudad con el color, la alegría y el humor de los pintores de su tierra. Sus obras circulares, realizadas sobre objetos reciclados, principalmente discos láser, con títulos como *El cliente*, *De rumba*, *Cóctel*, *Burger*, *Dinosaurio*, *Globos de amor*, describen la vida agitada, exuberante y arriesgada del centro y bajo fondo de Medellín. No sobra recordar que fueron pintoras de esa ciudad quienes, en los años ochenta, registraron el ascenso del mal —y del mal gusto— en el valle de Aburrá: las hoy prácticamente olvidadas

Dora Ramírez, Ethel Gilmour, Marta Elena Vélez y Flor María Bouhot.

El ya mencionado Alberto Baraya, en su serie *Miami beast*, ha pintado autos de lujo faroleando en escenarios costeros, como herederos de la pintura inglesa de caballos. Los derbis se convierten en piques, y la vida colorida del sur de Florida, epicentro de ferias de arte como Art Basel, se puebla de una variada fauna tan exótica como la del arte mismo. En este sentido, su obra dialoga con el éxito global de reguetoneros como J Balvin, Karol G o Maluma, cuyas imágenes construyen un relato de exceso tropical, sensualidad comercial y movilidad social a través del lujo, el cuerpo y la calle.



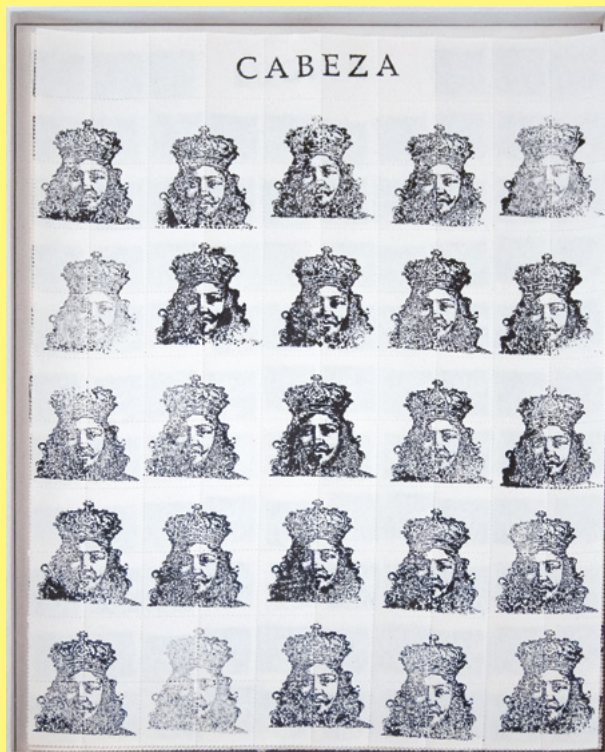
El confidente celeste. 2025. Video de Divino Maik. 8".



De rumba, 2022. Técnica mixta sobre madera de Jorge Alonso Zapata.

Pequeñas dosis, grandes visiones

Así como los autos de lujo y las cadenas de oro atraen a los artistas, otros aspectos de nuestra siempre cambiante relación con las sustancias aparecen en el panorama del arte de hoy, como lo son la automedicación, la experimentación psicodélica y las nuevas formas de terapia. No me referiré a las imágenes producto de experiencias internáuticas, de jaguares, noches selváticas, chamanas y colibríes, por ser dominantes y reiterativas. En cambio, las microdosis de psicodélicos clásicos, cada vez más populares y discretamente manejadas por un segmento cultivado de la sociedad urbana colombiana, y que se encuentran en el límite entre lo legal y lo ilegal, señalan nuevos caminos. En *La materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil* (2024), José Alejandro Restrepo se aparta tanto del brillo urbano como de la iconografía selvática estandarizada, para abordar —a través del papel secante del LSD— los vínculos históricos entre religión, Estado y poder simbólico. Inspirado en el *Leviatán* de Hobbes, estampa sobre microdosis gráficas motivos como Cabeza,



La materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil, 2024. Xilografías sobre papel microperforado e impregnado con uso de José Alejandro Restrepo.



Narices frente a la costa venezolana, 2025. Humor gráfico de Chócolo.

Mitra, Espada o Fortaleza, representando las estructuras del poder teológico-político que, según él, siguen intoxicando incluso a las sociedades más seculares. Su obra no propone un viaje psicodélico, sino una crítica al discurso institucional como droga cultural: administrada en pequeñas dosis, simbólica y persistentemente absorbida.

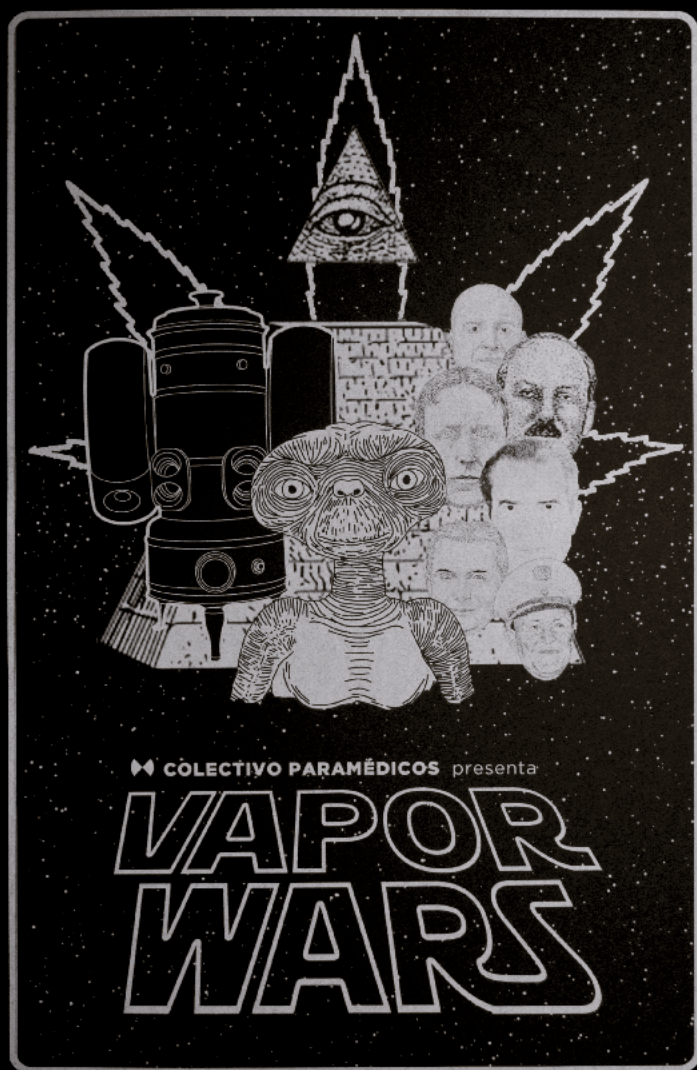
Para *Hippopotamensis* (2025), el ya mencionado Camilo Restrepo cultiva los hongos de la familia *Psilocybe* encontrados en el estiércol de los hipopótamos del Magdalena —los mismos hongos de anillo ceroso que buscaban en el río La Miel los jipis de los años sesenta y setenta—. En Medellín, Restrepo los cultiva en el estiércol del caballo de río, como una forma de explorar su estatus ambiguo en la legislación que regula las drogas y sus posibles aplicaciones a nuevas formas de terapia mental.

Insert coins para una guerra fallida

No puede pasarse por alto un tema que lograría cambiar el equilibrio de la percepción general sobre la guerra contra las drogas y su intensidad: la regulación recreativa del cannabis. El Colectivo Paramédicos aborda su consumo con estética *low-tech*, reciclaje y humor ácido. En *Vapor Wars*, videojuego inspirado en *Space Invaders*, E. T. regresa a la Tierra no para «llamar a casa», sino para vengarse: armado con marihuana cósmica, se enfrenta en el ciberespacio a Nixon, Dupont, Hearst y otros próceres del prohibicionismo. Según los Paramédicos, la especie de E. T.



Hippopotamensis, 2025. Hongos de la familia *Psilocybe* encontrados en el estiércol de hipopótamo. Fotografía de Camilo Restrepo.



Vapor Wars, 2022. Imagen promocional de la videoinstalación y objeto escultórico multimedia del **Colectivo Paramédicos**.

lleva siglos viniendo a recolectar la planta sagrada —véase la última escena de la película de Spielberg—, hasta que el siglo xx la convirtió en amenaza pública. El resultado: una guerra virtual entre extraterrestres cannábicos y moralistas terrícolas.

Finalmente, en este recuento de las artes visuales, no podrían dejarse por fuera los más atentos observadores de la vida política en Colombia: los caricaturistas. Con un lápiz más filoso que cualquier crítica académica, Antonio Caballero y Beto —ya fallecidos—, Chócolo, Mheo, Mico y Matador, entre otros, le han aplicado el remedio infalible del humor al camino sin salida de la guerra contra las drogas, recordándonos que, aunque la guerra continúe, la ironía puede ser el último refugio para quienes buscan transformar la realidad. En este sentido, su trabajo no es solo un alivio, sino un acto esencial dentro del arte comprometido con el presente. Por ahora, Colombia, como lo sostenía Juan Gabriel Tokatlian, hace más de treinta años, permanece aún «entre la fumigación permanente, la cooperación elusiva, la legalización imposible, y la militarización recurrente».

Agradecimientos

Ana Cárdenas, Galería La Cometa, María Eugenia Niño, Galería Sextante, Leonora Orjuela y a quienes aparecen con su obra en este dossier para **GACETA**.

Doña Chava (estación Cocomá, Magdalena Medio), 2024. Fotografía de **Zoraida Díaz**.



Cicatrix (estación Pita, Magdalena Medio), 2025. Fotografía de **Zoraida Díaz**.





El yagé y el boom psicodélico

En la era del *boom* psicodélico, la ayahuasca o yagé ha pasado de las selvas amazónicas a laboratorios, retiros urbanos y foros internacionales. Una planta sagrada, antes reservada para rituales chamánicos, se transformó en objeto de estudio y negocio. Entre el saber ancestral y la mercantilización de la conciencia, esta planta revela las tensiones entre espiritualidad y consumo.

Más allá de las experimentaciones de laboratorio, vivimos una época en la que plantas y hongos con propiedades psicoactivas, y que han sido usados desde tiempos inmemoriales por pueblos indígenas en distintas latitudes como la ayahuasca, el peyote, el san Pedro, los hongos psilocibios, la iboga, entre otros, se han convertido en objeto de atención de quienes buscan experiencias trascendentes de bienestar. *Boom* psicodélico. Así se conoce el regreso de las sustancias psicoactivas al debate público en los países del norte global, tras varias décadas de prohibición y abierta persecución. Este renovado interés ha sido promovido por la ampliación de la oferta de psicodélicos en el mundo globalizado, y por el creciente reconocimiento de potencialidades que trascienden sus usos recreativos. Y, también, hay que decirlo, por parte de quienes quieren convertir esas experiencias en un lucrativo negocio.

Hasta los años sesenta del siglo XX, sustancias como el LSD, la cocaína o la psilocibina, que se popularizaron con el auge de la contracultura, fueron también objeto de investigaciones que buscaban, entre otras cosas, establecer los alcances terapéuticos de estas en el tratamiento de distintas enfermedades. Pero tras la emergencia de la guerra contra las drogas, impulsada por el Gobierno Nixon, fueron proscritas las investigaciones sobre el potencial de los psicoactivos. Actualmente, el valor social, científico y comercial de los psicoactivos aumenta a partir de nuevas investigaciones clínicas, como aquellas que han reafirmado recientemente la importancia de la psilocibina en el tratamiento de la ansiedad y la depresión. Pero también, los psicoactivos comienzan a proponer paradigmas de bienestar en Occidente, que desde nuevas sensibilidades alientan prácticas de cuidado y formas de religiosidad y espiritualidad, donde los estados modificados de conciencia ocupan un papel central.

El yagé, o la ayahuasca, como se conoce más comúnmente en el mundo, es una decocción vegetal psicoactiva originaria de varios pueblos indígenas y mestizos de la cuenca amazónica, quienes la han usado tradicionalmente para iniciación chamánica y también para curar. Esta bebida se elabora a partir de la combinación de, al menos, dos tipos de plantas que se consideran «plantas maestras»: la liana del yagé (*Banisteriopsis caapi*) y la chagropanga (*Diplopterys cabrerana*), o en otras preparaciones, la chacruna (*Psychotria viridis*).^{*} A esa combinación se suelen añadir otras plantas complementarias, dependiendo de la intencionalidad con la que se prepare la bebida. Aunque el yagé es central en el proceso de formación de los chamanes o sabedores tradicionales, es una bebida que se toma en general para curar malestares, para entender las propias circunstancias, para tomar decisiones, y para «limpiar el cuerpo y ver». Y siempre se hace bajo la guía de un especialista. Su efecto es purgante y visionario, aunque no se trata de un alucinógeno. De hecho, las visiones de la ayahuasca son similares a las imágenes de nuestros sueños.

Hay una pregunta que resalta en este punto: ¿quién inventó esta poderosa bebida psicoactiva? Los especialistas del yagé, a quienes se les conoce como taitas, yachas, payés o curacas, entre otros muchos nombres, son los encargados de elaborar la decocción, y quienes reconocen la diversidad de variedades de la liana y el carácter de sus diferentes complementos. Ellos definen las combinaciones adecuadas ya sea para la iniciación de los aprendices, o bien para la curación de distintos malestares y dolencias. Sabemos hoy, por evidencias arqueológicas, que quienes habitaron el continente usaban sustancias como el san Pedro, el yopo o el peyote desde tiempos inmemoriales. Pero sobre el yagé no hay hasta ahora registro arqueológico, tal vez porque los contextos amazónicos no permiten conservar evidencia. Una combinación de plantas tan compleja parece ser solo producto de mucho tiempo de relación, encuentro y experimentación. La respuesta puede estar allí donde los taitas han insistido siempre: las plantas enseñan, por eso son plantas maestras.

Ayahuasca quiere decir en quechua 'liana de los muertos' o 'liana de los espíritus', y es tal vez el nombre más frecuente. En Colombia a la ayahuasca la conocemos mejor como yagé y eso tiene que ver con los caminos que esta planta ha recorrido para darse a conocer desde el piedemonte del nororiente amazónico hacia las grandes ciudades andinas, y de allí hacia el exterior.

* En términos químicos, la ayahuasca es la combinación entre la N,N-dimetiltriptamina (DMT) presente en la chacruna y la chagropanga, y las betacarbolinas (harmina, harmalina y tetrahidroharmina) que contiene la liana de *Banisteriopsis caapi*. Estas últimas inhiben la monoaminoxidasa presente en el cuerpo humano, e impiden que el DMT se metabolice. Eso es lo que produce el efecto visionario de esta decocción vegetal.

El yagé también es conocido como caapi, uni, nixi pae, natem, daime, remedio, ambihuasca, hoasca o pildé, entre otras denominaciones, dependiendo del lugar. La liana enlaza el mundo de los vivos y de los muertos, y permite comunicar a este mundo con el otro lado, donde habitan las madres y los padres espirituales de todo lo que existe. La concepción dual del mundo, que además se extiende a las concepciones sobre la salud y la enfermedad, es uno de los principios de las cosmovisiones chamánicas de la Amazonía, y la razón por la cual un curaca o payé solo llega a ser tal cuando aprende de las plantas maestras la forma de curar o equilibrar las fuerzas mediante el arte de seducir, negociar o hacer la guerra con las entidades espirituales que habitan ese otro lado y tienen incidencia directa en este.

Aunque hablemos de la ayahuasca en singular, la bebida se elabora de distintas maneras, y sus usos no son iguales en todos lados. De hecho, actualmente en los países de la cuenca amazónica, más allá de la diversidad de pueblos que emplean la ayahuasca de forma tradicional, coexisten distintas modalidades o tradiciones del uso ritual del mismo que se han irradiado hacia otras partes del mundo.

La ayahuasca en un mundo globalizado

Recibí hace poco una invitación para participar en el Foro Mundial de la Ayahuasca que se llevará a cabo en Cataluña en septiembre de 2026. Para quienes no están familiarizados, se trata del encuentro internacional más representativo del mundo sobre el uso del yagé. La bebida amazónica que muchos han catalogado de «droga alucinógena», que en Colombia toman los taitas en Putumayo Caquetá y que hasta hace poco era vista con desconfianza, pero sobre todo con terror por la gente en las ciudades, es actualmente un referente mundial de lo que se consideran las nuevas alternativas terapéuticas del *boom* psicodélico. Este tipo de encuentros internacionales reúnen cientos de seguidores de los psicoactivos, personas urbanas y de clase media del norte que reivindican el consumo de psicotrópicos, experimentan con sensibilidades y estados de conciencia diversos, adelantan investigaciones en campos de conocimiento múltiples, y enfrentan el prohibicionismo desde distintas narrativas: científicas, terapéuticas, artísticas, religiosas y espirituales. Pero ¿cómo es que llegó el yagé allí?

La ayahuasca empezó a ser reconocida internacionalmente hace solo un par de décadas gracias a la internacionalización de formas de consumo ritual ligadas a las iglesias ayahuasqueras brasileñas: el Santo Daime, la UDV y la Barquinha, cuya expansión por Brasil y hacia otros países del mundo ha cobrado fuerza en los últimos cuarenta años. Resultado de procesos de mestizaje de largo aliento entre tradiciones indígenas amazónicas y caboclas, con influencias del catolicismo y de religiones de ascendencia africana, se

trata de iglesias que adoptaron el uso de ayahuasca en sus ceremonias desde inicios del siglo xx. Actualmente el Santo Daime —la más reconocida— y sus disidencias están en varios países alrededor del mundo, y son una modalidad religiosa de consumo con una gran capacidad de difusión y convocatoria.

Así mismo, otras formas de consumo ritual como las tomas de yagé que conocemos en Colombia se abrieron paso en países de Europa y Norteamérica desde los años noventa, al tiempo que, en sentido inverso, aparecieron las rutas del turismo «chamánico» que traen consumidores entusiastas del norte hacia las selva amazónica de Perú y Ecuador en busca de experiencias con ayahuasca. Fue así que crecieron ciudades como Iquitos en plena selva peruana, donde el curanderismo vegetalista local fue dando lugar en pocos años a una oferta de cientos de *spas* para turistas que promocionan estancias para dietar —así se le conoce al consumo de la planta bajo supervisión— ayahuasca y otras plantas maestras «en su contexto original». Una investigación de mi colega Carlos Suárez, que recomiendo vivamente (*Ayahuasca, Iquitos y monstruo vorax*) ilustra magistralmente lo que sucede en Iquitos, donde la altísima demanda de lianas de yagé y de hojas de chacruna para el público internacional ha desaparecido las silvestres de los alrededores, obligando a los recolectores a cosechar lianas más jóvenes y menos potentes, y a adentrarse cada vez más lejos en la selva. El hecho ha motivado el cultivo de plantaciones en plena selva, como aquellas que ya existen en Hawái y sostienen la creciente demanda de ayahuasca en Estados Unidos. Así mismo, Suárez muestra cómo en las selvas peruanas se está produciendo ayahuasca en gel para facilitar la exportación de la bebida preparada.

Aunque en Colombia las complejas condiciones de acceso y orden público de la Amazonía han dificultado el desarrollo del turismo ayahuasquero, ciudades como Leticia y Mocoa cuentan ya con una oferta incipiente. Pero sin duda las tomas de yagé dirigidas por algún taita o aprendiz son más comunes en lugares como el Eje Cafetero, Bogotá, Medellín, Pasto, San Agustín, o el valle de Sibundoy. Esta práctica se expandió por el país desde los años ochenta y proviene de la tradición yagecera de Putumayo y Caquetá, propia de la gente de lengua tucano occidental como los coreguajes, los sionas y los cofanes, y también de los pueblos ubicados en el piedemonte y el Alto Putumayo como los inganos y los kamëntšás. Centrada en la idea del yagé remedio, esta tradición ha involucrado poblaciones no indígenas desde hace tiempo, y es tal vez la más conocida en el país gracias a los circuitos de curanderos populares itinerantes y sus redes de intercambio entre las tierras bajas amazónicas y altas andinas, quienes llevaron el yagé a las ciudades. Así mismo varios yageceros comenzaron a ofrecer tomas urbanas por invitación de estudiantes, intelectuales y artistas de clase media. Poco a poco, el

remedio llegó a las ciudad y se quedó en las malocas urbanas que hacen ceremonias con reconocidos taitas y también con nuevos iniciados.

En contraste con este fenómeno, al oriente del país hay aún tradiciones yageceras mucho menos conocidas y menos abiertas al mundo no indígena como la de los pueblos de lengua tucano oriental de Vaupés (que se emparentan con los de Brasil), para quienes el yagé es un principio ordenador del mundo. Otras, como la de los sikuanis que consideran el yopo y el caapi como las plantas maestras, apenas sobreviven en medio del despojo y el desplazamiento, la violencia armada y la arremetida del capitalismo verde.

Los desafíos de una planta y sus legados

En Colombia, donde consideramos el yagé como algo indudablemente ligado al mundo indígena, y desconocemos buena parte de su historia y de sus usos, la pregunta por el futuro de esta poderosa planta psicoactiva que crece en la selva debería interpelarnos de formas más directas. Dicen sabiamente los taitas que, como toda forma de poder, el yagé tiene la capacidad de hacer el bien y de hacer el mal.

Junto con su internacionalización hay una próspera economía política alrededor de la ayahuasca. Nuevos usuarios, nuevos especialistas, nuevas formas de consumo, mercados turísticos, terapéuticos, artísticos y espirituales emergentes. Poblaciones amazónicas, tradiciones indígenas, iglesias ayahuasqueras, plantaciones en medio de la selva, *spas*, exportación de yagé en gel. Organizaciones no gubernamentales (ICEERS, Chacruna Institute, MAPS, entre otras), investigaciones científicas, estrategias de divulgación masiva, encuentros internacionales (World Ayahuasca Forum), litigio estratégico (Ayahuasca Defense Found, por ejemplo), iniciativas de justicia psicodélica (*Psychedelics Justice*), y múltiples propuestas de reforma a la política de drogas, etc. A lo que se ha sumado, no sin polémica, intentos de patentar la bebida, como la de Ayahuasca Internacional (Inner Mastery), denuncias de «apropiación cultural», e iniciativas de economía

La concepción dual del mundo, que además se extiende a las concepciones sobre la salud y la enfermedad, es uno de los principios de las cosmovisiones chamánicas de la Amazonía, y la razón por la cual un curaca o payé solo llega a ser tal cuando aprende de las plantas maestras la forma de curar o equilibrar las fuerzas mediante el arte de seducir, negociar o hacer la guerra con las entidades espirituales que habitan ese otro lado y tienen incidencia directa en este.

solidaria, a la par con la criminalización del ayahuasca en países como Francia, Italia, Alemania, Reino Unido y Australia.

En la actualidad, la globalización de la ayahuasca ha abierto un sinnúmero de campos de interés que plantea retos y cuestionamientos clave sobre su producción, su significado y sus potencialidades. Uno de ellos tiene que ver con las síntesis. La internacionalización ha puesto el foco en la DMT (N,N-dimetiltriptamina), el componente activo al que se le asigna el efecto visionario y que está en la lista número uno de sustancias controladas por el Convenio sobre Sustancias Psicotrópicas de las Naciones Unidas a través de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupefacientes.

La ayahuasca es una combinación magistral de plantas que contiene varios compuestos, pero el afán por controlar el efecto ha convertido a la DMT en la molécula de referencia. El uso de análogos de la ayahuasca —así se conocen las combinaciones de plantas con una composición química similar— también ha contribuido a posicionar la DMT, y la simplificación que recae en el componente activo al que se le asigna el efecto visionario, justifica también la posibilidad de ampliar la experimentación farmacológica. Algo similar ha sucedido recientemente con los hongos psicobios. La fascinación por la psilocibina ha desplazado a los mismos hongos. Hoy miles de personas consumen a diario microdosis de psilocibina sin tener idea de dónde salió ese saber, gracias al *boom* mediático y comercial producido por el interés corporativo detrás de ese compuesto.

En el caso del yagé, sin embargo, la fijación con la DMT afronta una paradoja interesante. El componente estrella se encuentra en las plantas complementarias (chagropanga, chacruna) y no en la liana de *Banisteriopsis*, que según el mundo amazónico es la base de la ayahuasca. Los experimentos científicos demuestran resultados fascinantes para el tratamiento de afecciones complejas, y también es cierto que el mercado ha logrado capturar estas sustancias y convertirlas en una nueva fuente de experimentación farmacológica y comercial. En todo caso sé que es una muy mala idea comparar o confundir el efecto de la ayahuasca con el de psicotrópicos recreativos como el MDMA, el LSD, la marihuana, la cocaína, el *speed* o el

alcohol. Sin embargo, solemos comparar desde lo que conocemos. Este *boom* psicoactivo evidencia una dificultad manifiesta para diferenciar una cosa de la otra. La globalización de la ayahuasca también la ha hecho objeto del deseo de captura hegemónico en Occidente. Deseo que pasa por nombrar, simplificar y estandarizar, y facilitar la mercantilización de todo, y la promoción masificada del consumo (de DMT o de ayahuasca en gel) en nombre del bienestar y la felicidad instantánea, sin pago ni sacrificio.

El yagé tiene otro tipo de profundidad. Por eso le han llamado enteógeno, que quiere decir ‘dios dentro’. Para muchos de quienes lo hemos tomado, la experiencia con la planta sobrepasa la descripción del efecto químico o la reacción física en sí misma, e involucra la densidad de sentidos inscritos en el momento y el lugar en el que uno toma, la intención con que lo hace, el ritual colectivo que implica, la interacción con el taita y los demás participantes, y por supuesto la experiencia enteogénica, que no siempre se alcanza y que es imposible de describir, de hacer parte del absoluto, o dios, o de tener la experiencia de dios adentro. La búsqueda de sentido es algo que nos constituye como humanos. Por eso en la historia los enteógenos siempre han existido. Aunque vivamos una época en la que dedicarse a pensar está en desuso y resulta incluso subversivo, el hacerse preguntas, interrogar los límites, el deseo de conocer, de entender qué hay más allá, y la necesidad de trascender lo inmanente, siguen siendo cuestiones presentes en todo tiempo y lugar. Tener la certeza de que hay más cosas de las que entendemos, la experiencia de lo inefable y real que ocurre en cada quien, del espacio entre las palabras, la observación de la vida fluyendo a través de cada persona, lleva a algunos a convertirse en buscadores permanentes. Y en esa ruta, están estas plantas (que no solo son sustancias) que permiten una ampliación de la conciencia y una experiencia de existencia expandida. Compartir una noche de yagé puede ser un encuentro con otros en el sentido humano del cuerpo a cuerpo, de lo impuro, contaminado y escatológico de nuestra propia materia. Pero su mayor poder tal vez sea el de ponernos frente a la inexorable realidad de la muerte. El terror de sentir su presencia. El yagé tiene una propiedad dialéctica que a veces comparte de manera amable y otras no tan amable. Morirse es quizá la mejor manera de darle sentido a la vida.

He oído a grandes curacas insistir en la capacidad de la ayahuasca de enseñar, y la necesidad de aprender a escucharla. Es ella quien orienta el manejo de todas las otras plantas, y por eso los yageceros auténticos son botánicos expertos en un sinnúmero de especies de tierras frías o calientes, y conocedores profundos de los ecosistemas donde habitan. Saber de yagé es conocer el universo de las plantas. Nuestro legado enraizado en estas tierras está lejos de la obsesión por la molécula, el énfasis desmedido

En la actualidad, la globalización de la ayahuasca ha abierto un sinnúmero de campos de interés que plantea retos y cuestionamientos clave sobre su producción, su significado y sus potencialidades. Uno de ellos tiene que ver con las síntesis. La internacionalización ha puesto el foco en la DMT.

en el lenguaje psicoterapéutico y la fijación individual que se le imprime al uso de la ayahuasca en el norte. Su saber está arraigado en los recorridos de una selva megadiversa, en el piedemonte andino, en las tierras altas y en los páramos, donde crecen todo tipo de plantas de conocimiento, capaces de mostrarnos la materialidad del mundo desde otras aristas y dimensiones. Y por supuesto está en las lianas y en los curacas y sabedores que se cultivan a través de ellas, y en las personas que los consultan y toman yagé para purgarse y «ver». Nada de eso resuena en la celebración del actual *boom* psicodélico.

Siempre he evitado promocionar el yagé. No basta tomar una o mil veces. Nunca una toma es igual a otra, y siempre he desconfiado de la retórica *nueva era* que insiste en que para cambiar el mundo solo basta cambiarse a sí mismo. Mi preocupación tiene que ver con un asunto de época y de oportunidad, pues nos enfrentamos cotidianamente a la dificultad de saber discernir entre un consumo de moda, una búsqueda autoimpuesta por un rótulo publicitario de bienestar *fast track*, y lo que implica el auténtico deseo de trascender las propias circunstancias y el riesgo de incurrir en la incertidumbre —o en la ilegalidad—. La incomodidad se enuncia y rara vez se aplica. Estamos en tiempos de reafirmación de certezas pequeñas y lugares seguros. Nada menos predictivo que los estados modificados de la conciencia; nada menos lugar seguro que tomar yagé.

Nunca una toma es igual a otra, y siempre he desconfiado de la retórica *nueva era* que insiste en que para cambiar el mundo solo basta cambiarse a sí mismo. Mi preocupación tiene que ver con un asunto de época y de oportunidad, pues nos enfrentamos cotidianamente a la dificultad de saber discernir entre un consumo de moda, una búsqueda autoimpuesta por un rótulo publicitario de bienestar *fast track*, y lo que implica el auténtico deseo de trascender las propias circunstancias y el riesgo de incurrir en la incertidumbre —o en la ilegalidad—.

p. 80 *Koka pintada* (Puno, Perú, 2022). Foto de Jorge Panchoaga. En Puno, a orillas del Lago Titica, a 3827 m. s. n. m., el uso de la hoja de coca es cotidiano. Su empleo abarca desde trabajos agrícolas y medicinales, hasta la lectura del futuro por parte de los Paqos. La palabra Kuka, como originalmente se le conoció a la planta de la coca en Quechua, aparece escrita a mano y con un cambio de vocal sobre una botella pintada de Coca-Cola. La coca de Trujillo (*Erythroxylum novogranatense* var. *Truxillense*) que se cultiva en algunos valles áridos del noreste del Perú para consumo tradicional, es, a su vez, usada para dar sabor a la bebida estadounidense.

Bendito café, santo cacao

En Nariño, los campesinos que un día sembraron coca hoy cultivan café y cacao mientras los Diálogos Regionales de Paz empiezan a transformar la economía y el alma del sur colombiano. Así se abren hacia un proyecto de futuro sin miedo ni violencia.

Ruth Vallejo tenía catorce años cuando sembró su primera mata de coca. Era 1998 y sus ojos ya habían atestiguado desde tiempo atrás que quienes se metían en «eso» comenzaban a comprar terrenos, casas, otra ropa y a tener dinero. La ilusión de una vida mejor fue su motivación principal para sembrar.

Nació, creció, se educó como pudo y comenzó a construir una familia en la vereda El Maizal, del municipio de Samaniego, en el departamento de Nariño, sur de Colombia. En 2008, diez años después de su primera siembra de coca, fue desplazada tras duros enfrentamientos entre las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Su hijo tenía cuatro años; ella y su esposo, veinticuatro.

Según la Comisión de la Verdad, 2008 es un año clave para entender cómo el cultivo de coca, su expansión y transformación en insumos para la producción de cocaína contribuyeron a la aceleración del conflicto armado en Samaniego. La Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés) muestra que mientras en 2007 había veinticuatro hectáreas sembradas en total, al año siguiente había ciento veinte. En 2011, en Samaniego había más de quinientas hectáreas de coca.

Todo se multiplicó. El Registro Único de Víctimas (RUV) reporta que el número de homicidios pasó de 1.007 en 2007 a 3.999 en 2008. Luego de la Ley de Justicia y Paz y la desarticulación de las Autodefensas Unidas de Colombia, grupos residuales como los Rastrojos o las Águilas Negras se rearmaron para continuar su confrontación contra las guerrillas.

Ruth quería que su hijo se educara, pero vivían lejos de la escuela y la tierra estaba minada, sembrada de coca y de artefactos de guerra. La presión de los actores armados llevó a su familia hasta el casco urbano de Samaniego buscando otras oportunidades. Quiere olvidar ese capítulo de su historia, pero resulta

difícil deshacerse de los impactos de una guerra que se metió por todos lados, hasta por las raíces de lo que sembraba en el campo.

Una mina antipersonal le arrebató la vida a su hermano. A algunos familiares los metieron a la cárcel por narcotráfico. Después del desplazamiento volvió a sembrar coca en la finca que compró con algunos recursos que le dejó el «ilícito». Pero una noche, después de la cena, se sentó con su esposo y sus hijos para tomar una decisión.

La estigmatización, esa tensión constante de sentirse perseguida y señalada, se sumó al miedo. Su determinación no tenía vuelta atrás. «Nosotros, los que cultivamos en ese tiempo, teníamos que vivir como delincuentes. Pero no éramos delincuentes, éramos unas personas que queríamos seguir adelante. Éramos nosotros y nuestra ignorancia».

Era esta pesadilla permanente, tenían que pagar retenes para llevar alimento desde el pueblo hasta la finca. Era eso o salir a medianoche, a escondidas. El gran susto lo vivieron cuando cayeron en un retén del Ejército. A su esposo lo llevaron hasta un trapiche. A ella, para otro lado. Desde lejos, Ruth escuchaba llorar a su hijo de tres años, que se quedó con los militares. Como solo llevaban fertilizantes —«la química», dice Ruth— no hubo problema, pero la sola idea de quedarse sin su hijo los aterrorizó. Sin pertenecer a ningún programa gubernamental, sin tener un panorama claro, sin saber qué iba a suceder después, renunciaron a la coca de manera voluntaria y arrancaron lo sembrado.

Y lo que fue, fue la coca

Segundo Sevillano nació en la zona rural de Tumaco, en el Alto Mira, Nariño. Es un hombre serio de cincuenta años que habla sin tropezar. Recuerda sus primeros años en las playas del río Mira: «Yo empecé a caminar sin miedo, sin problemas. Allá llegábamos en volquetas, en moto, caminando. Todo eso siempre ha sido bello. Fue la violencia ajena la que trajo el miedo. Eso se volvió un flagelo porque es una cosa que no es nuestra, es una cosa adaptada, adoptada. Más bien eso es de otros territorios del país».

Con tristeza, casi con rabia, Segundo recuerda que durante mucho tiempo el río Mira estuvo bañado de petróleo por un bombazo. «Entonces la gente que vivía al lado del Mira, que se iba a pescar, que cogía su alimento de ahí, lo perdió todo. El río Caunapí, que es el otro río que recorre todo el municipio, también fue afectado por los derrames de crudo. La gente que vivía en la zona ribereña, que tenía su cultivo, que vivía y bebía del río, ya no lo podía hacer».

Hace veinte años el cacao era muy mal pago, dice Segundo: el kilo en finca estaba a seis mil o siete mil pesos, muy poquito para una familia. Luego llegó la palma, pero fue un aliciente temporal. Cerca de dos mil familias tumaqueñas se dedicaron a su cultivo en

calidad de pequeños productores y pudieron resolver algunas condiciones de seguridad alimentaria y social, dado que no tenían necesidad de mezclar sus cultivos con otras semillas. Segundo se lleva las manos a la cabeza y hace un gesto de terror cuando recuerda la «pudrición del cogollo», enfermedad que se propagó con rapidez entre 2007 y 2008. La gran mayoría del cultivo de palma murió y generó quiebras inmensas en los monocultivos. «Cuando se muere la palma quedamos con una mano atrás y otra adelante, otra vez». La tierra de Segundo, la margen izquierda del río Mira, fue la más afectada.

Así comenzó otro tipo de desplazamiento. Ante la fuerza del hambre y el espíritu de supervivencia, la coca empezó a resolverle la vida a muchos tumaqueños. «La mata que mata», como dicen en los comerciales», susurra Segundo. La coca rodeó al territorio y detrás de ella llegaron los grupos armados. Tanto se expandió la coca que, según el Observatorio de Drogas de Colombia, en Nariño había 30.751 hectáreas de coca sembradas en 2020 y para 2023 ya eran 64.989. De ese total, más de 30.000 se encontraban en Tumaco.

Era 1999 cuando la coca llegó a Roberto Payán, uno de los enclaves más fuertes del conflicto territorial en el Pacífico nariñense, que en 2021 superó la siembra de nueve mil hectáreas de coca. De allá es originario Ángel Castillo Prado, un líder comunitario de cuarenta y cinco años que desde niño se ha dedicado a la agricultura para el autoconsumo y a la comercialización de productos del campo, a pequeña escala, con alimentos como la caña, el cacao y el plátano.

Ángel tenía veintiséis años de edad cuando llegaron las primeras semillas de coca. Sus vecinos dejaron de andar en canaleta, a remo, y empezaron a comprar motores, canoítas más grandes, para viajar a los otros mercados de los pueblos vecinos. «Los de antes eran viajes de hasta dos días a remo para llegar de la vereda al casco urbano del pueblo», recuerda. «Todo el mundo decidió cultivar la coca porque no había más oportunidades para salir de las condiciones habituales de vida que tenía la gente en Roberto Payán».

Pero la rentabilidad de esas épocas que dibujaron fantasías en torno a los cultivos de uso ilícito ya no es la misma. Lo que ahora deja el cultivo de la hoja de

El Registro Único de Víctimas (RUV) reporta que el número de homicidios pasó de 1.007 en 2007 a 3.999 en 2008. Luego de la Ley de Justicia y Paz y la desarticulación de las Autodefensas Unidas de Colombia, grupos residuales como los Rastrojos o las Águilas Negras se rearmaron para continuar su confrontación contra las guerrillas.





coca son compromisos, porque la base está barata y el combustible y los insumos están caros. Se pierde la plata por dos, tres meses y los campesinos quedan a la deriva si no tiene otro ingreso. Los desplazamientos, las amenazas y las muertes han generado una conciencia diferente y la búsqueda de otras opciones laborales.

El DNI de la paz: un método para la paz territorial en Nariño

Durante este siglo, Nariño ha vivido las consecuencias de un conflicto armado alimentado por la codicia y el deseo de control territorial de unos grupos armados nutridos por las economías ilícitas propias del narcotráfico, la minería ilegal, el contrabando por la frontera y la trata de personas. El panorama no podía ser menos alentador.

Según el Ministerio de Defensa, para 2019 Nariño presentaba una tasa de 35,05 homicidios por cada cien mil habitantes, diez más que la tasa nacional; en Tumaco, la tasa era de 84,85; allí hubo 216 homicidios ese año. Para 2023, en Nariño había 16 estructuras armadas de 5 grupos organizados: un territorio inviable en materia humanitaria según el informe de derechos humanos de la onu. Ese año hubo 21 casos de homicidios de defensores de derechos humanos según los Comités de Justicia Transicional. 42 civiles fueron víctimas de las minas antipersonales y 2 firmantes de paz fueron asesinados. Según la Unidad para las Víctimas, Nariño tiene 619.417 personas afectadas por el conflicto armado. Entre 1985 y enero de 2024, 563.550 personas fueron desplazadas de sus territorios, especialmente aquellos ubicados en la costa pacífica como Tumaco, Roberto Payán, Olaya Herrera, Barbacoas o Pizarro.

Esta crisis humanitaria fue el punto de partida para el planteamiento de un modelo de paz. Durante la cumbre cocalera del 13 de mayo de 2023, celebrada en el municipio de Olaya Herrera, Nariño, el presidente Gustavo Petro sugirió que la construcción de la Paz Total debía comenzar con procesos territoriales. Entonces propuso a Nariño como el punto de partida para los Diálogos Regionales de Paz. «Si la guerra es territorial, así mismo la paz debe ser territorial», dice Luis Alfonso Escobar Jaramillo, gobernador de Nariño.

Desde el sur de Colombia se propuso la fórmula del DNI para la paz como estructura metodológica para transitar hacia la transformación territorial: Diálogo+Negociación+Implementación. El 19 de junio de 2024 iniciaron los diálogos con la Coordinadora Nacional Ejército Bolivariano (CNEB), más conocida como Segunda Marquetalia, disidencia de las extintas FARC. El 3 de agosto se suscribió el documento formal con el Frente Comuneros del Sur, un grupo que se desvinculó del ELN y tiene más de treinta años de presencia en Nariño.

Uno de los principales desafíos en estas negociaciones se ha encontrado en la lucha frontal contra la minería ilegal y las economías que impactan negativamente los ecosistemas estratégicos y la sostenibilidad ambiental del departamento. Es decir, en la sustitución de cultivos ilícitos.

Bendito café, santo cacao

Ruth Vallejo tiene la piel quemada, los ojos brillantes, la sonrisa blanca y voz de mujer rural. No le debe nada a nadie. Ahora no tiene que pagar peajes, ni retenes, ni cuotas. Aún vive con su familia en la zona rural de Samaniego, en El Carrizal. Ya son cuatro. Su hija menor tiene catorce años y el mayor es todo un deportista. Luego de que con sus propias manos arrancó de la tierra la coca con todo y raíces, se dedicó de tiempo completo a aprender todo lo que ha podido sobre el café.

«En mi caso, fue aprender todo, desde el principio. Mi esposo había sido cafetero, antes, de joven, pero al empezar vendimos el primer kilo de café a quinientos pesos». Levanta la cara. Sonríe. Terminó el bachillerato acelerado, hizo un técnico agropecuario, una técnica en producción orgánica y actualmente realiza un curso de auxiliar en producción de café. Sueña con llegar a estudiar Ingeniería Agropecuaria. «Ahora puedo decir que en nuestras vidas eliminamos los cultivos de uso ilícito y nos dedicamos al café con un orgullo y una tranquilidad que, yo le digo, no fue fácil, porque no tuvimos apoyo. En ese tiempo tuvimos que dejarlo todo, todito todo, abajo en nuestra finca antigua, dejar abandonadas todas nuestras cosas y venir a hacer vida nueva en otra parte. Logramos comprar la finquita, sacar un crédito para trabajar y así ha sido nuestro nuevo inicio».

Ruth llegó a la edición 2025 de la Mejor Taza, un evento desarrollado en Pasto, capital de Nariño. Trajo su marca Aroma de Familia, en la que sintetiza el amor, la pasión y el cariño que siente por el café, su salvavidas. En una feria previa, en Samaniego, su café logró la más alta calificación, reconocimiento que le otorgó el cupo para llegar a Pasto y exponer su producción. El café que trajo alcanzó a entrar en una rueda de negocios donde vendió su lote a un precio mejor que la primera vez: catorce dólares el kilo.

Actualmente Ruth lidera una cooperativa cafetera conformada por ciento noventa mujeres de Samaniego, Providencia y Guachavés, tres de los

diez municipios donde tiene injerencia la Mesa de Cocreación de Paz que adelanta el Gobierno nacional con el Frente Comuneros del Sur, la misma zona que antes fue de muerte y terror y que entre 2024 y 2025 ha sentido la materialización de los Diálogos Regionales de Paz.

«Mire que recientemente fui al Festival de la Chonta, que se realizó en el resguardo de Betania, y me vine demasiado contenta de ver esas vías. Antes como eran... Ahora están muy agradecidos. Yo no vivo allá, pero me vine satisfecha de ver ese avance que tienen y eso se ha logrado gracias a los diálogos. Eso hace más para que la gente también piense en otros cultivos», cuenta Ruth. Está convenciendo a sus hermanos para meterse en el cacao.

Por su parte, Segundo Sevillano solo necesitó paciencia, fe y acompañamiento técnico. En la edición 2025 de la Mejor Taza, el cacao fue el producto invitado de honor, porque justamente se convirtió en la mejor opción para la sustitución de cultivos de uso ilícito en la zona del Pacífico nariñense, donde la tierra es húmeda y adecuada para la producción del que ha sido definido como uno de los mejores cacaos del mundo.

Su producto PazSabor llegó como una de las mejores producciones de cacao transformado en chocolates de diverso porcentaje de dulzor. Los campesinos, comenta Segundo, están aprendiendo a apreciar el sabor del chocolate proveniente de un cacao que nace entre frutales, en medio del plátano, del coco y otros productos de las fincas campesinas tumaqueñas que, cada vez más, le dicen no a la coca.

Por eso Tumaco fue el escenario elegido para que el 6 de octubre de 2025 se firmara el Pacto Nariño, un compromiso que consolida la concurrencia de recursos que a manera de un Contrato Plan pone sobre la mesa 12.2 billones de pesos para la ejecución de proyectos estratégicos que resulten en la transformación territorial del departamento.

En medio de la firma del Pacto, Gloria Miranda, directora de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito, recalcó: «La paz de Nariño está avanzando y la muestra es que se ha decidido la sustitución de treinta mil hectáreas de cultivos de uso ilícito; quince mil de esas hectáreas están en Nariño, diez mil este año para Tumaco y Roberto Payán, y cinco mil para la región de Abades». Son los territorios de Segundo, Ángel y Ruth. Podrán continuar su proceso de transición a la legalidad productiva con el respaldo gubernamental de cuatrocientos mil millones de pesos para pensar las drogas desde la salud pública y no la represión ni el señalamiento temerario de otros programas como la erradicación forzosa o la fumigación.

Esta política de Sustitución de Cultivos se ha reestructurado bajo el nombre de RenHacemos, y entre sus componentes se destaca la inversión en proyectos productivos como el cacao, la dotación de

Uno de los principales desafíos en estas negociaciones se ha encontrado en la lucha frontal contra la minería ilegal y las economías que impactan negativamente los ecosistemas estratégicos y la sostenibilidad ambiental del departamento. Es decir, en la sustitución de cultivos ilícitos.

infraestructura agroindustrial que incluye la construcción de una planta transformadora de cacao, y la comercialización de productos a precios justos, con un acuerdo presidencial que garantiza la compra del cacao al 80 % del valor internacional. De esta manera se materializan los acuerdos establecidos en los Diálogos Regionales de Paz, en los que tanto Comuneros del Sur como la Coordinadora Nacional Ejército Bolivariano se han comprometido a garantizar las condiciones, junto con el Gobierno nacional, para lograr metas escalonadas de sustitución en lo que falta de 2025 y en 2026.

En Roberto Payán se respira otro aire. «A través de los Diálogos Regionales se ha visto una voluntad inmensa de parte de los grupos armados. Se ha mirado ese goce de esos derechos para la población civil. Ya la gente se mueve libremente a cualquier hora, no hay restricciones de nada. Hay esa voluntad de querer que los pueblos salgan adelante», expresa Ángel Castillo, quien ya está en el censo del programa RenHacemos. Las esperanzas son inmensas frente al futuro de una economía estable y legal. La apuesta ahora está en el cacao, el ají, el plátano, entre otros productos que no limiten al campesino a las estructuras tradicionales de los monocultivos.

Ángel solo pide garantías. «La gente va a ir arrancando y va dejando atrás el cultivo ilegal si mira que la alternativa que llegue va a ser mejor». Por eso el proceso será transitorio. Si llegan los kits, si llegan las ayudas, si el polígono es organizado, entonces la comunidad responderá en la medida en que el gobierno cumpla con lo prometido.

La mirada de Ángel también está en el largo plazo. Ya comenzó a sembrar cacao y espera que

mientras llega a la producción de alto volumen, también se logre la adquisición de las maquinarias complementarias para la transformación de los productos que hacen parte de la sustitución. Esto ya empezó a suceder con la planta procesadora de harina de plátano de Roberto Payán que será insumo clave para el ICBF, que requiere este producto para fortalecer la alimentación que provee a los centros de atención para niños y niñas en Nariño.

En 2024, en Tumaco se registraron 58 homicidios y se calcula que finalizará el año sobre los 14,16 por cien mil habitantes, 12 puntos por debajo de la media nacional. Mientras se reducen las muertes, se multiplica el turismo. Los desplazamientos en las zonas de injerencia de Comuneros del Sur se redujeron en un 100 %, al igual que el confinamiento.

Las cifras indican que en Nariño los Diálogos Regionales de Paz son el botón de mostrar por la causa de la Paz Total del Gobierno nacional. Los acuerdos se cumplen a ritmos y tiempos propios, con acciones tangibles como la implosión de más de catorce toneladas de material de guerra por parte de la CNEB. La sustitución cuenta con recursos, programas, voluntades y una fuerza campesina dispuesta a dar el salto con garantías.

Para personas como Ruth, Segundo, Ángel y muchísimos más campesinos y campesinas nariñenses, el café y el cacao se han convertido en las alternativas tangibles para la transición de las economías ilegalizadas en medio de los diálogos, las negociaciones y la implementación para la transformación territorial de un Nariño en paz. Bendito café, santo cacao.

p. 88 *Isla de fantasía*, de Diana Granados (2024). Óleo sobre lienzo. De apariencia inocente y primitivista, esta pintura engaña al espectador que no se detiene ante el detalle. El espíritu mágico de *Brugmansia arborea*, más conocida como borrachero, floripondio o trompeta de Ángel recorre los rincones de una isla fluvial, de la que parece ser dueño, imponiendo visiones extáticas y terroríficas. Declarada extinta en estado silvestre, esta especie sigue alimentando la imaginación de las veredas y los caminos de Colombia, donde se la emplea como protección al sembrarla en la entrada de las casas, o como último recurso terapéutico debido a la alta toxicidad de uno de los alcaloides que la componen: la escopolamina. Registro fotográfico de Andrés Brand, Casa Hoffmann.

p. 92 *Cubil*, 2017, del Colectivo Paramédicos, presenta una urna transparente giratoria en cuyo interior se condensa el humo. En la sala oscura se escuchan voces que ríen y tosen, tal vez debido a los efectos del cannabis. Al igual que en un Temezcal, en cuyo interior los visitantes se purifican gracias al calor y al vapor extremo, en *Cubil*, los efluvios cannábicos reconcentrados quieren exorcizar las mentes de los visitantes.



SUEÑO

130/A KUROSAWA

Las imágenes en blanco y negro muestran un cielo encapotado, luego a Pinochet avanzando con su séquito en medio de pobladoras que lo avivan, y abajo, los charcos de agua y barro que se alargan reflejando las arrasadas casuchas. Los temporales del 74 han sido especialmente crudos y miro la televisión entre la somnolencia. Hace meses que me levanto apenas unas horas. Oigo el golpeteo de la lluvia en la ventana e intento volver a dormirme. He logrado conseguir una buena dosis de pastillas, unos Valium que me tomo apenas despierto para seguir durmiendo. No siempre da resultados y entonces me quedo horas inmóvil, temblando, hasta que de nuevo vuelvo a sumirme en un sopor pastoso y sin sueños. Mi madre trabaja como secretaria y sale temprano. Entra a mi cuarto y me deja un café que es lo primero que veo cuando abro los ojos. Es un departamento dúplex y las piezas que sobran se las arrienda a estudiantes. Cuando logro despertar registro sus piezas por si encuentro dinero para comprar más pastillas. Salgo. Camino a trastabillones entre las pozas de agua y el reflejo de las casas de cartón y plástico se triza bajo mis zapatos. Las nubes han comenzado a despejarse y al fondo se ve la cordillera completamente nevada. Un rostro luminoso, muy blanco, me contempla mientras caigo como si aún fuera posible el amor.

Talkin' 'Bout Ma Ma Ma Ma Fuckin' Stone Generation

La culpa fue del Bee Gee.

Pa empezar, nos hizo salir tarde. Y de ahí pa'l real todo fue cuesta culera.

Me había prometido a mí mismo, y era un compromiso inamovible, que jamás volvería a viajar con el Verija y la Tóxica. Pero entonces la Licenciada me regaló boletos viaipí para Tool y mi realidad se escaldó como una herida a la que accidentalmente le salpica un chorro de limón.

Mi expectativa era igual a cero. Sin embargo, pasaron algunas cosas dignas de figurar en una novela de Anton Newcombe si Anton hubiera sido novelista. Mientras redacto esto retruena el poderoso aire acondicionado de mi habitación en el hotel Ancira, nada que ver con el cuchitril en el que naufragué anoche después del concierto.

Contaba: partimos con media hora de retraso. De no ser por eso no habríamos chocado y no hubiera pasado nada de lo que sucedió a continuación.

Pero antes, llamada telefónica. La señora Tóxica: yo conozco un Airbnb bien chinguetas y sopota máuser. Y eso fue como dos meses atrás, pero como es un frito y su caída del cabello lo tiene ocupado ciento cincuenta por ciento del tiempo, el puñetas no hizo la reservación.

Corte A: un día antes del cóncer, el Bee Gee separó una habitación en un hotel a pocos metros del estadio de los Sultanes. Pero, oh infatuo Dios, lo hizo para una fecha equivocada. Y cuando llamó para corregir el error, lo batearon y nos quedamos sin covacha dónde depositar el esqueleto. Pero la responsabilidad no fue solo de la Tóxica y del Bee Gee, fue también de Shakira. Que esa misma noche daba concierto y tenía a la ciudad colapsada.

Pero no era lo único contra lo que Tool debía competir. Había otro toquín: Keane (introduzca aquí emoji de vómito). Güey, si volviera a nacer, pediría vivir exactamente lo mismo, le estaba diciendo al Verija cuando trakas, un chingado tráiler nos la arrimó de más y sentí cómo el caucho de la carrocería se estremecía contra la defensa de hierro. Eh buey, calmao, le dije, ¿ni un besito primero? y entonces mi mente viajó de regreso más de tres horas hasta que salimos de Towers y le dije a la Tóxica que le diera el volante al Bee Gee.

No me hizo caso. El Imbecille. Si te encuentras inmerso en un enloquecido viaje en el que las sustancias tomarán el control de la realidad, el Bee Gee es el conductor perfecto. Puede manejar a doscientos kilómetros por hora y jamás ha chocado. Contar con un amigo que

puede desempeñarse como piloto de carreras es una bendición que no debes desaprovechar. Pero en ocasiones como la que nos atañe, la realidad te tiene reservada toda la mala leche de la historia. No importa qué tan preparado estés.

Llegamos a Monterrey a la hora de la comida. Nuestro propósito: una inyección de ácido úrico en el Rey del Cabrito antes de meternos un ácido. El tráfico ya arreciaba. Pero todavía no lo relacionábamos con Shakira. Entonces, al querer incorporarnos a Morones Prieto, sentimos la caricia del tráiler en la polvera trasera izquierda. Y como si el diablo confabulara contra nosotros, a cinco metros había apostada una motocicleta de tránsito que vio el golpe y nos obligó a orillarnos unos metros más adelante.

No existe nada peor que sufrir un accidente de tráfico en una ciudad ajena. Pero si algo es todavía más inconveniente es hacerlo el día en que tienes entradas para un concierto. A los cinco minutos llegó una patrulla de vialidad. La oficial al instante se quedó prendada de la Tóxica. Se ofreció a convencer al chofer del tráiler a que se echara la culpa, a cambio, se sobreentendía, de tener una cita romántica. Pero en cuanto llegaron los agentes de las aseguradoras la trama dio un giro radical. Los peritos determinaron que la culpa había sido de nosotros. Una parte del Jetta había quedado como acordeón y el tráiler no había recibido rasguño alguno.

Después de tres horas, por fin pudimos marcharnos. El daño más grave, además del sufrido por el coche, fue que a la Tóxica le retiraron la licencia y le impusieron una multa. Y encima el seguro no le cubriría la reparación del Jetta. Pero no todo era mala suerte. Al menos no se llevaron el vehículo al corralón, como se sugirió por un momento. Hubiera sido la muerte. Tener que renunciar a la aventura para ir a enfrentarnos a la burocracia que nos habría secuestrado el coche. La oficial ya ni siquiera le pidió su WhatsApp a la Tóxica.

Malhumorados y hambrientos, quizá por eso mismo no pudimos pensar bien nuestro siguiente paso, cambiamos el Rey del Cabrito por unos tacos en San Pedro. Como nadie había desayunado y nos sentíamos desahuciados por no tener nada en el estómago, pedimos una montaña de comida. Y no nos detuvimos hasta terminarla. El reloj avanzaba criminal y se tardaron mucho en traernos la cuenta. Salimos de la taquería y nos dirigimos a nuestro hotel, reservado por el Bee Gee de último momento. El trayecto de veinte minutos se convirtió en hora y media. El efecto Shakira ya había comenzado.

A unos metros de distancia lo divisamos. Bonitto Inn, refulgía un letrero en color verde fosfo. Entramos el Bee Gee y yo a la recepción y apenas percibí el olor le dije larguémonos de aquí, pero de inmediato. En esas, una persona entró a preguntar por una habitación. Resulta que no había. Todo el noreste del país había agotado la oferta hotelera. El Bee Gee entró a su aplicación de hoteles y lo único disponible era una suite de catorce mil pesos en un Fiesta Inn.

No nos quedó de otra que agarrar el cuartucho. Que en realidad se trataba de un contenedor. Todo el hotel había sido levantado de la nada, sus paredes eran de un caucho dos centímetros más grueso que la piel del Jetta. Y para acabarla de inmolar, el aire acondicionado no funcionaba. El baño era una especie de sanirent a la mitad de tamaño y disponíamos de dos camas para los cuatro. El termómetro marcaba treinta dos grados, que, con la humedad típica de la ciudad, hacían que aquello pareciera una mazmorra salida directamente de una novela rusa.

Ya nos quemábamos por escuchar música, así que dejamos nuestro equipaje y procedimos con nuestro ritual: meternos unos cuadros de LSD. Enseguida pedimos un Uber que nos llevara a la explanada

del estadio Mobil. Ya no llegaríamos a ver a The Cult. Pero pese a los contratiempos, todavía alcanzaríamos íntegro el show de Tool.

Si relato lo anterior es solo por la manera en que nos pegó el LSD. Las drogas impactan en lo emocional. Y después de lo agotados que nos encontrábamos, la única manera de resarcirnos a nosotros mismos era con el mejor de los viajes. Pero no sabíamos si en realidad las cosas funcionarían. Varias desventajas. La primera, que con la cantidad de comida ingerida quizá el LSD no nos provocaría el efecto deseado. Me ha ocurrido otras veces. Todo psiconauta experimentado sabe que lo mejor es tener el estómago vacío para potencializar el viaje. Pero no puedes decirte nortño y no darte un atracón de comida en Monterrey, una de las capitales mundiales de los triglicéridos.

La segunda desventaja, y la más flagrante, era que los ácidos los había conseguido la Tóxica. En los últimos meses siempre nos había defraudado. El dealer se lo chamaquea y constantemente le manda drogas patito. En más de tres sesiones de escucha de música nos hemos quedado esperando horas a que el cuadro pegue y no ocurre nada. Mejor me quedo dormido del foquin aburrimiento. Cuando entramos al concierto estaba preparado para cagarme encima de sus drogas piratas, pero me sentí extraño.

Comencé a sentir una maldita distensión en el vientre que luego subió por mi esófago en forma de gastritis. La horrible sensación de tener los tacos atorados en el pecho no me abandonaría durante todo el concierto. Mientras esperaba la salida de Tool, me comenzó a chingar la vejiga. Así que fui al baño. Apenas entré le agradecí telepáticamente a la Licenciada que me hubiera regalado los tickets viaipí porque el wc parecía un palacio en comparación con el sanitario de mi pinchurriento hotel. Hasta un mozo te daba papel para que te secaras las manos.

Mis pasos eran un poco tambaleantes. El ácido hacía su entrada triunfal. Pero no sabría qué tan triunfal hasta más tarde. Ninguno de los cuatro quiso cerveza. Y eso sí era toda una novedad. No chelear en un concierto es imperdonable para nosotros. Pero más inexcusable era la indigestión catedralicia que nos maniataba. Para hacerme güey, me compré un agua mineral con Ocean Spray —yo tanto que me burlo de los abstemios en los conciertos— que me chiquitié todo el concierto y me procuró cierto alivio, pero no el suficiente para calmar totalmente el malestar.

Aprovecharé que el reflujo me estaba matando para contarles cómo conocí a mis acompañantes. Al Bee Gee en la prepa cuando tenía quince años. De hecho, su apodo completo es el Bebé Geriátrico, pero para economizar en términos de lenguaje (y por la limitante de caracteres en este texto) lo contrajimos al Bee Gee. Es un espécimen nortño de uno ochenta de estatura con cuerpo de jugador de fútbol americano. Tiene cuarenta y siete años, los mismos que yo, y, a pesar de que hemos convivido y viajado mucho, jamás había tenido una experiencia lisérgica. Se resistía, pero cuando por fin se decidió, las drogas fakes de la Tóxica lo dejaron tirado. De ahí su apodo de Bebé Geriátrico, porque de los tres era el único que se había mantenido virgen de muchas sustancias. Y ya le faltaban treinta y seis meses para cumplir los cincuenta.

Al Verija y a la Tóxica los conocí al mismo tiempo. Un par de años después de conocer al Bee Gee. Ambos son del 76, dos años mayores que yo. Y desde siempre hemos confluído gracias a la música. Y por supuesto, a las sustancias. Ellos, más otros amigos amantes de los estados alterados de la mente, como Barry, la Wencesloca, el Negro o Lalo Dahmer, forman mi foquin generación drogadicta. Personas con los que en un momento de la existencia me he dedicado a explorar distintas sustancias en todo tipo de circunstancias. Y estarán de acuerdo

en que uno de los lugares ideales para ello son los conciertos. Lo cual también fue determinante para el viaje de esa noche.

Con dos divorcios a cuestas, y con la disposición para enfrentarse a algo desconocido, el Bee Gee estaba dentro del saco. También lo estaba el Verija, con su divorcio a cuestas y dos hijos. La Tóxica carga con su respectivo divorcio y con un hijo. Y yo, con mi récord de un divorcio y una hija que acaba de cumplir la mayoría de edad. Ese viaje en coche, choque incluido, era todo un logro de nuestro espíritu. Porque a pesar de hacernos pasar por adultos responsables, no habíamos renunciado a la búsqueda a través de las sustancias. Además, quien conozca la música de Tool no podrá negar que el maridaje entre ese sonido y el LSD no lo consigue ningún sommelier con vino y carne roja.

Todos habíamos fracasado en el amor. Al Verija su mujer le pidió el divorcio porque montó una tienda de cómics y para ella ese no es un trabajo de verdad. Aunque de ahí saque para el chivo. La Tóxica se tuvo que divorciar porque un día despertó en su cama transformada en el Gregorio Samsa de los swingers. Y su esposa no estaba de acuerdo en incurrir en esas prácticas. El Bee Gee tronó dos veces porque es un wor-kaholic. Y yo no estoy hecho para el matrimonio.

Pero sí para las sustancias.

Lo constaté en cuanto salió Tool al escenario. La estaba pasando fatal por culpa de las dos órdenes de papas bañadas en salsa hot wing que pedí en el restaurante. He estado bajo los efectos del LSD muchas veces en mi vida. Pero jamás lo había combinado con esa cantidad de comida. Debo reconocer que es de las experiencias más potentes que he sentido.

Bendito ácido, no fracasó, respondió como un caballo al que le ordenas brincar los obstáculos en una competencia de salto ecuestre. Con cada canción de Tool, con cada visual que escupían las pantallas nos reventaba más y más. Era la recompensa por soportar toda la mierda previa. Volteé a ver a la Tóxica y vi que disfrutaba con los ojos cerrados. Quizá imaginando una escena swinger. Delante de mí había una chava que no me dejaba concentrar en el espectáculo. Bailaba como si trajera más ácido que nosotros dentro pero solo estaba peda. Se agachaba hasta el piso y movía los brazos como si tuviera seis pares, como si fuera una diosa del hinduismo.

Pero quien de verdad comenzó a arruinarme el concierto fue un chaparrito que no paraba de hablar al lado de la bailarina exótica. Típico cabrón que no quiere estar ahí. Seguro sus amigos lo habían arrastrado a la fuerza y no dejaba a nadie disfrutar del concierto. Entonces el Verija, ya por completo en poder de la espiral del ácido, comenzó a gritar callen a ese pinche enano. Pero el tipo no guardaba silencio. Durante tres rolas, que como muchos fans de Tool sabrán, no son para nada breves, seguimos con esa dinámica. Hasta que agarré al Verija y lo arrastré varios metros a la derecha. Fue de la única forma que conseguí volver a concentrarme y apreciar todo el show hasta el final.

Cuando abandonamos la explanada, salimos con una sensación de triunfo que no consigues ni ganando el MasterChef. Lo que nadie intuía era que el viaje apenas comenzaba. Caminamos entre la masa de gente y fue el turno del Bee Gee de ponerse flamenco. Comenzó a lloriquear que quería tomar un Uber. Pero era imposible. Así que caminamos hacia el metro. Se fue quejando todo el trayecto porque creía que estábamos perdidos. Ignoraba que había que cruzar toda la ciudad universitaria. Cuando por fin divisamos a lo lejos la estación, se calmó y volvió a carcajearse con esa risa maníaca que produce el ácido.

Pero entonces, nadie lo dijo, la pesadilla comenzó otra vez a tomar forma en nuestras conciencias. Las penurias no habían





Esto no es una pipa, 2014, del **Colectivo Paramédicos**, es una serie de seis piezas únicas fabricadas con materiales reciclados y componentes eléctricos. Cada una funciona como dispositivo extractor de THC para consumo medicinal. La puesta en escena propone al espectador una experiencia parecida a la del consumidor en una tienda de tecnología, y cuestiona a la sociedad contemporánea y su percepción estigmatizada del consumo de cannabis. Cada vaporizador incluye un video tutorial que describe su modo de empleo.

terminado. Todavía nos tocaba enfrentarnos al horror de hotel que habíamos reservado. Lo que no impidió que ingresáramos al metro miándonos de la risa mientras todos los usuarios nos observaban como si estuviéramos idiotas. Quiso la Providencia hacernos un paro. El metro, no habíamos tenido tiempo de investigarlo, conectaba con la línea que conducía a nuestro destino.

Cuando bajamos de la estación ni siquiera tuvimos que sacar el GPS porque a unos metros estaba el infernal Bonitto Inn. Oh gracias, dioses del karma. Y justo en la puerta de salida había un minisúper. Y como la indigestión ya había remitido decidimos comprarnos unas cervezas. Seis para los cuatro. Nada más para enjuagarnos el paladar. Y vaya que nos refrescaron. Fue como un despertar. Y nos quedamos picados. Después de las chelas todos caímos en cuenta de que iba a ser imposible dormir en ese cuarto hasta la madre de ácido y sin aire acondicionado y en un espacio que se antojaba demasiado claustrofóbico. Recuerden que al LSD le gustan los espacios abiertos.

Verija y yo salimos por otras cervezas y el minisúper estaba cerrado. Todas las luces estaban encendidas, pero el dependiente se había quedado dormido. Tocamos lo más fuerte que pudimos para despertarlo. Fue inútil. Una persona que pasaba por ahí nos dijo que del otro lado había un Seven. Corrimos alegres hasta él. Entramos y agarramos chelas, pero al llegar a la caja eran las 11.01 de la noche. La venta había terminado un minuto antes. Me hiqué en señal de derrota. La señora que atendía se compadeció y me dijo que podía reimprimir el ticket de la última compra. Un mariachi a nuestro lado fungió de héroe. Se había surtido con dos latones de setecientos mililitros y un par de latas de quinientos. Volvimos al hotel y la birra no nos duró nada. Pero las cosas no podían quedarse así.

Cuando el viaje de ácido es lo suficiente potente, te dota de una energía única. No importaba que hubiéramos viajado tres horas en carretera sin desayunar y que estuviéramos encadenados en un accidente otras tres y que después nos tuviéramos que desplazar tres horas y media a vuelta de rueda: el cansancio no nos hacía mella, por culpa del ácido. La única manera de darle la espalda a nuestra situación era beber hasta que el efecto pasara.

El Verija y yo salimos a buscar cervezas clandestinas. Apenas avanzamos más allá del Seven vimos pasar patrulla tras patrulla. Las sirenas a todo volumen y las torretas encendidas. Pues dónde nos encontramos, me pregunté. Después de bajar las dos calles que nos indicó otro mariachi, que se hicieron siete, nos topamos con una tienda de barrio: El Osito. Una montaña de cascajo como fachada. El rumbo no podía estar más chaka. El viejito que nos atendió nos informó que la sobrepoblación de policía se debía a que nos hallábamos en los rumbos de la penitenciaría. Así que toda la noche trasladaban reos. Por eso el escándalo.

Regresamos al hotel cargados con un doce de cerveza. El viejito solo nos hizo una advertencia. Si los detiene la policía no piten que las compraron aquí. Y si necesitan volver, con confianza, estoy abierto toda la madrugada. De pendejo vuelvo, le contesté. Creyendo que con esa cerveza era suficiente. Atravesamos todas las calles culeados de que nos detuviera la policía, pero la libramos. Fuimos recibidos como héroes por la Tóxica y el Bee Gee y nos instalamos en el estacionamiento del hotel.

Los otros huéspedes eran transportistas. El parking estaba repleto de choferes que dormían a pierna suelta para, a la mañana, continuar su camino. Cada cierto tiempo un coche del año entraba para preguntar si había cuartos. Seguro también damnificados por el

concierto de Shakira. Nadie en su sano juicio se metería con su familia en el Bonitto Inn. Estaban desesperados. No había alojamiento en la ciudad. Y con toda seguridad la suite de catorce mil pesos se habría ocupado hacía horas.

Después de terminar la cerveza regresamos a El Osito. Cargamos y la historia fue la misma. Nos la bebimos toda. Tardamos en decidirnos, pero al final el Verija y yo regresamos por chela una tercera vez. Las patrullas pasaban a nuestro lado. Parecíamos fantasmas. Ni siquiera nos pelaron. Saludamos al viejito con la familiaridad de un cliente de hace muchos años. Nos sentíamos blindados por el LSD.

Antes de salir a la avenida grande donde estaba el hotel, la vi por el rabillo del ojo. Una patrulla se aproximaba hacia nosotros por la derecha. El mundo se me vino encima. Si nunca había cruzado tal cantidad de tacos con ácido, menos lo había hecho con el bote. Ahí sí que creo que estaría potente la experiencia. Caer bajo los efectos del ajo a la cárcel no se me atojaba nada. Y menos en Monterrey. Despacio, sin dejar de caminar, deposité la bolsa con las chelas en una montaña de basura. Me vieron. Estoy seguro. Era imposible que no lo hicieran.

Las luces me bañaron y escuché la voz de un tira. Ey, párate ahí. Me volteé y por fortuna no me echaron las luces a la cara o me habría visto las pupilas dilatadas. Enormes, como de caricatura japonesa. Estaba paralizado. Lo único que alcancé a decir fue: a mí ni me gusta Tool. Qué, respondió el poli. Que yo ni quería venir al concierto. Cuál concierto, dijo medio exasperado. No te hagas güey, te vimos. Así que regrésate por tu basura. Y la próxima vez que te veamos tirándola, te vamos a meter a los separos, pinche cochino.

Recogí la bolsa con las cervezas dentro y el Verija y yo caminamos de regreso al hotel. Había sido el peor de los malviajes que me hubieran metido preso. Para bajarnos el susto nos bebimos las chelas mientras el Bee Gee y la Tóxica se cagaron de la risa. Cabrones, nunca quisieron ellos lanzarse para abastecernos.

A las seis de la mañana por fin me dormí. Después de mi último trago me eché sobre una de las camas y perdí el conocimiento.

A las nueve estos tres ya se habían despertado y me arrastraron hasta un bufé de desayunos en el que no pude comer nada. Ellos sí se atascaron. Y lo celebro. No existe mejor manera de acabar un viaje de psicotrópicos que con una buena comida. Pero mi estómago lo único que exigía era otra cerveza. Me tomé dos y luego fueron a llevarme al hotel Ancira. Uno de los más caros del centro de Monterrey. Cortesía de un festival de literatura que empezaba ese día y al que había sido invitado. Tras beberme otras tres chelas pedí room service. Un corte Angus gigante término medio. Mientras lo disfrutaba, el Bee Gee, ahora sí al volante, el Verija y la Tóxica viajaban de regreso a nuestra ciudad de origen sin haber dormido casi.

Y ahora estoy aquí, en la lujosa habitación, tecleando esta reflexión acerca de mi atascada generación. Los nacidos en los setenta. En cómo las drogas han moldeado nuestra manera de ser. Después de experimentar uno de los viajes de ácido más potentes de mi carrera. Y con la certeza de que ahora sí, venga a tocar la banda que sea, jamás vuelvo a viajar con el Verija y la Tóxica.





Colectivo Paramédicos

Integrado por John Chaves, Samuel Rojas y Kiran Fernandes desde 2014, desarrolla su propuesta en artes electrónicas bajo principios del *Low-Tech*, el reciclaje, el *hacking*, la videoinstalación y las interacciones para abordar temas relacionados con el consumo de cannabis y de drogas. Se interesa por el arte como objeto de consumo y la cultura popular como canal de información.

Lina Britto

Profesora asociada, Departamento de Historia, Universidad de Northwestern, autora de *El boom de la marihuana. Auge y caída del primer paraíso de las drogas en Colombia* (2022), y coeditora de los volúmenes *Histories of Solitude: Colombia, 1820s-1970s* y *Histories of Perplexity: Colombia 1970s-2010s* (2024).

Alhena Caicedo Fernández

Magíster y doctora en Antropología Social de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS, por sus siglas en francés) y magíster en Cine Etnográfico y Documental de la Universidad de París x Nanterre (Francia), se ha desempeñado en los últimos años como docente en la Universidad de los Andes, la Universidad Icesi y la Universidad del Magdalena. Actualmente es directora del ICANH.

Ana Lucía Cárdenas

Nació y creció en Medellín en los años ochenta. Conversa compulsivamente. Cuenta cuentos todos los días. A veces escribe uno por gusto, a veces otro por encargo. Ha editado varios más. Uno que otro lo han publicado en *Universo Centro*, Tragaluz y Corantioquia.

Estefanía Ciro

Economista, historiadora y socióloga. Premio UNESCO Juan Bosch a la investigación social (2018). Directora de AlaOrillaDelRío. Coordinadora del equipo de Narcotráfico, Política de Drogas y Mercados de Cocaína y Marihuana en la Comisión de la Verdad (2019-2022). Su trabajo ha sido publicado en *El Espectador* y *Revista Roca* en Colombia y es columnista de *La Jornada* en México, entre otros. Ha publicado en revistas académicas nacionales e internacionales y ha sido invitada

a diversos eventos como el Drug Reform Conference en Phoenix (2023) y las Jornadas sobre Narcotráfico y Derechos Humanos en Barcelona (2024). Es la autora de *Levantados de la Selva* (2020). Integrante de la Comisión Histórica para las Víctimas y el Conflicto (2025).

Wade Davis

Profesor de Antropología. Estudió en la Universidad de Harvard Antropología y Biología y se doctoró en Etnobotánica. Autor de *El río* (1996), *La serpiente y el arcoíris* (1997), *Sombras en el sol* (1998), *La selva húmeda* (1998), *El leopardo ensombrecido* (1998) y *Los guardianes de la sabiduría ancestral* (2009). En 2012 obtuvo el Premio Samuel Johnson por su libro *Into the Silence*.

Juan Nicolás Donoso

Estudió Artes Plásticas y Filosofía. Es autor de las novelas *La región subterránea* (Zaíno, 2025), *Siberia* (Animal Extinto, 2019) y *Copróphago Paradise* (Caín Press, 2016). Su texto «Crónica roja de Usaquén» hace parte de *Bogotá contada II* (Idartes, 2025). Su cuento «Ni siquiera un pedazo de cuero» hace parte de la antología de cuento colombiano *Puñalada trapera II* (Rey Naranjo, 2022). Actualmente es profesor en la Facultad de Artes de la Pontificia Universidad Javeriana y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

Michael Doret

Originario de Brooklyn, Nueva York, es un diseñador gráfico, ilustrador y tipógrafo reconocido por sus distintivas rotulaciones. Ha creado portadas para *Time Magazine*, carátulas de discos para bandas como Kiss y logotipos para equipos deportivos como los New York Knicks. Es director de la fundación tipográfica Alphabet Soup, con sede en Los Ángeles, California. Además, imparte talleres y conferencias sobre tipografía a nivel internacional.

Natalia Duque

Periodista de la Universidad de Antioquia y candidata a magíster en Estudios Políticos en el IEPRI de la Universidad Nacional de Colombia. Ganadora del Fondo para Nuevas Narrativas sobre Drogas de la Fundación Gabo (2020 y 2022). Escribe en *Mutante*

sobre conflicto armado y agrario, políticas de drogas, movilización y cárceles.

Margarita García

Estudió Artes plásticas en la Universidad de los Andes de Bogotá, Colombia; y realizó el Máster de Investigación en Arte y Creación en la Universidad Complutense de Madrid, España. A lo largo de su carrera ha tenido un gran interés por los impresos, las publicaciones, lo serial, las posibilidades físicas del papel y las técnicas de reproducción impresa. También es diseñadora gráfica y co-fundadora del estudio Tangrama (2002).

Diana Granados

Maestra en Artes Plásticas y Visuales por la Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB) y magíster en Estudios Amazónicos por la Universidad Nacional de Colombia. Su trayectoria como artista e investigadora se ha desarrollado en la intersección entre la antropología, la etnobotánica y las artes plásticas, con un enfoque en el uso de plantas enteógenas por parte de los pueblos indígenas de la Cuenca Amazónica y el territorio andino. Actualmente, trabaja como artista independiente, interesada en proyectos que aborden la conservación ambiental y cultural.

Juan Fernando Herrán

Artista egresado de la Universidad de los Andes con maestría en Escultura del Chelsea College of Art de Londres. Es profesor titular de la Universidad de los Andes en el área de Artes Plásticas, donde dicta talleres de Escultura, Dibujo e Instalación, en el pregrado, y el curso Conceptos y Herramientas de Artes Plásticas en la Maestría MAPET. Exhibe su trabajo nacional e internacionalmente tanto de manera colectiva como individual desde 1992.

Gustavo Montenegro Cardona

Ipiales, Nariño. Comunicador social de profesión. Cronista y escritor de oficio y propósito. Magíster en Comunicación Estratégica y Cambio Social. Consultor en asuntos de Comunicación Pública. Relator de patrimonios culturales, de expresiones festivas y de la belleza del inmenso sur.

Santiago A. de Narváez

Editor y periodista especializado en temas de cultura, política y conflicto armado en Colombia. Ha sido reportero de *Vice* Colombia, editor web de *Granta* en Español, reportero de *Pacifista*, investigador y libretilista de un noticiero satírico, editor de investigaciones en el informativo de Canal Capital y editor de uno de los volúmenes del *Informe final de la comisión de la verdad*. En 2023 fundó Paisajes Modernos, un medio dedicado a la geografía y la botánica. En 2020 recibió el Premio Simón Bolívar. Actualmente es editor de la revista 070.

Elizabeth Otálvaro

Periodista y magíster en Estudios Culturales. Escribe desde los campos de la memoria, la movilización social, la cultura-poder y la desigualdad. Fue premiada por el CPB (2023) y ha acompañado varios procesos de formación periodística en América Latina, sobre todo con la DW Akademie. Es profesora. Cofundó *Mutante* y hoy lo dirige, cuidando su pulso ético, su voz editorial y su sostenibilidad.

Jorge Panchoaga

Antropólogo y fotógrafo. Desarrolla trabajos de investigación usando distintos medios alusivos a la imagen y la relación de esta con el archivo visual de *El Espectador*. Le interesa la construcción de redes y conocimientos que impulsen y empoderen el pensamiento visual a nivel local y regional. Ha trabajado con medios como *The New York Times*, *National Geographic*, *El País* de España, *L'oeil de la Photographie* de Francia, *GUP Magazine* de Holanda, *Página 99* de Italia, *Süddeutsche Zeitung* de Alemania, entre otros.

María Paula Rubiano A.

Periodista y editora *freelance* de medio ambiente. Empezó su carrera en *El Espectador* y, tras graduarse de la Maestría en Periodismo de Ciencia, Medio Ambiente y Salud de New York University en 2020, escribe sobre ciencia, biodiversidad, justicia climática y soberanía alimentaria para medios como *El País*, *Science*, *BBC*, *Mutante*, entre otros. En 2023 fue parte del equipo ganador del Premio Simón Bolívar a Mejor Crónica en la categoría Video. Vive en Medellín.

Santiago Rueda Fajardo

Curador e investigador de arte contemporáneo. Se formó en Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Colombia y realizó un posgrado en Diseño y Artes Mediáticas en la Universidad de Westminster. Doctor en Teoría, Historia y Crítica de las Artes de la Universidad de Barcelona. Autor del libro *Plata y plomo. Una historia del arte y de las sustancias (i)lícitas en Colombia*.

Paula Thomas

Fotógrafa y curadora colombiana con enfoque en identidad, género y territorio. Combina producción e investigación fotográfica, curaduría y pedagogía. Ha sido editora en *Vice*, docente en universidades y festivales. Cofundadora de *Mutante*, miembro de Women Photograph y Reojo Colectivo. Su obra ha sido publicada en medios como *Time*, *Vogue*, *i-D*, *P Magazine*, entre otros.

Glenda Torrado

Artista plástica e investigadora sobre la cultura de los medios y la alteridad. Su trabajo privilegia el dibujo y la narración gráfica como técnica creativa y reinterpreta imágenes de paisajes folclóricos y mediáticos. Ha colaborado en grupos de investigación como la Orquesta de la Tierra Caliente y Embajadores de la Música Colombiana. Actualmente estudia desde el dibujo los cuerpos desvirilizados y performáticos. Vive en Ciudad de México y su taller está en Coyoacán.

Carlos Velásquez

Nació en el norte de México en 1978. Cronista y narrador, autor de los libros *La Biblia Vaquera* y *La marrana negra de la literatura rosa*. Premio Bellas Artes de Narrativa Colima por *El pericazo sarniento*. Columnista del periódico *La Razón* de México.

Raúl Zurita

(Santiago de Chile, 1950) ha publicado, entre otros libros, *Purgatorio* (1979), *Anteparaiso* (1982), *Canto a su amor desaparecido* (1985), *La vida nueva* (1994; reeditado en versión definitiva por Lumen en 2018), *El día más blanco* (1999, reeditado en 2015 por Literatura Random House), *INRI* (2003), *Zurita* (2011) y *Son importantes las estrellas* (2018). En 2016,

Lumen publicó su antología personal *Tu vida rompiéndose*. Obtuvo la beca Guggenheim (1984) y DAAD de Alemania (2002) y, entre otros, los premios Nacional de Literatura de Chile (2000), José Lezama Lima de Cuba (2006), Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2016) e Iberoamericano de Letras José Donoso (2017). Es profesor emérito de la Universidad Diego Portales y doctor *honoris causa* por las universidades Federico Santa María, la Frontera de Temuco y Alicante.



Betty Elder,

una mirada llena de vida

Entre los escombros de Armero, cuando casi todo había sido borrado, Betty Elder levantó una mirada llena de vida frente al desastre. Luego, su cámara acompañó el regreso de los cultivos, de las risas, del tiempo. Cuarenta años después de la avalancha, su archivo llega a la Biblioteca Nacional.

Betty Elder (1937– 2021) fue una fotógrafa estadounidense que a los veintiún años inició un viaje por Latinoamérica y, después de una serie de estadías en países como Puerto Rico, Argentina y México, llegó a Colombia en 1981. Aquí realizó estudios de fotografía con Abdú Eljaiek, un colombiano ya reconocido por su trabajo en el campo de la fotografía documental, pero también alguien muy interesado por profundizar en ciertas técnicas de composición y color. Elementos que también se verían reflejados en las imágenes de Elder.

Durante sus primeros años como fotógrafa, el trabajo de Betty circuló en periódicos y revistas. Sus fotos se destacaban por registrar una mirada más enfocada en la vida cotidiana y se diferenciaban de las de sus colegas reporteros porque no tenían una intención de denuncia ni la urgencia de la labor periodística. En el trabajo de Betty había interés genuino por vincularse con las personas y, en ese sentido, su labor fotográfica siempre requirió de tiempo.

Así empezó a trabajar con las comunidades de la Ciénaga Grande, Taganga y de Chiquinquirá, en Boyacá, hasta que llegó la tragedia 1985 y se concentró casi exclusivamente en Armero.

El cubrimiento fotográfico de Betty Elder fue siempre radicalmente distinto al de otros periodistas y fotógrafos que acudieron a documentar masivamente la tragedia.

La urgencia de la reportería puso en nuestra memoria colectiva las imágenes de la destrucción de aquel 13 de noviembre de 1985 y de los días posteriores a la avalancha que dejó cerca de treinta mil muertos.

Sin embargo, ella, que llegó unas semanas después a la zona, decidió registrar la vida que quedó. Por más de diez años, Elder realizó viajes continuos, participó en la reconstrucción de Guayabal y se convirtió en parte de la comunidad. Su cámara, más que un elemento invasivo, la acompañó como una forma de testimoniar el paso del tiempo, o lo que algunos han llamado «el renacimiento de Armero». Betty Elder

dedicó una década a construir lo que hoy podemos reconocer como un ensayo fotográfico de largo aliento.

Liliana Pérez, habitante de Armero, amiga cercana de Betty y quien hace unos días dio una entrevista en la Biblioteca Nacional de Colombia, la acompañó a finales de los años noventa en la compilación de las fotografías para un proyecto de libro que finalmente no fue publicado. Liliana hoy recuerda la mirada técnica de una fotógrafa exigente, que desechaba un montón de negativos cuando sentía que no lograban su objetivo. Su recuerdo nos ayuda a comprender por qué las imágenes más potentes de Elder se destacan por su manejo del claroscuro —seguramente aprendido bajo la enseñanza de Eljaiek en Bogotá— y por su capacidad para capturar la atmósfera y el color: esos rojos intensos en medio del calor del Tolima y del río Magdalena, a través de los cuales logró transmitir la fuerza de lo que estaba ocurriendo.

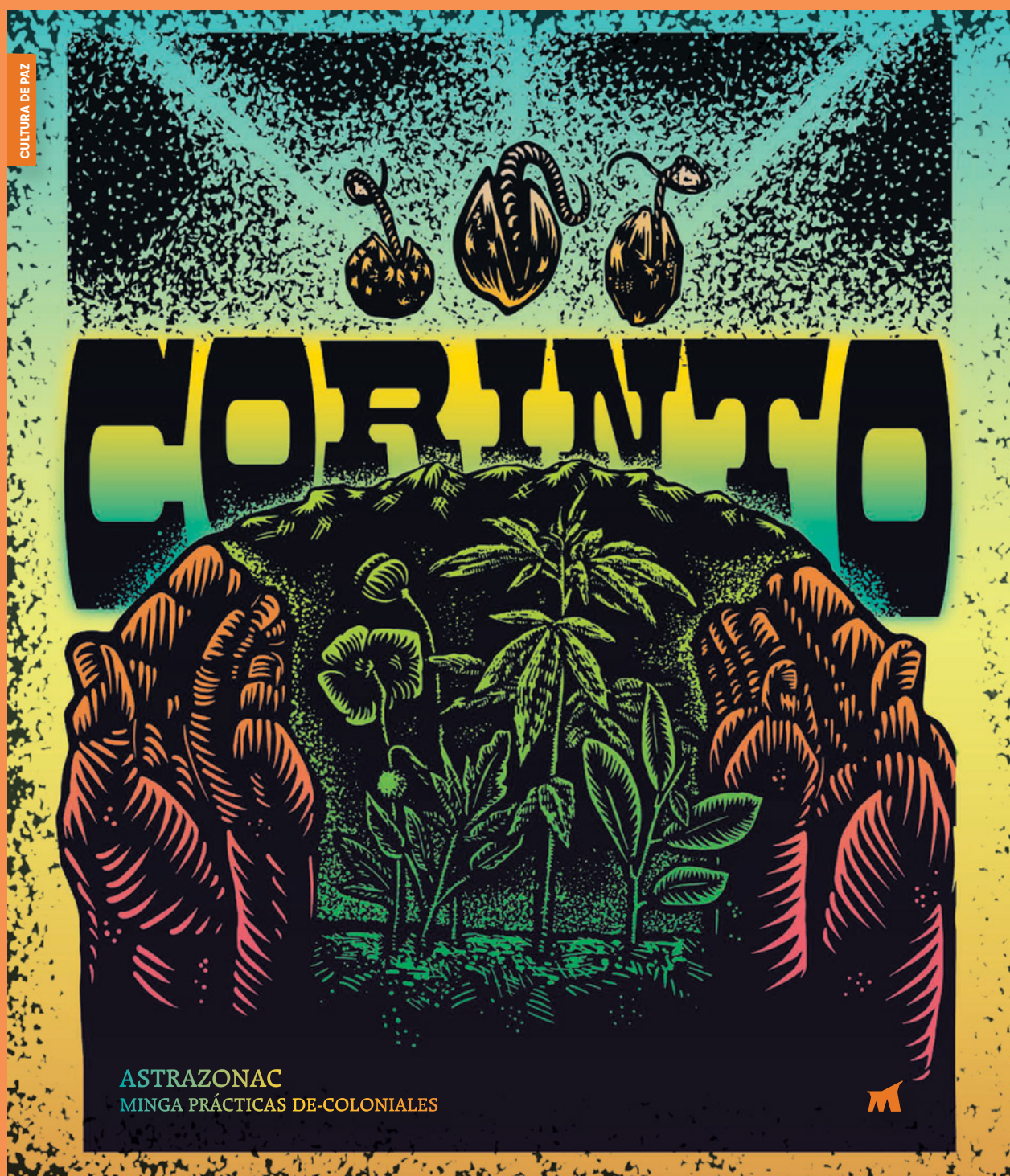
Betty Elder no retrataba a una persona, sino la vida que transcurría a través de ella. Y, aunque en los meses posteriores a la tragedia capturó la atmósfera de la impotencia y del dolor —de hecho muchas de sus fotografías sirvieron para que las ayudas humanitarias se aceleraran—, su proyecto se enfocó en registrar toda la resistencia y el trabajo de los sobrevivientes que se quedaron y rehabilitaron la tierra. Con ellos volvieron los cultivos de arroz, la vida social y política del pueblo.

Este trabajo de Armero fue donado este año por sus hijas a la Biblioteca Nacional de Colombia para convertirse en lo que ahora se llamará el Fondo Betty Elder, que llega a constituirse como la primera colección de una mujer dentro de los fondos fotográficos. Su incorporación expande la mirada que la Biblioteca Nacional ha tenido sobre la fotografía en la historia del país y permite reconocer en la obra de Elder una perspectiva distinta, que registra la resistencia de un pueblo y la fuerza de la vida. Se trata de una reafirmación de que el patrimonio visual debe ser una revisión y una reconstrucción constante de nuestra historia.

Este importante archivo también nos permite reflexionar sobre la memoria visual de un acontecimiento histórico tan doloroso como fue la tragedia de Armero en 1985 y con sus fotografías se amplía su memoria y su relato.

Ximena Gama

Curadora, Biblioteca Nacional de Colombia.



CORINTO, del sello editorial **MiCASA**, presenta los testimonios de mujeres y hombres de La Cristalina, una vereda localizada en este municipio de Cauca. Allí se narran historias de desplazamiento, cultura campesina, agricultura, saberes y relatos de paz, y se propone la búsqueda de alternativas lícitas para cultivos que han sido considerados ilícitos. Enmarcadas en la actividad artística y la fabricación artesanal de papel, estas historias cobran sentido a la luz del punto número 4 de los acuerdos de paz de 2016.

Descarga ésta y
otras publicaciones
de MiCASA aquí



Culturas





Culturas



UN ESPACIO DE PUERTAS ABIERTAS
QUE ABRAZA LA CULTURA POPULAR
DE MEDELLÍN Y ANTIOQUIA.

Calle 51 #54-71 Boyacá con Tenerife
Centro de Medellín
casabetsabe@mincultura.gov.co

MDE - COL

INSPIRAR CONMMOVER CONVOCAR

El Museo de la Nación (1823-2023)

El Museo Nacional de Colombia celebra su bicentenario de fundación con una exhibición que recuerda cómo se han formado sus colecciones, invita a construir memoria superando los conflictos y reconoce el valor de nuestro patrimonio cultural y natural.

Con esta exposición, el Museo vuelve a abrir las puertas de su sala temporal. ¡Les esperamos!

A partir del 11 de diciembre de 2025

Sala de exposiciones temporales

Museo Nacional de Colombia

Carrera 7 n.º 28-66, Bogotá



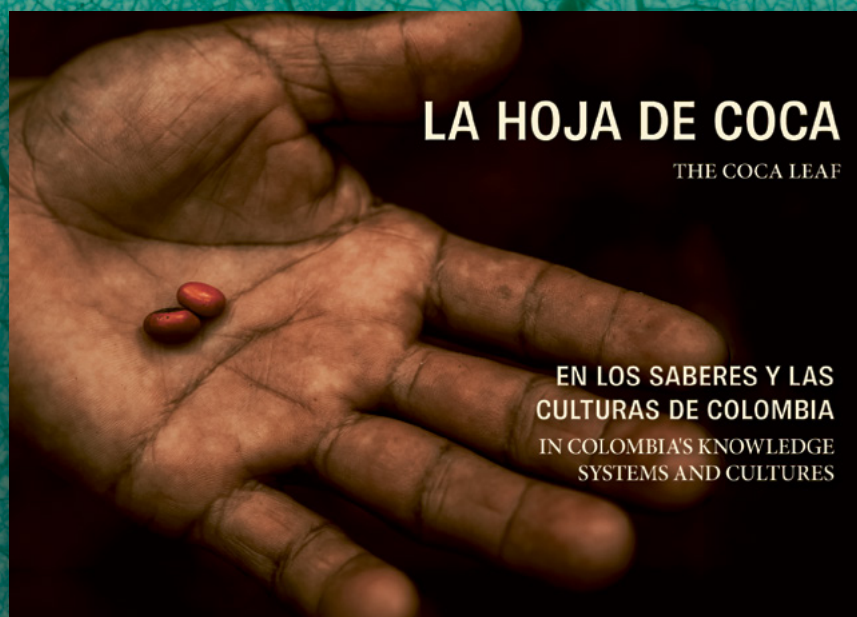
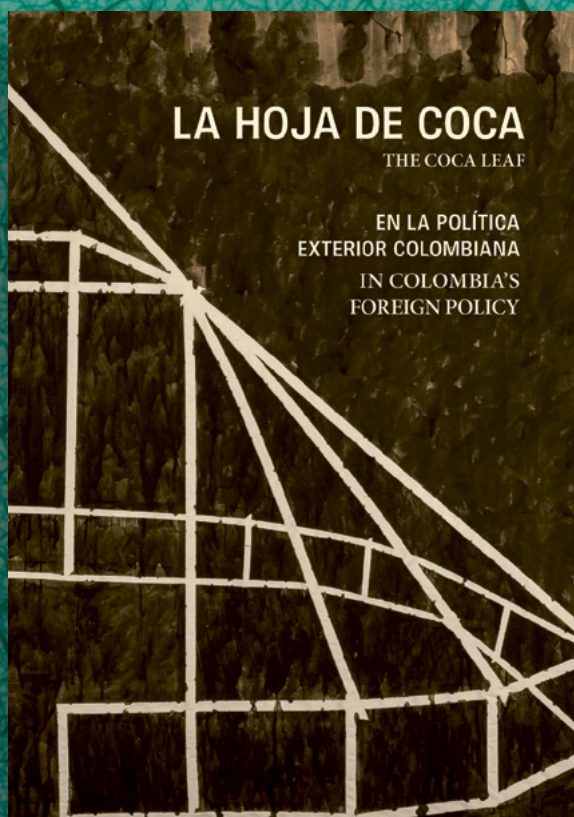
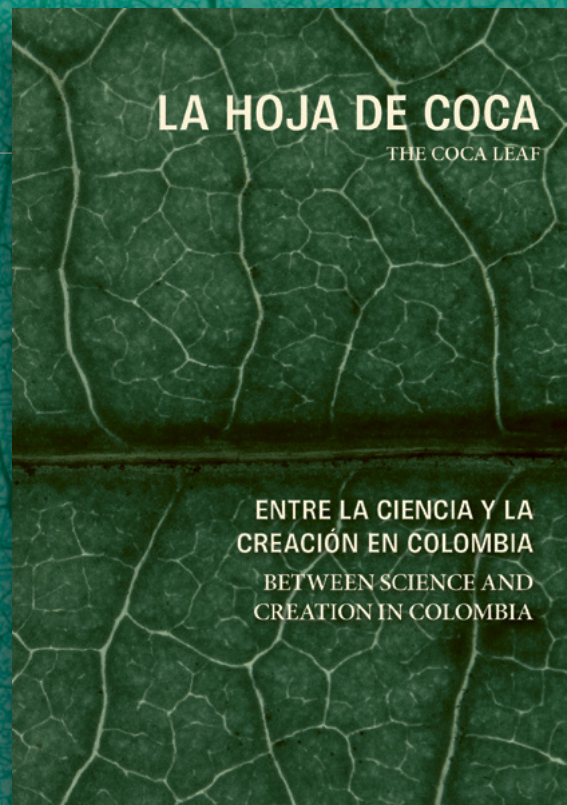
Museo
Nacional
de Colombia

LA HOJA QUE UNE

Del estigma a la dignificación:
la diplomacia cultural orientada
al reconocimiento de la hoja de
coca como patrimonio biocultural
de la humanidad.

La hoja que une forma parte de una estrategia de política exterior cultural de Colombia orientada a transformar la hoja de coca, planta sagrada e históricamente criminalizada, en un símbolo de diversidad epistémica y reconciliación.

Esta pieza editorial, compuesta por tres libros (inglés y español), un glosario que acompaña la lectura, un afiche y diez postales, invita al mundo a reconocer la mata de coca desde sus raíces culturales, científicas y espirituales, superando la visión global punitiva que la redujo a sinónimo de narcotráfico.







Genealogía del vicioso	Natalia Duque – Elizabeth Otálvaro	11
La planta demonizada	Wade Davis	17
Plantas desnudas	María Paula Rubiano A.	25
Guerra falaz	Lina Britto	33
Hemos erradicado 3.900.000 hectáreas: el tamaño de Bélgica	Entrevista a Laurta Gil	38
Prohibición: opio del poder	Estefanía Ciro	43
Barrio Sucre	Paula Thomas	49
El diablo dorado	Juan Nicolás Donoso	55
Dosis compartida	Santiago A. de Narváez	60
Donde Tomás no está	Ana Lucía Cárdenas	68
Del microgramo al monumento: arqueología artística de un país inflado por su mito	Santiago Rueda Fajardo	72
El yagé y el <i>boom</i> psicodélico	Alhena Caicedo Fernández	81
Bendito café, santo cacao	Gustavo Montenegro Cardona	86
Sueño 130/A Kurosawa	Raúl Zurita	93
<i>Talkin' 'Bout Ma Ma Ma Ma Fuckin' Stone Generation</i>	Carlos Velásquez	94

🌐 gaceta.co

📷 [gacetarevista](#)

✂️ [gacetarevista](#)

🎧 [gaceta pódcast](#)

DROGAS reflexiona sobre el consumo, la prohibición y un posible cambio de paradigma. Sobre la reducción de daños y la transformación de imaginarios culturales que nos permitan abarcar el goce, la búsqueda de conocimiento y la dimensión ceremonial y espiritual de las sustancias psicoactivas.

Editorial 7

Colaboradores 104